



Un Pasado Secreto



SOPHIA ♥ GRAY

Un pasado secreto

Sophia Gray

Traducido por Orlando Faudoa Gallardo

“Un pasado secreto”

Escrito por Sophia Gray

Copyright © 2017 Our Pack Press

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

www.babelcube.com

Traducido por Orlando Faudoa Gallardo

Diseño de portada © 2017 Our Pack Press

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

Un Pasado Secreto
La Colección Completa
Por Norah Black

© 2016

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, distribuida, o transmitida de ninguna forma o por ningún medio, incluyendo fotocopiado, grabación, o cualquier otro método electrónico o mecánico, sin el permiso previo por escrito del editor, con excepción en el caso de breves citas incorporadas en reseñas críticas y otros usos no comerciales permitidos por las leyes de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o son utilizados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o eventos actuales es pura coincidencia.

Y, sobre todo – Que lo disfrute

Tabla de Contenidos

[Página de Titulo](#)

[Página de Copyright](#)

[Página de Copyright](#)

[Un pasado secreto](#)

[Volumen Uno](#)

[Volumen Dos](#)

[Volumen Tres](#)

[Volumen Cuatro](#)

[Volumen Cinco](#)

[Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales](#)

[¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas? | Tus Libros, Tu Idioma](#)

La Colección Completa de la serie ***Un Pasado Secreto***.

Clara ha pasado veintitrés años observando la vida pasar desde la finca de su familia mientras ellos disfrutaban de los placeres y la compañía disponibles para las personas adineradas de América en la década de 1920.

Pero el día en que sus padres y su hermana debían volver de una larga estancia en la gran ciudad, todo lo que Clara había conocido y aceptado comenzó a cambiar, empezando con la inesperada aparición de un apuesto extraño buscando ayuda.

¿Quién es este hombre y que es lo que podría querer de Clara?

Volumen Uno

Clara observo a través de la ventana abierta con vista a los terrenos de los caminos que se observaban más allá, buscando por una nube de polvo que siempre precedía el regreso de sus padres y hermana de la ciudad. Ella había renunciado hace mucho tiempo el rogarles para unírseles cuando pasaban el invierno en la ciudad de Nueva York, sabiendo que su madre solo le daría esa mirada de nuevo y tomaría ese tono mientras le explicaba, nuevamente, que, “Simplemente eres muy frágil. El aire de ese lugar solo empeoraría tus pulmones y te haría recostarte. Es lo mejor para ti, para tu salud que pases los duros meses de invierno en el campo donde hay menos personas que puedan ponerte en riesgo de algo serio.”

Era una historia que Clara había escuchado una y otra vez de su madre, cuan enferma estaba desde que era un infante y una niña pequeña. Clara no tenía ningún recuerdo sobre tal enfermedad, pero las estrictas precauciones para prevenir una devastadora recaída habían estado ahí tanto como ella pudo recordar. Ella recordó la alegría que sintió cuando su hermana menor había nacido y Clara escucho como todo el mundo comentaba acerca de lo saludable que era la pequeña Helen. Ha sido gracias a Helen que Clara había sido capaz de disfrutar del mundo exterior.

“Señorita Clara,” una voz familiar llamó la atención de Clara.

Ella se volteó y miró hacia el rostro rosado de Trudy, su niñera e institutriz de mucho tiempo. Fue la ardua tarea de Trudy el mantener las reglas de la señora Davis en la casa mientras la familia estaba fuera. Eso significaba que ella era la voz que reprendía a Clara cada vez que sobrepasaba los límites colocados para su protección. Pero, mientras su madre continuaba tratándola como una niña ambulante, Trudy hacia lo posible para reconocer las frustraciones de Clara.

Para el momento en que Trudy había alcanzado los veintitrés años de edad, ella había pasado de una granja de una familia sobrepoblada en Alemania a través de un continente y un océano hasta América donde la familia Davis se había ganado su eterna gratitud y lealtad cuando la contrataron para cuidar de Clara. En sus veintitrés años, Clara había logrado solo una vez el encontrar la manera de salir de la extensa propiedad de los Davis, y por la molestia, se ganó una reprimenda severa y visitas desagradables del doctor de la familia para asegurarse que su salud no haya sido comprometida por la excursión.

Mientras Trudy caminaba a través de la habitación hasta donde ella estaba

sentada, Clara extendió la mano y cerró la ventana, teniendo cuidado de asegurar el pestillo.

“No tengo problema en vigilarte, pero sabes bien que no debes sentarte junto a una ventana abierta” La regañó Trudy.

Ella miró la expresión en el rostro de Clara, una mezcla de resignación y decepción. Trudy tenía sus dudas acerca de las varias medidas de precaución que la señora había insistido en colocar, incluyendo que las ventanas de las habitaciones de Clara permanecieran cerradas, pero ella sabía que la señora Davis tenía sus razones y estaba en posición de desafiarlas.

Al toparse con los ojos de Clara, Trudy hizo una expresión de severidad burlona y añadió, “¿Qué le diría a tu madre si te cayeras? Un resfriado o algún padecimiento podrá esperar, si la ventana estuviera abierta o no, pero ¿una caída? Ella sabría que la ventana estaba abierta y entonces sería despedida. ¿No querrías verme despedida verdad, mi princesa? ¿O acaso estas buscando por otra persona que guarde tu castillo por ti?”

“Ni siquiera un dragón lanza fuego podría ser tan feroz protector como lo eres tú, Trudy” Dijo Clara con una sonrisa antes de volverse para vislumbrar algo, cualquier cosa a través de la ventana.

“Demoraran un poco” La advirtió Trudy. “Enviaron al conductor con algunos de los empleados principales para abrir el resto de la casa aquí arriba y airearla. Su tren no llegara sino hasta esta noche.”

Clara no volteó a ver a Trudy.

“Quizá tomen un tren más temprano. Sabes cuan ansiosa es Helen para regresar y contarme todo lo que ocurrió en la ciudad.”

“Y a tu madre se le dificulta el resistirse a cualquier petición de Helen,” Admitió Trudy a regañadientes.

“Y Padre las seguirá si Madre se lo pide.” Han tenido esa conversación muchas veces antes, casi cada vez que el resto de la familia se encontraba fuera por más de una semana. “Este es el primer invierno en la ciudad desde que Helen salió. Estará buscando a alguien nuevo para contarle todo. Tomaran un tren más temprano si encuentran uno.”

“Tendré que cocinar algo ligero por si acaso tienes razón. Aún están abasteciendo las cocinas así que alguien tendrá que correr a la tienda de comestibles para conseguir algo” Trudy pasó por su lista mental para saber quién estaba en el edificio y que estaban haciendo para preparar la enorme casa para la inspección de la señora Davis. “No estaré lejos si necesitas algo,” le aseguro a Clara mientras se giraba para hablar con el cocinero y la ama de

casa.

Era un día muy brillante, y mirar hacia los rayos de sol causaba que los ojos de Clara se cansaran. Creyó ver polvo levantarse en la distancia, pero estaba demasiado lejos y entrecerrar los ojos no ayudaba. De hecho, temió el sentir los primeros síntomas de un dolor de cabeza. Una última mirada verificaría que, si había polvo levantándose en el horizonte, no se estaba acercando a la casa. Suspiro y se movió para no estar sentada directamente bajo los rayos de sol. Tenía miedo de que eso hiciera que le doliera la cabeza más rápidamente. Lo que necesitaba era una habitación más fría y oscura.

Clara abandono su puesto en la ventana y bajo las escaleras, silenciosamente llego hasta la biblioteca de su padre. Era su habitación favorita en la casa, pero a su madre no le agradaba que estuviera en esa parte de la casa. No quería que Clara molestara a su padre mientras él trabajaba, aunque en raras ocasiones trabajaba, mucho menos en casa. Ella no quería que Clara estuviera cerca del personal de la casa, convencida de que de alguna manera se enfermaría si entraba en contacto con cualquiera de ellos.

Así que Clara espero pacientemente por esos momentos en los que su madre estaba fuera de casa para disfrutar de la biblioteca con sus incitantes sombras y sus acogedoras esquinas. Los libros eran una indulgencia que incluso su madre no podría encontrar fallos para mantener ocupada a Clara y ella podía ubicar sus favoritos incluso con los ojos vendados. Sus dedos cruzaron a lo largo de los lomos de cuero desgastados mientras sentía un libro que no pertenecía del todo con los demás. Sacarlo del estante donde estaba protegido del ojo crítico de su madre, Clara tomo un libro de cuentos de hadas que Trudy le había regalado luego de su malograda aventura en el mundo más allá de la línea de la propiedad.

Estaba escrito en el alemán nativo de Trudy, un lenguaje que Clara había aprendido luego de que Trudy insistiera en que las historias perdían algo en la traducción. Aunque Trudy tenía una educación limitada, Clara demostró ser una estudiante apta e independiente. No fue sino hasta que Helen necesitara instrucción para ella que se contrataron instructores de mayor experiencia. Clara prefería a Trudy sobre el desfile de tutores traídos para Helen. Pero Helen había agotado a sus instructores de la misma manera que agotaba un nuevo par de zapatos: rápida y completamente.

Luego de tres tutores diferentes en muchos meses, Clara pidió a sus padres que le permitieran volver a tomar clases bajo la guía de Trudy. Aunque esperaba una pelea, Clara se sorprendió por el alivio y el entusiasmo

hacia su petición. Su única condición fue que Trudy consultara con cualquiera que instruyera a Helen en ese momento para asegurarse que la educación de Clara era consistente dentro de lo que era aceptable. Sin embargo, ellos hubieran preferido que Clara aprendiera francés como Helen, el alemán probaba ser una alternativa adecuada y el dominio de Clara para el alemán era mucho más impresionante que las frases en francés de Helen.

Clara se acomodó en una silla detrás del escritorio de su padre y abrió el libro. Gentilmente, al voltear las delicadas, casi transparentes páginas, era transportada de vuelta al día que Trudy se lo había regalado.

Un jardinero la encontró durmiendo en el césped alto, más allá de la línea de árboles que marcaba el margen de la propiedad Davis. Luego de un exhaustivo regaño de su padre y un regaño sin precedentes y nunca repetido de su madre, Clara yacía llorando en su cama, rehusándose a hablar con cualquiera. Helen se sentó en la puerta barricada hablando con ella por un rato antes de que Trudy la enviara a hacer un encargo y forzó su entrada a la habitación. Clara se había girado, dándole la espalda a Trudy, ignorando como el colchón se abultaba mientras ella se sentaba en la cama y movía su cabello de su rostro.

No dijo nada, solamente se sentó ahí, confortándola en silencio en vez de reprenderla o explicando el porqué de la dura reacción de los Davis. En vez de eso, Trudy pregunto algo que picó su curiosidad. “¿Por qué les pediste a tus padres el tomar tus lecciones conmigo?” Clara se sorprendió lo suficiente para mirar por encima de su hombro a Trudy y casi responderle, pero antes recordó su auto impuesto voto de silencio y metió la cabeza en la almohada de nuevo, “Eres una chica brillante, Clara” Continuó Trudy. “He tenido una mejor educación que muchos, pero los instructores que tus padres han traído para Helen están educados adecuadamente. Ellos pueden enseñarte más de lo necesario para manejar una casa y administrar personal; pueden convertirte en una jovencita realizada. ¿Así que porqué te negarías ante una oportunidad como esa?”

Con su cabeza aun escondida a la vista, Clara balbuceó, “No me agrado la manera en la que me miraban.”

La mano de Trudy se detuvo y su frente se frunció en confusión. “¿La manera en la que te miraban?”

Clara se apoyó en sus codos, con su cabello suelto cayendo como una barrera entre su rostro y la mirada perspicaz de Trudy. “Todos me miran como si algo estuviera mal conmigo. Como si fuera a romperme frente a sus

ojos. Me miran y esperan, pero no me ven. Al menos, no de la manera en la que ven a Helen.”

“Probablemente fueron advertidos por tus padres acerca de lo delicada que eres,” Dijo Trudy mientras movía el cabello oscuro de Clara y miro su cara enrojecida. Era imposible decir si el color poco común era el resultado del tiempo que paso llorando o la exposición de Clara al sol. “Seguramente están asustados de que hagan algo que pueda hacerte daño. Puede llegar a ser intimidante para aquellos que no te conocen tan bien como yo”

“Tú no me miras de esa manera,” señalo Clara.

“Pero es debido a que provengo de un lugar donde comprendemos estos asuntos. Es algo que se nos enseña desde una corta edad. Siéntate un momento y seca tus lágrimas. Tengo el libro adecuado que podrá explicarlo todo.”

Unos minutos después, Trudy había colocado un libro gastado en las manos de Clara y esperó. Clara contuvo la respiración mientras abría el libro en la primera página. No era lo que estaba esperando, y mientras pasaba algunas páginas, buscando, la frustración y la confusión se reflejaron en su rostro. “¿Qué es esto? ¿Qué es lo que dice?”

“Te lo dije,” dijo Trudy mientras se sentaba al lado de Clara. “Traje este libro conmigo cuando vine a este país. Está escrito en alemán, pero te enseñare a leerlo por tu cuenta. Hasta entonces, tendrás que arreglártelas con traducciones.”

“¿Pero de que se trata?” insistió Clara. Encontró una página con una ilustración desvanecida en madera de una criatura que jamás había visto. Paso unas páginas más y descubrió un enorme castillo de piedra con altas torres que observaban una campiña.

“Algunas veces aquí se les llama cuentos de hadas. Tratan sobre príncipes y princesas, magia y hadas, hechizos y castillos,” explico Trudy mientras pasaba las páginas y señalaba más ilustraciones.

“Aún no lo entiendo,” dijo Clara. El libro era bonito, pero lo sentía más como una distracción, no la explicación que se le había prometido.

“Algunas de las princesas en estas historias me recuerdan a ti,” comenzó Trudy. “Algunas de ellas han sido encerradas en torres o son enviadas lejos para ser criadas lejos de sus palacios. Usualmente es para protegerlas de alguna maldición o de algún malvado hechicero o hechicera que desea hacerles daño. Pero, a pesar de todo, las princesas eran hermosas y amables. Inspiraban admiración y reverencia en todos aquellos que conocían. Al igual

que tú.” Clara la miro, con escepticismo cruzando su rostro. Trudy rio en voz baja e inclinó el rostro de Clara para poder mirarla directo a los ojos. “No es sencillo vivir con las reglas que han colocado para tu protección, pero parece que lo haces con mucha facilidad. Es una hazaña digna de admirar, en especial de alguien tan joven. Es por ello que te miran como si no supieran que hacer de ti. No eres igual a nadie que ellos hayan conocido y nunca conocerán a alguien como tú.”

Una sonrisa creció desde los ojos de Clara hasta sus mejillas y labios. “¿Que sucede con las princesas?” Sus ojos se alejaron de los de Trudy hacia la Ventana donde el sol poniente iluminaba con destellos color rosa a través de los paneles en ángulos agudos. “¿Acaso logran volver al palacio? ¿Las dejan salir de las torres?”

“Siempre,” Aseguro Trudy. “Pero...” advirtió, retomando la total atención de Clara. “Nunca es como ellas creen que será. Algunas escapan, y los peligros de los que las protegían logran encontrarlas. Otras tienen suerte y encuentran felicidad. La historia de cada princesa es diferente.”

Pero, habiendo sido animada, Clara se rehusó a que la advertencia de Trudy desalentara su espíritu. “¿Encuentran príncipes?”

“En muchas ocasiones, los príncipes las encuentran.”

“¿Podrías leer una historia ahora?” la presiono Clara, volteando las páginas de vuelta al comienzo y colocando el libro en las manos de Trudy.

La mujer soltó una risita y comenzó a leer el texto en el lenguaje en que estaba escrita. Clara rio, incitando a Trudy a comenzar de nuevo, pero alternando las palabras lentamente en ambos lenguajes.

Desde aquel día, Clara tomaba ese libro gastado cada vez que necesitara reconfortarse. Cuando sus padres y Helen viajaban a Newport por algunas semanas como los invitados de un magnate del petróleo, y ella se quedaba atrás, ella podría imaginar que ellos viajaban por los reinos en búsqueda de una poción que pudiera romper la maldición que la mantenía confinada a su torre. Trudy era su firme guardiana y compañera, un dragón que podía desafiar a cualquiera que se atreviera a hacerle daño en la ausencia de la pareja real. Por supuesto, mientras crecía, la fantasía se desvanecía, pero no la seguridad que emanaba de ella cada vez que sus dedos rozaban la cubierta tan familiar, trazaban las líneas de las ilustraciones, y cambiaban las frágiles páginas.

Su madre aprobó el libro al principio. Mantuvo a Clara de quejarse sobre la disparidad de las reglas que debía de seguir, al contrario de las que Helen

debía obedecer. Pero mientras el tiempo pasaba, la señora Davis se irritaba cada vez que veía a Clara cargándolo de habitación en habitación. Ignorando los suspiros de su madre, fue Helen la que le sugirió que mantuviera el libro escondido, un secreto solo para ellas dos. Aunque estaba desinteresada en aprender alemán. Helen disfrutaba de las historias que Clara le relataba y estaba dispuesta a escuchar a su hermana mayor practicar los cuentos en cualquier de ambos idiomas. El libro viajaba de un escondite a otro, estando en cada nuevo lugar un poco más que en lugar anterior mientras su interés mutuo comenzaba a desvanecerse. Finalmente, Clara se decidió esconder el libro a plena vista, añadiéndolo a los estantes concurridos de la biblioteca de su padre.

Clara ahora sabía que no había ningún príncipe que vendría a liberarla de su soledad. Si se casaba, seguramente sería un arreglo de sus padres dado que ella nunca era invitada a salir con la sociedad. Además, el miedo por preservar su salud la mantenía en casa si alguna invitación les era entregada. Luego de que Helen se casara, Clara estaba segura de estar lo suficientemente saludable para poder salir de la casa y hacer alguna visita. No podía contar con que sus vecinos y amigos entendieran y acomodaran las diversas condiciones necesarias para prevenir el empeorar la constitución sensible de Clara, pero Helen sabía qué planteaba una amenaza casi tan bien como Clara. Aun así, sería un tiempo antes de que Helen se casara.

Clara se sentó en una silla lujosa y muy acolchada cerca de la única ventana de la biblioteca, cubierta completamente en un grueso terciopelo negro que combinaba con la decoración oscura pero suave. Ella movió las cortinas a un lado. Los arboles cercanos mantenían esa ventana en particular, cubierta por una sombra que obstruía la visión del camino que llevaba al frente de la casa. Ella tendría mucho tiempo para advertir si sus padres y Helen llegaban más temprano de lo esperado. La tela se balanceo de vuelta a su lugar y Clara se acomodó aún más adentro de la silla. El libro se abrió naturalmente en su cuento favorito, un testimonio de una duradera relación. Ella sonrió y comenzó a leer, escuchando las palabras en su mente, un extraño híbrido del alemán que leía, y el inglés en sus pensamientos.

En alguna parte durante el tercer cuento, Clara pensó haber escuchado los pasos de un héroe viajero. Levanto la cabeza, se esforzó para poder notar a Trudy o a alguna de las sirvientas en el pasillo o en alguna de las habitaciones cercanas, pero había algo extraño con los pasos que escuchaba. Eran pasos sordos, pero no de la misma manera que lo hacían en una alfombra. Debe ser

alguien que está afuera. Con confusión y un poco de miedo, Clara se levantó y colocó el libro en la silla vacía. No podían ser Helen y sus padres; ella los habría escuchado llegar con el auto haciendo crujir las piedras en el camino mientras se acercaban a casa. Quien sea que fuera, había llegado a la casa a pie, pero no se dirigía a la parte trasera, hacia la entrada de los sirvientes. No, ella pudo ver que era un hombre, y se acercaba hacia la puerta principal.

Clara rápidamente devolvió el libro a su estante y se apresuró al salón, moviendo su cabeza buscando a Trudy o alguna de las sirvientas. Estaba curiosa por saber quién era aquel extraño y porque estaba aquí. ¿Quizá era un extraño solamente para ella? Podría ser un amigo de sus padres que había confundido la fecha de su regreso y simplemente hacía una visita. Incluso pudo haber escuchado alguna de las historias de su padre en la cena en las que este hombre había aparecido.

Subió lentamente las escaleras y encontró un lugar que miraba hacia el camino de entrada, sobre el vestíbulo, para así poder escuchar todo lo que pasaba cuando alguien abría la puerta. Ella miró fuera de la ventana para observar el progreso del hombre en el camino. Era difícil para ella discernir algo sobre el por lo poco que podía ver de su apariencia. El abrigo que usaba era largo y parecía ser diseñado para conducir en un auto abierto. La gorra que usaba era suficiente para cubrir su rostro de sus ojos que lo revisaban. Sostenía un par de guantes oscuros en una mano, golpeándolos contra su pierna de vez en cuando en aparente frustración.

Clara observaba mientras su paso se alentaba y parecía mirar las ventanas del primer piso. No estaba segura de que hacer notar de él cuándo su mirada se movió hacia la ventana del segundo piso desde donde ella estaba observándolo. Por un momento se quedó inmóvil. Había algo en la forma en que la miraba que no pudo nombrarlo, pero trajo la más débil de las sonrisas a sus labios. Tan pronto él se empezó a mover para inclinar su gorra hacia ella, el hechizo se rompió y ella se alejó de la ventana, haciendo que la dura barandilla se clavara en su espalda. Levantó sus manos hacia la madera bien aceitada y la apretó firmemente, hasta que su corazón acelerado bajo su ritmo a tal punto que, a pesar de seguir elevado, no se sentía peligroso.

Ella esperó por que la campana sonara para que alguien se apresurara a contestar la puerta, pero en vez de ello, había un golpe casi imperceptible. Sería imposible escuchar un sonido tan débil desde cualquier lugar de la casa, a excepción de la entrada. ¿Qué podría acaso esperar el hombre con tan débil

anuncio de su presencia? Ella escuchó el golpe nuevamente, un poco más fuerte y más pronunciado esta vez. Quitándose los nervios un poco, lentamente bajó por las escaleras. Con un paso, esperó que Trudy o alguien pasara y la liberara de la obligación de atender la puerta. Con el siguiente paso, esperó que continuaran con cualquier cosa que los mantuviera ocupados para que su inesperada aventura pudiera continuar sin interrupciones. Los dos deseos peleaban dentro de ella, mientras que el educado pero persistente toquido del visitante se convertía en un golpeteo grosero.

La puerta era mucho más pesada de lo que ella imaginaba y el temblor en sus extremidades no le ayudaba. La abrió lo que ella consideraba apropiado (era una de las mujeres de la casa después de todo, y abrir la puerta del todo era mucho más de lo que ella debería hacer). Cuando estuvo frente a frente con el hombre, inmediatamente comenzaron a hablar interrumpiéndose el uno al otro.

“¿Puedo—”

“No es mi intención el molestar—” Ella vio el más breve vistazo de su sonrisa antes de que su cabeza se girara para mirarse a sí mismo jugar con los guantes en sus manos.

“¿Puedo ayudarlo?” comenzó de nuevo, con su voz más baja que en el primer intento.

El miró de nuevo hacia arriba y fijó sus ojos en los de Clara. Ella encontró el contacto visual un poco inquietante, a pesar de encontrar sus ojos ligeramente hipnotizantes. “Me disculpo por mi apariencia y espero no haber molestado,” dijo el hombre, dándole a Clara la oportunidad de apartar la mirada de esos ojos y observar el resto de él. El largo abrigo estaba vergonzosamente sucio. Lodo y alguna cosa negra habían salpicado en la mitad inferior, mientras que había polvo colgándose de sus brazos y su gorra.

“No soy familiar a esta área y decidí dar un paseo y conducir por los alrededores. Pero me temo que a mi vehículo no le agradan estas colinas. De hecho, se ha revelado contra mí y se rehúsa a moverse, a pesar de mis intentos de persuadirlo.” El pausó, Clara trató de darse la oportunidad de invitarlo a pasar.

“¿Quién es usted?” preguntó, manteniendo la puerta lo suficientemente abierta para que su cuerpo sirviera de barrera efectiva para que el no pudiera ver el interior de la casa.

“Supongo que mi nombre hubiera sido una introducción más efectiva,” se rio. “Mi nombre es Robert Flint. Un primo lejano mío me ha estado invitando

a venir a estos lugares por varios años, y finalmente decidí aceptar, pero eso ha agotado a mi auto,” gentilmente guio la conversación de vuelta al propósito de su presencia. “Su casa es la primera que encuentro en mi búsqueda por ayuda.”

“Hay algunas granjas cerca de aquí,” señaló Clara. Estaba consciente de que sus comentarios no ayudaban en nada y Trudy estaría casi segura de que ella estaba siendo deliberadamente provocativa con su actitud; pero ella sentía que había algo sobre este extraño, este Robert Flint, algo que la incomodaba.

El volteó por encima de su hombro, hacia el camino, mientras respondía a algo que pareció una acusación. “Si me encontré con un granjero en un campo, pero no estaba entusiasmado ni optimista. Al parecer tienen un tractor en la propiedad, pero nadie sabe cómo conducirlo, mucho menos repararlo. Pensé que en una propiedad más grande sería más probable el encontrar a un conductor o mecánico que estuviera en mejor posición para ayudarme. Es una caminata algo larga desde aquí...” Se desvió un poco mientras Clara abría la puerta un poco más para que el pudiera entrar a la casa.

“Mi nombre es Clara,” le dijo, mientras Robert Flint pasaba tentativamente a través de la entrada y estiraba el cuello para observar la elaborada entrada. “Clara Davis.”

Ella cerró la puerta y lo guio hacia una oscurecida sala de estar hacia su izquierda. Él estaba a punto de protestar que ensuciaría con los muebles, cuando se dio cuenta de que muchas de las piezas de la habitación estaban cubiertas con viejos linos.

“Mis padres y mi hermana han estado fuera de la ciudad por el invierno. Deberían volver esta noche y no todo está listo para recibir compañía.”

Ella cruzó la habitación hacia una ventana cercana y jaló de un cordón que se mezclaba con las cortinas cerradas.

“Pero el conductor principal se adelantó con algunos miembros del personal para preparar la casa. Además de ir a recogerlos a la estación de tren esta tarde,” ella movió la tela a un lado y no supo la forma apropiada para asegurarla en un lugar y esta volvió a caer, cubriendo todo en oscuridad de nuevo. “No estoy segura de que planea hacer con su tiempo. Él podría ayudarlo.”

“Cualquier ayuda será enormemente agradecida. ¿Tienen algún teléfono aquí? Así podría contactar a mi primo y hacer que su conductor pueda recogerme aquí,” dijo. Habiendo pasado gran parte de la mañana bajo el

brillante sol, sus ojos eran lentos para ajustarse a la oscuridad de la sala de estar, haciéndolo mirar con detenimiento hacia la penumbra donde la había visto por última vez.

“Tenemos un teléfono, si lo necesita,” dijo Clara.

Él se giró rápidamente al darse cuenta de que Clara se había movido silenciosamente de la ventana a un lugar más cercano a la puerta donde podría escuchar fácilmente si alguien se acercaba. Era una larga caminata a través de la casa hacia las cocinas, y dado que no se esperaba ningún visitante, quien sea que haya sido enviado no sintió la necesidad de apresurarse a responder a la campana.

Un denso silencio se colocó sobre los dos mientras esperaban a que alguien apareciera. Clara sabía que ella como anfitriona, debía sugerir algún tema de conversación, pero no pudo pensar en la forma apropiada de comenzar. Por suerte, Robert Flint estaba dispuesto a tomar la iniciativa.

“Mencionó que su familia está en la ciudad por el invierno. ¿Estoy en lo correcto al asumir que pasa el invierno aquí? ¿Usted sola?”

“Si,” dijo Clara tentativamente.

“Debe de haber una razón por la que la hayan dejado aquí...” incitó sin preguntar realmente nada.

Clara tomó aire, a punto de decir algo, pero se detuvo, no estaba segura de cuanto podía revelar a este extraño. Se le otorgó tiempo adicional sobre cómo responder cuando Trudy anunció su llegada. “Aún no hemos recibido palabra de ellos, señorita Clara. Parece ser que llegarán tarde en la noche, como se planeó originalmente. Si usted de verdad cree que la señorita Helen la mantendrá despierta con sus parloteos, entonces debería utilizar este tiempo para descansar, y no para mirar y preocuparse por—”

“Trudy,” la interrumpió Clara, mientras su institutriz finalmente llegó a la puerta de la sala de estar. “Él es el Sr. Flint.”

“Le pido me perdone, señor” dijo Trudy con una pequeña reverencia. “No debí escuchar la campana de la puerta.” Había un tono defensivo en su voz que llamó la atención de Clara y eso hizo que se ganara una ligera mirada.

“¿Hay una campana en la puerta?” preguntó Robert. “Me temo que solo pude observa a la señorita Davis por la ventana justo arriba de la puerta cuando toqué. La mayoría de las familias cercanas están regresando e imaginé que ella era una sirvienta.”

“Esta justo ahí y puede escucharse a través de las cocinas y los cuarteles de los sirvientes,” explicó Trudy. Clara esperó un momento a que Trudy le

hiciera algún tipo de ofrecimiento a su invitado. Pero Trudy parecía aplazar a Clara debido a que no sabía que notar del señor Flint con solo su apariencia.

“Oh, ahm... Sr. Flint, ¿hay algo que le gustaría comer o beber? ¿Té?”

“Té sería maravilloso, gracias,” dijo Robert asintiendo. “Y el conductor...” sugirió.

“Por supuesto,” dijo Clara con un suspiro auto despreciativo. Es la única razón por la que él se apareció en la entrada. “Trudy, ¿podrías mandar llamar a Taylor? El Sr. Flint ha tenido problemas con su automóvil y requiere de asistencia. Envía a alguien de la cocina para traerlo aquí y tomaremos el té aquí mientras esperamos.”

“Enviare a una de las sirvientas por Taylor y volveré con el té en un momento.” Ella mantuvo sus ojos fijos en Clara mientras respondía y luego dejó la habitación, con incertidumbre y algo más nublaban su expresión, confundiendo a Clara.

“Gracias de nuevo, señorita Davis, por su ayuda,” dijo Robert cuando Trudy había desaparecido de vista.

“Por favor, tome asiento,” insistió Clara. “Debe estar exhausto por su caminata.”

“Oh, no podría – Solo haría un desastre si fuera a –”

“Sr. Flint,” lo interrumpió Clara. “Como puede ver, los muebles están muy bien protegidos. Las sirvientas removerán las coberturas y las lavarán después, y así nadie sabrá que usted estuvo aquí, incluso mi madre.” No pudo evitar sonreír mientras lo observaba mientras el miraba las sillas y el sofá, cuidadosamente cubiertos y envueltos contra la suciedad y el polvo. Era difícil de notar con la escasa luz, pero ella pensó que él pudo haberse sonrojado un poco mientras tentativamente la miraba antes de cuidadosamente sentarse en el sofá, jugueteando con los guantes de cuero en su regazo.

“Me pareció escuchar que sus padres volverían esta noche” dijo. Su voz sonaba un poco más fuerte que antes, quizá para evitar el nerviosismo. Sin embargo, él porqué estaría nervioso o inseguro desconcertó a Clara; se le dificultó el recordar cuando fue la última vez que hablo con alguien de fuera de su familia. Incluso en raras ocasiones se topaba con alguien del personal.

“Y mi hermana, sí.” Clara se posó ligeramente en el extremo de una de las sillas al otro lado de donde él estaba rígidamente sentado.

“Es cierto.” Su postura se relajó un poco y dejó de jugar con sus guantes. “Estaba a punto de contarme sobre el porqué la dejaron aquí en el campo

mientras ellos se divertían en la ciudad. ¿Acaso usted pidió quedarse aquí? ¿O tal vez simplemente regresó antes que ellos para vigilar los detalles sobre la reapertura de la casa? Déjeme adivinar,” dijo, utilizando un tono que sonaba más familiar de lo que ella pensó era apropiado para un extraño. Era casi... como si jugara. “Está aquí antes como practicar para cuando pueda encontrarse un marido.”

Era el turno de Clara de sonrojarse y de balbucear. “¿Qué? Oh... no. Yo... No. Siempre me he quedado – Nunca voy a la ciudad.”

“¿Así que no está comprometida?”

La rápida pregunta la hubiera tomado por sorpresa y dejado sin palabras si hubiera logrado recuperar su compostura, pero en su lugar, una respuesta reflexiva salió de su boca antes de que tuviera la oportunidad de revisar sus palabras o registrar el calor en sus mejillas. “No, no estoy comprometida.”

“Espere, ¿dijo que nunca va a la ciudad?”

“Me escuchó correctamente,” dijo Clara suavemente, finalmente posicionándose en la conversación nuevamente. “Sr. Flint,” dijo rápidamente, interrumpiendo la siguiente pregunta antes de que saliera de sus labios. “¿Me permitiría preguntar sobre usted o debo ser yo el único tema de nuestra conversación?”

Era imposible no notar su sonrisa ante su gentil réplica. “Supongo que es justo. Pero le aseguro, señorita Davis, no soy tan interesante como usted asume.”

“¿Me permite juzgar eso por mí misma?”

“Si no está conforme con tomar mi palabra sobre el asunto.”

“Mencionó que estaba visitando a su primo,” comenzó Clara. “¿Cuál de nuestros vecinos tiene tal distinción?”

“Clifton Robinson. Su casa fue terminada antes de que el invierno comenzara. El, y su esposa dejaron la ciudad antes que la mayoría para asegurarse que estuviera lista para invitados.” Se rio antes de añadir, “No estoy seguro si el haberme pedido ser el primero sería un honor o me estaban utilizando para probar a su nuevo personal y poder descubrir algo que sus constructores pudieron omitir.”

Una risa salió de Clara, pero pudo cerrar sus labios y se contuvo. Ni siquiera se molestó en quitar la sonrisa de su rostro. “Probablemente sea mejor marcharse con honor a crear discordia en la familia.”

“Quizá tenga razón. No quisiera molestar a mi madre. Nunca vería el final de eso.”

“¿Y su padre?”

La sonrisa de Robert se desvaneció, y había suficiente tiempo antes de responder para que Clara deseara no haber hecho esa pregunta. “Falleció el año pasado.”

“Lo lamento...” susurró Clara.

“Estuvo enfermo un tiempo,” dijo Robert, mirando de nuevo a sus guantes.

“Saber que algo se acerca y encararlo, son cosas diferentes,” dijo Clara en voz baja.

Hubo un momento de silencio, pero no fue incómodo. Clara miró a Robert, y él le devolvió la mirada, pero no parecía sentirse mal por ello. Ella no podía figurar sobre como su manera de mirarla era tan diferente a la de las demás personas en su vida.

“¿Es mi turno de nuevo?” dijo Robert luego de haberse recuperado.

“Supongo que puede tener su turno,” sonrió Clara.

“¿*Por qué* se quedó aquí?”

Clara respire hondo, “Mi salud me impide salir con mi familia en muchas ocasiones.”

“¿Su salud?” respondió Robert con un cierto escepticismo en su voz que sorprendió a Clara.

“Suena a que cree que estoy mintiendo,” lo desafió.

Robert se apresuró a retractarse del camino de la conversación. “No es mi intención intuir que está mintiendo. Es solo que usted no parece una persona enferma.”

Fueron salvados de caer aún más en desacuerdo por la reaparición de Trudy cargando una bandeja con un juego de té. “Taylor estará aquí en un momento,” anunció mientras colocaba la bandeja sobre una mesa en una esquina. “Le pedí que rodeara hasta el frente de la casa para que pueda distraerse con algo al cruzar por la casa. El tocará la puerta, pero es probable que lo vean pasar por la ventana. Ni siquiera habrá tiempo para que el té pueda enfriarse.”

“Gracias, señorita... Trudy,” dijo Robert con vacilación.

“Puede dirigirse a mi como señorita Lange, señor,” le instruyó Trudy.

“Señorita Lange,” Robert se corrigió a sí mismo.

Trudy volteó su atención a Clara, ignorando a Robert. “Señorita Clara, ¿Podría por favor hacerme saber cuándo la habitación esté vacía para que así las sirvientas puedan trabajar en ella?”

“Por supuesto. Les haré saber cuándo devuelva la bandeja.”

“No hará tal cosa. Me llamará y así yo devolveré la bandeja. Debe descansar antes de que la señorita Helen regrese y la mantenga despierta a altas horas de la noche con sus historias.”

Trudy les llevó una taza de té a cada uno. Mientras Clara estaba ocupada mirando a Trudy por los comentarios que la hicieron sonar como una niña pequeña, Robert educadamente dio un sorbo de té que no estaba preparado de la forma en que a él le hubiera gustado. Había aceptado la oferta por cortesía en primer lugar. Había muchas otras bebidas que él hubiera preferido que estuvieran en su taza dado la mañana que tuvo, pero el té era la opción socialmente aceptable así que las otras opciones tendrían que esperar hasta que estuviera solo con Clifton en su estudio recapitulando su día para el entretenimiento de su primo.

“Gracias Trudy, eso sería todo,” dijo Clara con una firmeza en su voz que incluso Trudy no pudo ignorar. Mientras tenían una silenciosa conversación con sus ojos, algo llamó la atención de Trudy y detuvo el intercambio de miradas.

“Por supuesto, señorita. Llámeme cuando haya terminado.” Trudy inclinó la cabeza y dejó lentamente la habitación, deteniéndose un momento en el pasillo antes de salir de la vista de Clara. Lo hizo rápidamente, pero Clara tuvo tiempo para notar que Trudy se dirigía a la puerta principal.

Clara giró los ojos y levantó su taza hacia sus labios mientras escuchaba a Trudy abrir la puerta antes de que los golpes sordos de Taylor terminaran. Robert y Clara intercambiaron sonrisas mientras Trudy se apresuraba a volver a la habitación.

“Sr. Flint, Taylor está listo para usted ahora.” Había una pizca de triunfo en su expresión, aunque Clara fue incapaz de notar por qué se sentiría así.

Robert bajó su taza hacia su platillo y Trudy se adelantó a tomarlo y volverlo a colocar en la bandeja. “Gracias, señorita Lange. Y a usted, señorita Davis,” dijo mientras se ponía de pie. Clara puso su taza y platillo en una mesa pequeña que estaba cercana, por poco tirando los dos por la prisa de levantarse mientras Robert se marchaba. “Han sido unas anfitrionas muy generosas para este cansado viajero. Debe extender mi más sincero agradecimiento a sus padres por el uso de su conductor.”

“Quizá debería esperar hasta *después* de que su auto haya sido reparado con éxito,” bromeó Clara con una sonrisa que Robert imitó.

“Sabias palabras. No quisiera tentar al destino,” dijo mientras levanto su

mano y tomó la de ella, inclinándose ligeramente al hacerlo. Ella sintió un extraño aumento en el calor de su cuerpo antes de posicionarse en sus mejillas. Él se enderezó y se hizo a un lado al rozar peligrosamente cerca de ella mientras pasaba. “¿O fue esa una invitación?”

Fue un susurro muy tenue, por lo que Clara no estaba segura de haberlo escuchado bien. Ella se giró mientras él dejaba la habitación, siendo apresurado por una ansiosa Trudy. Clara volvió a colocarse en su asiento y continuó sorbiendo de su té, ignorando su sabor mientras comenzaba a pensar en todo lo que había pasado entre Robert y ella en un intento por aislar lo que contenían sus ojos. Habían sido más brillantes de lo que había pensado posible para un tono tan oscuro de marrón, aclarándose gradualmente hacia el centro de cada uno. Trudy cerró la puerta de la sala de estar fuertemente cuando volvió y rompió la concentración de Clara.

“Lamento que ese hombre haya sido una molestia para ti, Clara,” dijo Trudy, reuniendo las cosas del té y colocándolas de nuevo en la bandeja. “No hablaremos de esto con tus padres o con Helen cuando regresen,” dijo Trudy como si el silencio mutuo diera lo que dijo por sentado y no supo porque se había molestado en decir algo en primer lugar.

“¿Porqué?” preguntó Clara, sorprendiendo a Trudy. “¿Por qué no deberíamos decirles?”

Trudy se detuvo mientras sacudía las cosas del té en la bandeja, tomando la taza de Clara sin terminar de sus manos. “Esta no fue una introducción apropiada para ese joven, ¿cierto?” señaló Trudy. “Sabes cuánto se esfuerza tu madre al hacer las cosas apropiadamente. Para que él se acercara a la casa sin conocer en absoluto a la familia... Sabes, tus padres lo considerarán algo presuntuoso. Y alejando a Taylor de su trabajo por quien sabe cuánto tiempo,” dijo Trudy sobre su hombro mientras llevaba la bandeja fuera de la habitación. Clara saltó de la silla para seguirla, aun insatisfecha por la salida casual de Trudy.

“Quizá tengas razón sobre mis padres, pero no me pidas que no se lo diga a Helen,” rogó Clara.

“Supongo que puedes intentar decirle a Helen,” comenzó Trudy. “Pero buena suerte intentando el hablar con ella pronto. Ahora, ve a descansar. Has tenido más emoción por un día de lo que es bueno para ti, y tendrás más esta noche.” Trudy se detuvo, con bandeja en mano, al pie de la escalera que llevaba hacia las habitaciones de Clara. Con sus ojos y sus cejas indicó a Clara que subiera, rehusándose a moverse hasta que la jovencita haya

alcanzado el rellano.

Al escuchar que continuaron los pasos de Trudy, Clara volvió a su posición anterior mirando por la ventana hacia la entrada principal de la casa. Ella entrecerró los ojos debido a la brillante luz del soleado atardecer, sus ojos escanearon la curva del sendero hacia la distancia donde se topaba con la calle. Al principio pensó que podría ser un truco de la luz. Al parpadear algunas veces para estar segura, Clara finalmente se decidió en que de hecho si había visto a Robert Flint y a Taylor, avanzando hacia el vehículo descompuesto.

Recordar las palabras que le murmuraron que pudo solo haber imaginado le hizo sentir una extraña, pero placentera ligereza en su pecho. No quería recostarse a descansar. No estaba cansada y no se sentía enferma. La amenaza anterior de su dolor de cabeza había pasado. Clara quería disfrutar los cálidos rayos de sol y no desde una ventana abierta. Pero pudo visualizar la forma en la que Trudy la miraba como si no le prohibiera totalmente, pero no aprobaba tales impulsos.

Ella se detuvo a la mitad del pasillo cuando algo se aclaró en su mente. La forma en la que Trudy la miraba. La forma en la que sus padres la miraban, la forma en la que Helen la miraba algunas veces. Había descubierto que era lo diferente sobre la manera en la que Robert la había mirado. No la observe como si estuviera enferma, como si fuera frágil y se quebraría en cualquier momento. Comenzó a caminar hacia sus habitaciones de nuevo, descartando la idea por el simple hecho de que él no tenía idea acerca de lo delicada que era su salud hasta que ella se lo contó. Se detuvo de nuevo. Pero nada en su expresión había cambiado cuando se lo explicó. No, comentó sobre lo bien que se veía. Quizá no con las mismas palabras, ¿pero no era eso lo que insinuaban sus palabras? Tendría que consultar con Helen sobre este asunto. Helen sabría si un cumplido se habría realizado o no.

Clara notó que no podía evitar sonreír mientras se recostaba en su cama y continuaba repitiendo la escena en la sala de estar, comprometiendo cada detalle a la memoria.

Clara no le contó a Helen sobre Robert Flint. No fue por la advertencia que Trudy le había impuesto o porque Helen no le otorgó una oportunidad. Clara no estaba totalmente segura de porqué había dudado en contarle a su hermana la única cosa emocionante que le había ocurrido en todo el invierno.

Había algo faltante en lo que contaba Helen sobre las fiestas y las cenas

en la ciudad. Donde Clara esperaba descripciones elaboradas sobre quien uso que, quien bailo con quien, y que encuentros seguramente serian anunciados, Helen estaba inusualmente reservada. Era algo inaudito para Clara el pedir por más información y, aun así, eso fue exactamente lo que pasó. Clara llegó a la conclusión de que Helen estaba muy agotada por el viaje y sería la misma de nuevo en la mañana. Clara quería que Helen pudiera apreciar por complete el episodio con Robert Flint, así que decidió esperar hasta el día siguiente.

Pero luego del desayuno a la mañana siguiente, cuando otra oportunidad se presentó, Clara volvió a dudar. ¿Qué tal si Helen no reaccionaba de la forma en la que Clara esperaba, de la forma en la que ella quisiera que reaccionara? ¿Pero cómo *quería* que Helen reaccionara? Había algo atractivo sobre guardarse los detalles sobre su conversación para ella misma. Era algo que era de ella y solo de ella. Clara decidió que no le diría a Helen. No era que no pudiera o que cambiaría de parecer algún día.

Al final, no importó que Clara tomara el consejo de Trudy sobre mantenerse callada sobre Robert Flint. Mientras ella, Helen, y su madre disfrutaban del té en la sala de estar de enfrente, su charla fue interrumpida por el sonido de un auto en el sendero. La postura de Martha Davis se puso rígida por el sonido y un gesto de molestia se apoderó de su rostro. Helen se adelantó para investigar desde la ventana.

“Hay un hombre, pero no es uno que reconozca,” reportó.

Clara sintió que se sonrojaba, preguntándose en si podría ser Robert Flint que volvió muy pronto. Quizá no se había imaginado que lo último que él le había dicho era una invitación. Intentó tomar control de sí misma antes de que su madre notara algún cambio, pero fue muy tarde. Enarcó una ceja y sus labios se frunció peligrosamente.

“Clara...” comenzó, pero una sirvienta entró para anunciar a su visitante. “El señor Robert Flint está aquí para ver al Sr. y la Sra. Davis.” Hizo una reverencia y se hizo a un lado para que Robert pudiera entrar en la habitación.

Helen permaneció de pie junto a la ventana y Clara se paró un poco más erguida. “Sra. Davis,” dijo, avanzando hacia donde Martha estaba sentada juzgando desde el sofá que Robert había ocupado la tarde anterior. “Permítame que me presente, mi nombre es Robert Flint. Tuve la buena fortuna de recibir la compañía de su hija la tarde de ayer bajo circunstancias poco afortunadas. Señora Davis,” volteó hacia Clara y asintió con una sonrisa. “Aunque estoy seguro de que ella les dio mi gratitud por la asistencia que recibí en esta casa, quería ofrecer mi agradecimiento a usted y a su

esposo en persona.”

Clara miró hacia abajo, pero pudo sentir como todos los ojos se fijaban en ella. Helen había tomado interés y floto desde la ventana para tomar asiento junto a su hermana. Ella y su madre pasaban su mirada hacia Clara, y luego al invitado y volvían de nuevo

“¿Su agradecimiento, señor?” preguntó Martha. Ella puso una ligera cortesía en sus palabras y su expresión que borraron los duros ángulos y líneas que habían marcado su rostro solo momentos antes. Helen giró los ojos antes de colocar una mano de apoyo sobre el brazo de Clara. Ella miró hacia arriba a su hermana que le daba una alentadora sonrisa. Ambas chicas volvieron a enfocar su atención en su madre y en Robert, que escondía cualquier confusión.

“Quizá la señorita Davis no ha tenido la oportunidad de explicarle el valioso servicio que me fue prestado ayer. Mencionó que llegarían al atardecer, y por mis prisas, no les pude ofrecer el tiempo suficiente para recuperarse de su extenuante viaje. Permítame explicarle, ayer conducía por el vecindario cuando mi auto comenzó a tener dificultades, dejándome varado a la mitad de la carretera. Me topé con su hogar mientras buscaba asistencia. La señorita Davis me invitó a pasar mientras buscaban a su conductor, Taylor. Él fue capaz de realizar las reparaciones necesarias.”

“Su gratitud es apreciada, pero es innecesaria,” respondió Martha. “Es lo menos que se puede esperar del vecino. Espero no se haya desviado demasiado para hacernos la visita”, indicó.

“Me quedo con mi primo, Clifton Robinson. No está lejos de aquí,” explicó Robert.

“Los Robinson,” repitió Martha, guardando el nombre para después cuando fuera a preguntar por mayor información que decidiría sobre su opinión sobre el hombre parado frente a ella. “Por favor, Sr. Flint, ¿Por qué no se sienta y se nos une? Le pediré a una de las sirvientas que traiga a mi esposo. Me imagino que está haciendo su inspección anual de la propiedad”. Le ofreció un lugar junto a ella en el sofá.

“Me encantaría, Sra. Davis,” dijo Robert educadamente. “Pero me temo que me esperan mi primo y su esposa. Les asegure que no tardaría para no interrumpir sus planes del día de hoy.”

“Al menos permítame presentarle a mi hija Helen,” dijo Martha, levantándose y guiando a Robert hacia Helen, quien se levantó y le ofreció su mano para que el la tomara.

“Es un placer,” dijo con una sonrisa e inclinando ligeramente la cabeza. “Me imagino que la señorita Davis estaba ansiosa por su regreso para poder escuchar sobre su tiempo en la ciudad.”

“Si lo estaba, seguramente la he curado de eso,” respondió Helen con una sonrisa y una ligera mirada a Clara que la hizo ruborizarse por la atención.

“Es un placer el conocerlos y espero poder conocerlos a todos mejor,” dijo, dirigiendo sus ojos hacia Clara que permanecía sentada y en silencio. Le ofreció una pequeña reverencia, a lo que ella asintió, bajó los ojos y deseando que el rubor de sus mejillas se fuera. Robert lentamente avanzó hacia la puerta. “Realmente debo marcharme. De nuevo, le agradezco por el uso de su conductor ayer.”

“Permítame acompañarlo afuera,” insistió Martha. Él sonrió educadamente y esperó a que ella tomara la iniciativa.

La manó de Helen se aferró del brazo de Clara tan pronto su madre estaba fuera de vista y siseó en el oído de Clara. “¿Cuándo ibas a contarme sobre el Sr. Flint?”

“Shhh,” advirtió Clara. Manteniendo sus ojos en la entrada, esperando a que su madre reapareciera. “Iba a contarte anoche, pero parecías...” Clara se detuvo mientras buscaba la palabra correcta. ¿Distraída? ¿Diferente? “Cansada.”

El agarre de Helen se aflojó y una sombra de vergüenza cruzó su rostro. “Clara...” comenzó, pero Clara la silenció de nuevo y le quitó la mano de encima. Martha volvió a entrar en la habitación, y la máscara de amabilidad que había usado para beneficio de Robert se había ido.

“Parece que tuviste una tarde muy interesante ayer, Clara,” declaró con una calma que hizo sentir escalofríos a Clara. Ambas chicas estaban más alertas en su postura.

“Interesante no es la palabra que usaría,” dijo Clara, minimizando el evento a propósito. “Fue una distracción, supongo, ya que ayudó a pasar el tiempo hasta su llegada.”

“¿Y porque te negaste a informarnos sobre nuestro visitante?” Había un regaño en su tono, una dureza que Clara y Helen conocían muy bien por haber crecido con ella.

“Imaginé que Trudy les habría contado,” dijo Clara. Se sintió un poco culpable por haber ofrecido a Trudy tan fácilmente, pero fue Trudy la que le había pedido que guardara silencio en primer lugar. Se disculparía con Trudy luego.

“¿Gertrude sabía sobre el Sr. Flint?” la voz de Martha subió un octavo mientras hablaba, absorbiendo la información.

“¿Hay algo malo sobre la manera en que Clara lidió con el Sr. Flint, madre?” la retó Helen. Clara le dio una mirada de advertencia. Pero Helen nunca había tenido miedo de presionar a su madre. Se había metido en problemas por eso en varias ocasiones, pero Helen era la debilidad de Martha. Era muy indulgente con su hija menor y Helen sabía exactamente cómo y dónde ejercer su poder para los mayores efectos. Usualmente lo hacía para apoyar a su delicada hermana. La pobre salud de Clara desde niña y el miedo de una catastrófica recaída se guardaba en la mente de su madre y algunas veces sus frustraciones salían a la superficie.

Reflexivamente, el rostro de Martha se suavizó un poco. “Por supuesto que no, Helen querida. Estoy más bien preocupada del porque Clara fue colocada en esa difícil posición para empezar. ¿Por qué Gertrude no manejó al Sr. Flint por si misma? ¿Por qué Clara estaba involucrada en todo esto?”

“El Sr. Flint no había notado la campana, así que tocó la puerta,” explicó Clara. Trató de sonar calmada, e incluso desinteresada. “Estaba... cerca, por lo que fui la única que lo escuchó. Creí que sería mejor el ver quien era y solo llamar a Trudy si era necesario. No quería molestar a los demás mientras estaban trabajando.”

Martha asintió lentamente, considerando con cuidado la explicación de Clara. Helen saltó y tomó la mano de Clara. “Clara, debo mostrarte el nuevo vestido del que te conté anoche. Seguramente ya lo habrán desempacado.” Arrastró a Clara fuera de la habitación antes de que Martha pudiera decir otra cosa, Helen ignoró los balbuceos de protesta de Clara hasta que alcanzaron la privacidad de su habitación.

“¿Qué se te ha metido, Helen?” preguntó Clara, frotando su muñeca donde Helen la había tomado con fuerza.

“Debería preguntarte lo mismo,” dijo Helen de forma sugerente.

Clara se ruborizó a pesar del hecho de que no había hecho nada malo. De igual manera, había alterado algo; una balanza invisible se había inclinado, y aparentemente no lo hizo a su favor. “¿Podrías explicarme porque madre esta tan molesta por el Sr. Flint? Su visita de hoy pudo no haber sido necesaria, pero no veo algo inusual el que lo haya hecho.”

“Me parece que madre hubiera reaccionado sin importar a quien hubieras entretenido ayer”, dijo Helen en voz baja, más para sí misma que para contestarle a Clara. También evitaba mirar directamente a Clara.

“Me estas ocultando algo,” dijo Clara severamente, enojándose con Helen por guardarse un secreto. “Algo ocurrió en la ciudad que no me estás diciendo.”

Helen abrió la boca para hablar, pero no pudo decir nada, con su conflicto dibujado en su rostro para que Clara lo presenciara. Finalmente, Helen dijo, “No puedo – No sé si algo de verdad pasó o si solo lo imagine. Hasta que tenga más respuestas – No puedo contarte. Si quisiera,” protestó mientras Clara se levantó para salir de la habitación. “Es solo que – No puedo aún.”

“¿Acaso fue algo que madre dijo o algo que hizo?” preguntó Clara. Siempre pensó que su mala salud había sido una decepción para su social madre. Si Clara pensaba que era tratada de forma injusta, asumía que era por causa de la frustración de Martha. Helen había objetado sobre los tratamientos tan dispares de su madre, pero esta mañana había sido más severa y más por el hecho de defender a su hermana. “¿Acaso dijo algo sobre mí?”

La postura paralizada y la expresión de Helen fueron suficiente confirmación para Clara, quien asintió antes de salir de la habitación y avanzar por el pasillo sola. Ignoró las peticiones vacías de Helen para que volviera y cambiar su opinión sobre esconderse en su habitación. Sería muy fácil para cualquiera encontrarla ahí, y además quería estar sola. El día anterior estaba ansiosa por el regreso de su familia, pero ahora solamente quería estar sola de nuevo.

¿Cuántas veces había pasado esto antes? Ella siempre estaba más feliz de verlos que ellos lo estaban de verla. Había dejado de presionar para ser incluida en sus salidas o viajes desde hacía años, pero ¿había de verdad aceptado sus cansadas explicaciones sobre porque la dejaban fuera de eso? En algún momento habría pensado que hacían estas cosas para protegerla; que todo era por su bien. Incluso pudo haberlo creído la mañana anterior.

Pero su encuentro con Robert Flint había sido algo más que un emocionante evento en su aburrida vida. La manera en la que le había hablado, como no cambió la forma en la que la trataba cuando le habló de su enfermedad, no lo había notado. Verlo de nuevo hoy, aunque brevemente, solo la había hecho sentir más intranquila. Ya no podía estar segura de que su pobre salud fuera la única razón de su larga reclusión. Necesitaba encontrar algún lugar donde no pudiera ser molestada para valorar nuevamente su aislamiento.

Lo que Clara quería hacer era volver a la seguridad y comodidad de la

biblioteca, pero su padre sin duda ya estaría ahí luego de terminar su evaluación a la propiedad. Entró en una de las habitaciones disponibles, rara vez utilizada ya que estaba estrictamente reservada para familiares que visitaban, y la mayoría de sus familiares cercanos tenían tiempo de haber fallecido. La habitación podía utilizar nuevas cortinas, y la ropa de cama era únicamente de muestra. Las imágenes de sus parientes fallecidos dejaron la habitación no muy alegremente, con demasiados ojos mirando a cualquiera que quisiera ocupar ese espacio. Los detallados retratos por pedido de ancestros muy importantes estaban esparcidos entre las prominentes habitaciones de la casa. Manchando las paredes y acomodados sobre vestidores, mesas y estantes de la habitación había retratos en diversos tamaños y estilos. Había un par de bosquejos a lápiz que Clara pensó que eran el tío y la tía de su padre (habían muerto en un accidente al que nadie se le permitía mencionar). Había una miniatura muy vieja de un rostro que a Clara se le hizo difícil de distinguir, pero estaba segura que era el tío traidor de su madre (quien había traicionado y que había sido olvidado hacía mucho tiempo, aunque la vergüenza continuaba derramándose a través de los años).

Clara sacudió el polvo de unas fotografías enmarcadas baratas y examinó los rostros. Reconoció las características, pero no los mismos rostros; la amplia frente que en su padre se volvía más prominente mientras su cabellera retrocedía; las líneas entre ambas cejas y alrededor de la boca que se formaban por el sobreuso de la expresión severa de su madre. Había mucho más que solo características físicas similares y una relación de sangre que los unía con las personas en los retratos que rodeaban a Clara: la mayoría de ellos eran personas que la familia quería olvidar, miembros que arrastraban su vergüenza o notoriedad tras de ellos.

Clara sintió una rara e inesperada afinidad con las personas que la miraban desde sus retratos abandonados. Ella sabía que no era algo acerca de su fragilidad física que la deba hacer sentirse avergonzada; sino el ser pasada por alto, ser puesta a un lado y la olvidaran... que ella comprendía.

Un rostro tomó la atención de Clara y soltó un grito ahogado, casi ahogándose con el polvo que ya había perturbado. Con la inexplicable fotografía en mano, Clara se sentó en la cama. No era tan vieja como las demás. Había una figura femenina sentada en una posición cuidadosamente erguida, con sus manos tomando el mango de una sombrilla cerrada. Era más joven de lo que jamás la había visto, pero Clara pudo reconocer a su madre por la forma de

la mandíbula y por la arrogancia en sus ojos. Aunque lo que Clara notó más era la mujer detrás de su madre. Usaba un vestido similar, y parecía ser casi idéntica a su madre. Las dos eran tan parecidas, que solo podían ser hermanas, incluso gemelas. La mujer que estaba de pie no sonreía, pero había algo más alegre en su semblante. La segunda mujer también tenía una sombrilla, pero la de ella estaba abierta y la sostenía sobre su hombro. Su cabeza estaba posicionada para estar en el centro de la sombra. Era increíble lo segura que estaba de que la mujer sentada era su madre y no la que estaba de pie, pero no podía negar el rostro más sombrío de Martha. Era como si algo le pesara, forzándola a sentarse, atada a su hermana y manteniéndola de ser llevada por la brisa.

Si la mujer en la fotografía era la hermana de su madre entonces, ¿por qué no había escuchado nunca sobre ella? Examinó el marco y logró abrirlo, removiendo la fotografía. Al voltearla, notó que había una escritura desvanecida, y tuvo que moverse hasta la ventana y mover las cortinas para poder leer mejor. Martha y Amelia 1899. ¿Qué pudo haber pasado con su tía Amelia para que nadie hablara de ella? ¿Acaso Helen sabía sobre Amelia? ¿Pudo eso ser de lo que Helen no pudo hablar?

Clara puso el marco como estaba, pero se quedó con la fotografía. Rápidamente escaneó la habitación una última vez, pero nada más resaltó para ella. Mientras salía de la habitación, escuchó que alguien se acercaba desde el pasillo. Rápidamente guardó la fotografía en el frente de su holgada blusa y la aseguró con la pretina de su falda. Usó una mano para mantener la fotografía en su lugar mientras caminaba silenciosamente por los pasillos. Una sirvienta inclinó la cabeza mientras pasaba junto a Clara con las manos llenas de la ropa de la habitación de Helen. Luego que la sirvienta hubiera cruzado la esquina, Clara aceleró el paso. Cuando finalmente llegó a su habitación, cerró y aseguró la puerta, buscando un lugar seguro donde esconder la fotografía.

Peleó con el impulso de esconderla en uno de los libros que estaban sobre su mesa de noche o bajo la almohada, Clara se mordió el labio mientras miraba alrededor de su habitación. Entre Trudy, las sirvientas, y Helen, descartó cualquier vestimenta con bolsillos, sin importar cuán poco frecuente utilizara esa ropa. Abrió la tapa de un joyero, colocó la foto dentro, cerró la tapa, y luego volvió a abrirla para sacar la fotografía. No había cosas

suficientes en la caja como para ocultar la fotografía de ojos curiosos cuando la tapa fuera levantada. Entonces observó que había hilos sueltos en la tela que cubría la caja. En una esquina, la tela se había soltado y se podía remover. Un pequeño tirón causó un sonido de rasgado que causó que Clara se estremeciera un poco, pero siguió tirando de la tela hasta el extremo de la caja. La fotografía se deslizó dentro con facilidad y un pequeño piquete hizo pegada de nuevo la tela a lo largo de la costura.

Hubo un golpeteo en la puerta justo cuando había reemplazado el joyero. Helen estaba del otro lado cuando abrió la puerta. “Solo quería hacerte saber que madre habló con padre y decidieron invitar al Sr. Flint a cenar mañana en la tarde.” Clara abrió la puerta aún más para permitir que Helen entrara. Su hermana adoptó una posición apática en la cama.

“¿Madre está invitando al Sr. Flint a cenar? ¿Luego de lo que pasó?”

Helen asintió. “Aparentemente padre está más familiarizado con quien es el Sr. Flint y fue capaz de responder las preguntas de nuestra madre. ¿Sabías que el heredó una considerable fortuna recientemente?”

“El mencionó que su padre había fallecido el año pasado, y me parece que el primo con quien se está quedando es del lado de su madre...” recordó Clara. Cuando notó la sonrisa en el rostro de Helen, se sonrojó y miró abajo a sus zapatos. “Pero no, no entramos en detalles de dinero. No estuvo aquí por mucho y creo recordar a madre mencionando en varias ocasiones lo vulgar que es el discutir sobre dinero en cortés compañía.”

Helen rio. “En cortés compañía, sí. Pero en la privacidad de una casa es algo que se espera.”

Clara tomó asiento en la cama junto a Helen. “Así que madre te envió para darme una advertencia e instrucciones sobre cómo comportarme para una cena con invitados.”

“De hecho, ella y padre tuvieron una pequeña discusión en si deberías estar o no en la cena.”

“¿Qué?” preguntó Clara. Era cierto que con frecuencia era dejada fuera de las cenas y fiestas que eran organizadas en la casa. La excusa siempre había sido que estar con demasiadas personas sería abrumador, o en referencia a menores números en cenas con invitados, que Clara no los conocía y atender la cena no le interesaría. Su tiempo podría ser invertido mejor en descansar que en entretener.

“Si mencione que pensaba que él había tomado interés en ti y que lo encontraría extraño que estuvieras ausente, pero madre me dijo que no me

entrometiera.” Dada la tensión anterior entre su madre y su hermana, Clara pudo imaginar cómo ocurrió la conversación. “Creo que está esperando redirigir su atención,” admitió Helen tímidamente.

Clara se alejó de Helen para que no pudiera ver su reacción. Si la atención de Robert Flint era redirigida, Helen implicaba que ella, Clara, era donde estaba enfocada. Solo se habían visto dos veces y ambas fueron por un corto tiempo, pero Clara no pudo negar que, al menos de su lado, había un fuerte deseo de conocer mejor a Robert Flint. La cena sería una buena forma de comenzar, incluso con la interferencia de su madre. “¿Así que lograste escuchar el veredicto en si estoy invitada o no a la cena?”

Helen sonrió. “Me imagine que mientras supieras de esto, sería difícil para ellos el evitar que asistas.”

“Gracias, Helen,” dijo Clara sinceramente. Cuando se inclinó para abrazar a Helen, sus ojos fueron directo al joyero que escondía la fotografía. Una sensación de culpa recorrió su cuerpo, pero permaneció en silencio.

Al separarse, Helen tomo las manos de Clara en las suyas. “La cena no es sino hasta mañana en la tarde, pero podría tomarnos mucho tiempo en encontrar algo adecuado para que uses, así que mejor comencemos.”

Clara temblaba nerviosamente mientras bajaba las escaleras junto a Helen la tarde siguiente. Solo una porción de esos nervios era la anticipación de la llegada de Robert Flint. El resto eran debido a lo distinto de su apariencia. Helen había pasado un tiempo murmurándose a sí misma desde dentro del escaso armario de Clara la tarde anterior, antes de declarar que nada de lo que había ahí iba a servir. Ella llevó a Clara hasta su propia habitación y la forzó a probarse muchos vestidos diferentes, cada uno más elaborado que el anterior. Cuando Helen presionó a Clara para que eligiera uno, se resistió hasta que Helen eligió por ella. Su alivio al ver el que Helen había seleccionado era muy notable. Luego ella le entregó los zapatos que lo acompañaban.

No era el tacón que hacía que Clara tomará unos pasos tan tentativos; era la fragilidad de las cintas. Temía que pudiera pisar fuera de los zapatos si no prestaba atención o que las cintas se romperían, llevando a resultados muy humillantes. También se movía lentamente porque no estaba acostumbrada al peso del vestido o a los sonidos que hacía. No tenía mucha estructura, colgando de su pálido cuerpo, pero las intrincadas y decorativas cuentas eran notablemente pesadas, además de las franjas que marcaban la falda del

vestido. Cuando Helen se lo mostró, Clara estaba hipnotizada por la forma en que las cuentas se desvanecían de un color azul pálido a un color casi blanco, mirando casi debajo del busto (aunque era difícil de notar por el ajuste suelto del vestido) era más un azul medianoche en el dobladillo. Las innumerables cuentas eran las únicas cosas que le daban color al vestido. La tela por debajo era un gris plateado que complementaba el tono marfil pálido de su piel.

“Señorita Clara,” exclamó Trudy cuando la vio. La admiración y el orgullo estaban claros en su rostro, pero luchó por ponerlos de vuelta en orden para reprender a ambas chicas por actuar en contra de los deseos de sus padres. “Si el Sr. y la Sra. Davis no creen que sea buena idea que se una a la cena de esta noche, pienso que no debería ser tan insistente en unírseles. Pudieron no haberle dicho sus razones, pero deben tenerlas y estoy segura de que son buenas razones.”

“Si están tan avergonzados de compartir sus razones, entonces están casi seguros de que no son buenas,” insistió Helen, mirando a Clara para que pudiera verse a sí misma en el gran espejo. “¿Por qué debes siempre defenderlos tan fielmente? La lealtad es buena, ¿pero acaso nunca los cuestionas y porque te piden hacer lo que haces?”

Trudy dio un paso atrás. “Si estas preguntando en sí puedo pensar o no por mí misma—”

“Helen,” reprendió Clara, interrumpiendo a Trudy antes de verse obligada a contestar una pregunta que no se sentía cómoda de responder. “Deja ser a Trudy. Sus objeciones sobre mi asistencia están basadas solamente en el Sr. Flint, ¿verdad Trudy?” bromeó. “No estaba muy impresionada el otro día al verlo.”

“Estaba en un estado tan sucio,” recordó Trudy amargamente, haciendo que ambas hermanas se rieran. “Y me dio la impresión de ser algo pretencioso, aunque supongo que había poco que él podía hacer dado que estaba buscando ayuda...” las críticas de Trudy se desviaron cuando caminó por la habitación recogiendo las cosas que Helen había descartado durante sus propias preparaciones de la cena.

“Bueno, yo creo que parecía encantador y dulce,” declaró Helen, sonriéndole a Clara, que estaba muy hipnotizada por su poco familiar apariencia como para registrar los comentarios de Helen.

Poco de lo que dijeron quedó registrado en Clara hasta que entró en la sala de estar donde

Robert Flint y sus padres esperaban a Helen. Pudo notar la expresión de

desaprobación de su madre en la forma en la que el vestido de Helen favorecía a Clara. Pudo haber incluso un sutil giro de sus ojos, pero la mano de Helen en la espalda de Clara la urgía a avanzar para saludar a Robert cuya expresión era la opuesta a la de Martha.

“Señorita Davis,” dijo mientras se levantaba y avanzaba hacia ella. “Me alegra que se sintiera lo suficientemente bien como para acompañarnos después de todo.”

Clara evitó por completo mirar a sus padres. Solo pudo sentir como Helen sonreía lo suficiente por ambos. “Pasar tiempo en su presencia parece no haber afectado mi salud, aunque consideré que era un riesgo que valía la pena correr.” Él sonrió, y ella no pudo evitar el acompañarlo con una sonrisa.

Martha se había recuperado de su aparente decepción sobre la presencia de Clara. Caminó para unirse con los recién llegados. “Helen, querida, te ves encantadora.” Dijo como si hablara solamente con Helen, pero lo dijo lo suficientemente alto para asegurar que la atención en la habitación se centrara en su hija menor.

“Me alegra que lo pienses, madre,” dijo Helen educadamente. “Clara lo eligió para mí. Ella tuvo toda la suerte cuando se trató de la vestimenta de esta noche. Solo mírala,” dijo Helen, llevando la atención de vuelta a Clara. “Sé que ese vestido no me quedaba de la forma en la que le queda a Clara.”

Clara bajó los ojos, incomoda por tener tal nivel de atención centrado en ella. El calor se alzó hasta sus mejillas, dándole una nueva oportunidad a su madre.

“¿Estas bien, Clara? Parece que estas teniendo fiebre.”

“Tonterías,” insistió Helen. “Ella nunca se había visto mejor. Ese color de verdad hace maravillas para ti, Clara.”

Antes de que su madre pudiera hacer otra observación, su esposo se les unió en la sala de estar. “Clara,” dijo con un poco de sorpresa que de inmediato reprimió. “Te ves bien esta noche. Y usted debe ser el Sr. Flint,” dijo, acercándose al grupo y levantando la mano para que Robert la tomara.

“Así es. Gracias por la invitación, Sr. Davis. Esperaba tener otra oportunidad para visitar para conocerlo y agradecerle por el uso de su conductor el otro día.”

“Y estoy seguro de que mi hija no tiene nada que ver en eso” bromeó Oliver Davis, mirando a Helen. La sonrisa de Martha se tensó.

Robert estaba mirando a Clara. “Eso pudo contribuir a la decisión,” admitió. “Espero poder relacionarme mejor con sus hijas.” Ofreció un

asentimiento educado y una sonrisa a Helen.

“Lamento que su primo y su esposa no pudieran acompañarlo esta noche. Esperaba finalmente conocerlos.”

El cuerpo de Robert se tensó por un momento antes de relajarse de nuevo “Ellos también estaban decepcionados también. Habían escuchado mucho sobre la belleza de la casa y la propiedad, pero me temo que estaban comprometidos a cenar con un viejo amigo de Nora – La señora Robinson. Se me pidió el otorgar un reporte complete en el desayuno.”

“Los jardines aún no han florecido del todo aún. Tendrá que regresar otro día para verlos a la luz del día,” explicó Martha con un poco de modestia. “Helen es una excelente guía. Estoy segura de que conoce los jardines mejor incluso que los jardineros mismos.”

“Madre,” la reprendió Helen. “No me malinterpretes con el Sr. Flint. Me gustan mucho los jardines, pero si no tuviera a Clara para mostrarme por tanto tiempo, estaría irremediabilmente perdida.”

“Hay diversas formas de perderse,” le señaló Robert a Helen. “Ninguna de ellas es agradable.” Martha sonreía mientras veía el intercambio.

Un sirviente entró para anunciar que la cena estaba servida. “Adelante,” dijo Oliver Davis, guiando el camino mientras su esposa tomaba su brazo. Robert levanto un brazo para Clara y otro para Helen, escoltando a ambas mujeres desde la sala de estar al comedor.

Martha había organizado todo para que su esposo se sentara en la cabecera de la mesa con Robert Flint en su lado derecho y ella en el izquierdo. Helen estaba a un lado de Robert, permitiendo que los dos tuvieran una silenciosa conversación si lo quisieran. Otra posición para Clara había sido ordenada de mala gana colocada en otro lugar de la mesa.

Clara intentaba lo mejor que podía en contribuir a la conversación. Muchos de los nombres que se mencionaban eran unos que ella había escuchado antes, aunque sin conocimiento previo de las personas a quienes les pertenecían, sus contribuciones eran vagas y ofrecían muy poco. Helen permitió que la charla de conocidos en común continuara por varios minutos antes de hacer el esfuerzo de dirigir la conversación hacia temas más generales, para que Clara pudiera hablar más. Ella fue alentada por Robert, quien parecía haber tomado un interés en todo lo que ella decía.

Se había vuelto claro para todos en el segundo plato que Martha Davis estaba determinada en intentar hacer una pareja con Robert y Helen. Y estaba igualmente claro que ninguno de sus esfuerzos estaba funcionando. A pesar

de la proximidad y la facilidad con la que conversaban. Robert y Helen estaban enfocados en Clara. Mientras la cena progresaba, una ola de un silencioso criticismo viniendo de la mano derecha de Clara estaba aumentando progresivamente. El nivel de animosidad en el tono de Martha sorprendió y ofendió a Clara, aun así, dejó que la idea de que había algo tras de ello se alojara en la parte más profunda de su mente por el resto de la cena. La intensidad de la mirada de Robert desde el otro lado de la mesa y los profundos y resonantes tonos de su risa que ondulaban hacia ella cuando decía algo ingenioso formaban una barrera que la actitud áspera de su madre se adentrara más profundo.

Luego de la cena, Oliver y Robert se retiraron a la biblioteca mientras que madre e hijas regresaron a la sala de estar. Las tres mujeres estaban en silencio alejadas de los hombres. Ninguna de ellas quiso hacer alusión a la tensión hasta después que su invitado se retirara. En su lugar, observaciones incómodas y sin entusiasmo sobre la calidad de la cena y sobre la conversación fueron ofrecidas esporádicamente sin esperar alguna respuesta. Helen y Clara hicieron lo mejor que pudieron en transmitir sus ánimos y complacencia con respecto a Robert y sus atenciones usando miradas significativas. Sintiendo el formidable disgusto de su madre, Helen sugirió un juego de cribbage para mantenerlas ocupadas y corteses mientras esperaban a que los hombres terminaran sus bebidas y su forzada conversación.

El cribbage era un juego que Clara y Trudy habían jugado muchas tardes y noches solo para pasar el tiempo. Sus habilidades en el juego excedían las de su madre y hermana, provocando unas observaciones de su madre y desafiantes réplicas de Helen. Clara logró ignorar ambas y se perdió a sí misma en el juego y se relajó. No se había dado cuenta de lo tensa que estuvo durante la cena, pero había estado en posiciones desconocidas para estar en conversación con Robert del otro lado de la mesa, y empezó a sentirlo en los músculos de sus piernas y espalda.

“Si estas tan cansada,” comenzó Martha. “Puedes retirarte por esta noche. Helen puede disculparse por ti con el Sr. Flint. Ya te has excedido demasiado por hoy. Necesitaras descanso extra los siguientes días para recuperarte de toda esta emoción.”

“Me siento bien,” reiteró Clara. “He disfrutado mas esta noche que cualquier otra que recuerde.”

“Le estaba contando a tu padre lo mismo hace un momento,” dijo Robert mientras él y Oliver entraban en la habitación. Las tres mujeres levantaron la

mirada a los hombres que entraban. Martha se levantó y comenzó a dejar el juego.

“Oh, por favor,” dijo Robert, deteniéndola. “No permita que interrumpamos su juego.”

“¿Quizá quiera unírseles en un juego de cuatro en equipos?” sugirió Martha, volviendo a sentarse. “Usted y Helen pueden ser un equipo y yo hare equipo con Clara.”

“Por favor, adelante,” dijo Clara alentándolo.

“Podrían lamentarlo,” advirtió, tomando asiento junto a Clara quien estaba colocando de nuevo las clavijas del tablero y comenzó a barajar las cartas. “Estoy fuera de práctica, pero lo recordare rápido.”

“Si pierden no será porque esté fuera de práctica, sino porque yo tengo mucha practica”, bromeo Clara,” bromeó Clara.

“No, será porque soy terrible para hacer puntos,” añadió Helen.

Comenzaron a jugar. “¿Entonces es uno de tus juegos favoritos?” le pregunto Robert a Clara mientras seleccionaba de su mano y la colocaba en la caja de ella.

“Lo disfruto,” contestó evasivamente.

“Era un favorito de mi padre,” admitió Robert. “Pedía jugar cuando deseaba tener una discusión seria sobre algo que encontraba incómodo.” Clara colocó un as abajo y movió su clavija dos espacios. “Le permitía concentrarse en algo familiar y le ayudaba a olvidar su incomodidad.” Clara bajó un diez para igualar el que Robert había abierto y movió su clavija otros dos espacios, sonriéndole mientras lo hacía.

“¿Cuándo exactamente falleció?” preguntó Clara, deseando continuar su conversación del otro día, ya que no probaba ser dolorosa para él.

“Hace casi un año.” Ella vio una tristeza silenciosa detrás de sus hipnóticos ojos, y tuvo el deseo de alcanzarlo y tocarlo; una mano en su brazo u hombre, apretar su mano.

“¿Tiene usted familiares?” preguntó Martha, reclamando el control de la conversación. Ella estaba enfocada en mantener a Robert ocupado respondiendo sus preguntas y dirigiendo su atención de vuelta a Helen. Clara dejó que su madre se saliera con la suya con la discusión, pero se rehusó a permitir que su madre perdiera el juego por ambas. A pesar de la manera en que su madre le daba puntos a Robert, Clara fue capaz de voltear las manos a su favor. Clara hubiera pensado que Helen estaba intentando perder el juego a propósito, pero sabía que el control de Helen del juego no era lo

suficientemente bueno para hacerlo de forma eficiente.

Luego que Clara y su madre ganaron el juego, Robert se levantó para marcharse. “Eres un oponente formidable,” le dijo a Clara. “Preferiría tenerte como mi compañera la próxima vez.”

“Me gustaría,” admitió Clara, emocionada por pensar en una *próxima vez*.

Su madre se puso en medio para interrumpir a Clara y poner a Helen en el camino de Robert, pero una taza de té se volcó en el proceso, derramando todo sobre el vestido de Helen. Helen tomó la oportunidad para hacer una pequeña escena y distraer a sus padres. Robert aprovechó el momento para decirle unas palabras de forma rápida y privada a Clara. Inclínándose para acercarse, le murmuró, “Encuéntrame afuera tan pronto como puedas alejarte.”

Ella lo miró con un poco de sorpresa, insegura de si lo había escuchado correctamente. El levantó las cejas, implorando para que aceptara. Al fin convencida de que de verdad decía en serio lo que le pidió, ella asintió a su petición.

La conmoción se había calmado, el resto de las despedidas y agradecimientos de Robert fueron dichas y se retiró. Muy emocionada y ansiosa sobre como encontraría la manera de salir de la casa para encontrarse con Robert, Clara se adelantó al resumen de la tarde y declaró que estaba exhausta. Peleo con el deseo de correr por las escaleras hasta su habitación ya que eso contradiría la idea de que estaba cansada y se forzó a subir los escalones uno por uno. Una vez en su habitación, cerró con llave la puerta y se sentó en el suelo en la oscuridad para escuchar y esperar.

Clara no se molestó en cambiarse del vestido que había usado toda la tarde, pero sabía que no podría escabullirse sin ser detectada con los zapatos que Helen le había prestado. Con sus cómodos zapatos de siempre en una mano y una bata en la otra, silenciosamente salió de su habitación y camino por el pasillo hasta las escaleras de servicio que usaban los sirvientes. Las voces de sus padres y de Helen se desvanecían mientras avanzaban por caminos separados. Clara sabía que su padre estaría en la biblioteca y su madre probablemente estaría en la sala de estar. No estaba segura de donde estaría Helen ya que ella y Martha estuvieron discutiendo sobre algo, pero si Clara se topaba con Helen, estaría más que dispuesta a ayudarla a llegar a su encuentro clandestino con Robert.

Al final de las escaleras, Clara se detuvo para observar por cualquiera de

los sirvientes. Pudo escuchar la conmoción al fondo del pasillo mientras limpiaban la mesa y se dirigían a sus camas. Agachándose dentro de una despensa, se colocó sus zapatos y su bata para esperar el momento apropiado para correr hacia la puerta que se usaba para entregas.

El aire era fresco, pero no muy helado, haciendo que Clara agradeciera por la pequeña protección que le daba su ligera bata. Era un color verde oscuro que la ayudaba a mezclarse mejor mientras se escabullía entre los arbustos en los bordes de la casa. Tomó solo unos minutos el caminar el largo de la casa para llegar al sendero. Por el sonido de las rocas crujiendo bajo sus pies, se encogió. Tomaría más tiempo y sabía que era ridículo el preocuparse por que alguien la escuchara caminar, pero decidió no arriesgarse y se mantuvo junto al césped a lo largo del borde.

La oscuridad la desorientó al principio. Estaba muy alerta de todo lo que pasaba a su alrededor. Cada sonido extraño enviaba un escalofrío por su espalda; la humedad ya se estaba colocando sobre el césped y empapó sus medias; el olor a tierra mojada y césped cortado estaba en todos lados. Mientras las luces de la casa bajaban, su emoción aumentaba hasta que no pudo escuchar a los grillos o a los pájaros nocturnos; todo lo que podía escuchar era el latido de su corazón. Dejó de mirar por detrás de su hombro y comenzó a forzar sus ojos para encontrar a Robert.

El la encontró antes de que ella lo viera, tomándola por la muñeca en la oscuridad. Ella soltó un pequeño grito de sorpresa, pero una de sus manos cubrió su boca y apagó el grito. Su primer pensamiento era que el la estaba tocando de una forma que era todo menos socialmente aceptable. Ella instintivamente lo empujó para liberarse de su agarre.

“Lo siento, Clara,” murmuró desde las sombras. Sus ojos ya se habían ajustado a la oscuridad y pudo notar la forma de él, con las manos levantadas como disculpa. “No quería asustarte. Para ser honesto, no pensé que de verdad vendrías.”

Clara se acomodó su bata y cruzó los brazos frente a su pecho contra la fría noche. “Pensé en quedarme adentro”, mintió. “Pero dado que dije que estaría aquí, pensé que sería mejor mantener mi palabra.”

“Me alegra que lo hicieras.” Él se acercó a ella, probando para ver si ella retrocedería y mantendría una distancia entre los dos. Ella se mantuvo en su lugar.

“¿Hay algo en particular de lo que quieras hablar?”

“Hay muchas cosas de las que quisiera hablar contigo,” dijo en voz baja.

“Encuentro fácil el hablar contigo, lo que dice mucho últimamente. No había estado con alguien con quien me sintiera cómodo desde hace tiempo. No desde que mi padre murió, al menos. Pero espero que tomemos nuestro tiempo con más temas de conversación.”

Había algo sugerente sobre la forma en la que dijo eso último que provocó que los músculos del abdomen de Clara se tensaran. Era extraño, inesperado, pero no era molesto ni desagradable. “¿Entonces qué tema no puede esperar? ¿Qué tema requiere un encuentro secreto a la luz de la luna?” bromeó.

“Pregunté sobre ti,” dijo sin pena ni vergüenza. “Le pregunté a mi primo y a su esposa. Nunca habían escuchado de ti. Pero habían escuchado otras cosas de tu familia. Habían mencionado una hermana de tu madre que se suponía estaba loca y había sido enviada lejos del resto de la familia. Pero Nora no estaba segura de la veracidad de ese cuento porque también había escuchado sobre como ella fue rechazada por un escandaloso incidente con un hombre casado. Clifton había escuchado algo sobre un niño, pero no pudo decir de quien era o si tenía algo que ver con la hermana de tu madre. Pensó que era probable que lo hubiera escuchado de una sirvienta sobre otra sirvienta.”

Clara escuchó los rumores y se esforzó en darles sentido. La imagen de su madre y “Amelia” escondida bajo la tela de su joyero ardían en su mente. Pero la proximidad de Robert evitaba que se formara algo concreto. Su olor se estaba mezclando con el olor a madera de los setos junto a ellos. “¿Y porque me estas contando esto?” preguntó sin aliento.

“Quiero verte de nuevo. Te lo dije, no había estado con alguien con quien pudiera abrirme desde hace mucho tiempo y no quiero dejarlo ir. No quiero dejarte ir. Pero hay algo sobre tus padres, especialmente tu madre, que se siente extraño. Y sobre lo que dijiste el otro día, de que te dejaban atrás. A nadie a quien le pregunté sabía sobre ti. Saben sobre tu hermana, Helen, pero no sobre ti. Hay algo más que está pasando y creí que podría preguntarte sobre ello. ¿Cuál es la verdadera razón por la que te quedas en casa? ¿Por qué intentan ocultarte?”

Al decir eso, Clara dio un paso atrás. “Ellos no me ocultan. Y te lo dije, mi salud me mantiene en casa.” Estaba hablando por hábito, con sus palabras sonando cada vez menos reales mientras las escuchaba. “No sé nada sobre una hermana, o sobre un escándalo, o sobre lo que sea,” dijo, sabiendo que solo decía una verdad a medias. Pero no sabía nada acerca de Amelia además

de su nombre y lo poco que la imagen le revelaba. “¿Porque piensas que te estoy ocultando algo?”

“No pienso que me estés ocultando algo,” dijo Robert rápidamente, dando un paso para remover la distancia que ella puso entre ambos. “Habiendo conocido a tu madre, no me cabe duda de que te está ocultando cosas. La manera en la que te presionaba para que te marcharas, la forma en la que te miro toda la noche... No pretendo hablar mal de tu madre, pero si hay alguien que quiere ocultarte del mundo, es ella.”

“Eso aún no explica porque estás aquí ahora,” señaló Clara. “¿Es solo por respuestas, para satisfacer tu curiosidad? ¿O acaso... hay algo... más?” No quiso hablar más sobre su madre. Los últimos pasos de él los acerco aún más de lo que habían estado, y ella pudo sentir el calor de su aliento mientras él hablaba. Se inclinó hacia él, la distancia entre ellos era difícil de figurar con precisión en la oscuridad.

“De hecho, hay algo...” dijo mientras ella sentía sus dedos rozar su mejilla. Sus labios encontraron los de ella, y todo acerca de su madre y sus secretos había sido olvidado. Sus manos se posaron sobre el pecho de ella mientras su mano sostenía la cabeza de ella cerca de la suya por un momento más. Un mechón de cabello fue atrapado en su dedo mientras se alejaba de ella, moviendo su cabello hacia sus hombros. “Planeo visitar pronto,” murmuró. “A menos que tengas alguna objeción.”

“Me gustaría verte otra vez,” murmuró, incapaz de remover la sonrisa que su beso había dejado en sus labios.

“Bien.” Ella pudo escucharlo sonreír también. “Debería irme ahora. Clara, no permitas que tu madre o nadie más te esconda.”

“No lo haré,” le dijo mientras él se giraba y comenzaba a caminar por la vereda que llevaba hasta donde había dejado su auto. No estaba segura de que significaba aquella promesa, pero mientras su calor permanecía y contemplaba como escabullirse de vuelta a la casa, ella sabía que pretendía cumplirla.

Volumen Dos

Clara despertó la mañana siguiente, aun utilizando su bata sobre el vestido que Helen le había prestado. Se sentó y se dio cuenta que no se había metido bajo las sábanas luego de escabullirse de vuelta a su habitación. Vencida por el cansancio y mareada por su encuentro con Robert, se sintió con suerte de recordar el cerrar con llave la puerta antes de caer en la cama y desmayarse. El recuerdo de estar en la oscuridad, tan cerca de Robert, la sensación de su abrigo en sus manos mientras él la besaba, su olor mezclado con el fuerte olor de los setos cortados... Se volvió a recostar sobre las almohadas y se dejó perder en los detalles. Se preguntó cuándo visitaría de nuevo, cuanto tendría que esperar para volver a verlo.

Un golpe en la puerta rompió su ensueño. “Señorita Clara”, la voz de Trudy la llamaba a través de la puerta. Clara escuchó a la mujer mover el pomo de la puerta. Se sentó de nuevo y notó su aspecto desaliñado. Aún estaba usando los zapatos que usó al salir y había hojas de césped y lodo adheridos a ellos. Clara rápidamente se los quitó y los escondió bajo la cama antes de moverse hacia la puerta y abrirla. La abrió lo suficiente para dejar pasar a Trudy.

“Buenos días, Trudy.”

“Señorita Clara, ¿Por qué sigue usando ese vestido? Si no podía quitárselo usted misma pudo haber tocado la campana y yo vendría a ayudarla.” Trudy se acercó para quitar la bata que rodeaba los hombros de Clara, pero ella se aferró a la bata.

“Puedo desvestirme sin ninguna asistencia, Trudy,” dijo. “Simplemente estaba muy cansada anoche como para molestarme.”

Trudy se alejó de Clara, resignada.

“Muy bien. Me enviaron para ver cómo se sentía luego de la emoción de anoche. Su madre notó que no ha bajado a desayunar todavía.” Había algo en la manera en que Trudy levantaba sus cejas mientras decía esa última parte, y la imagen de su madre en el desayunador, cuidadosamente mirando el reloj con una creciente sonrisa aparecía en la mente de Clara.

“Gracias, Trudy. Puedes decirle a madre que no tengo hambre esta mañana, y bajaré en un momento si hay algo que ella desee discutir conmigo.”

Trudy asintió y dejó la habitación. Antes de cerrar la puerta tras ella, volteó la cabeza y le recordó a Clara, “Si necesitas algo, solo llámame.”

Clara quería regresar a su cama donde podría perderse en sus sueños

sobre la noche anterior. Pero, tal como estaba el calor remanente en sus mejillas por el pensamiento sobre el beso de Robert, También estaba la tensión en los músculos de su cuello al pensar en las críticas de su madre. Ella camino hasta el pequeño reloj que estaba sobre un manto encima de la chimenea. Nunca nadie era enviado para despertar a Clara, y no había dormido más de veinte minutos pasada la hora a la que habitualmente se levantaba (lo que era todo un logro considerando lo tarde que había regresado comparado a la hora a la que habitualmente se iba a dormir).

Que su madre enviara a Trudy para revisarla trajo a su mente todos los rumores que Robert había mencionado durante su encuentro secreto. Habiendo enviado el mensaje con Trudy de que bajaría en un momento, cada momento que pasaba contemplando tales cosas en lugar de vestirse era un momento en el que su madre ganaba. Se quitó la bata, movió sus brazos hacia su espalda lo mejor que pudo, y comenzó a desabrochar la línea de botones diminutos.

Era impresionante lo rápido que su relación con su madre se deterioraba. Martha nunca fue una madre cariñosa, pero eso se extendía a Helen también. Hubo niñeras y sirvientas antes que los tutores y las institutrices aparecieran para hacerse cargo de las actividades diarias de las chicas. Martha era una figura que flotaba en los extremos de su propia conciencia, y en el caso de Clara, lo hacía de forma crítica. Nunca hubo ninguna duda en la mente de Clara sobre como su madre las trataba a ella y a Helen de forma distinta. Siempre había asumido que era debido a que Helen era más joven, su bebé; o que Helen era más saludable. Hubo un día de frío invierno en su niñez cuando Clara fue puesta en cama con un fuerte resfriado y un pensamiento se le ocurrió que le causó estremecer y preguntarse sobre la actitud tan desapegada de su madre hacia ella: ¿qué tal si su madre siempre parecía mirar sobre de ella debido a la cantidad de veces que estuvo a las puertas de la muerte?; ¿qué tal si era debido a que su madre la miraba en muchas ocasiones convencida de que estaba a punto de morir y no estaba segura de como manejaría la pérdida de su hija; quizá era solo su madre tratando de evitar ser herida si algo le pasaba a ella, Clara?

Clara se aferró a esa interpretación sobre el comportamiento de su madre y funcionó por un tiempo. Cuando le mencionó esa idea a Trudy, la mujer la tranquilizaba y le reiteraba que todo se hacía para asegurar la salud y la seguridad de las chicas, incluso si las medidas en sí mismas parecían duras o innecesarias a simple vista. Era una idea con la que Clara luchaba para

recordar cada vez que se sentía menospreciada o injustamente censurada mientras crecía. Eventualmente, simplemente dejó de sentir las punzadas, era inconsciente de ellas, o era incapaz de ignorarlas por completo.

Sus dedos buscaban el último botón justo debajo del gancho en la parte superior de la espalda del vestido. Logró deshacer el gancho, pero el botón seguía eludiéndola. No iba a ceder. Además de que no quería llamar a Trudy luego de enviarla lejos, no quería requerir asistencia por un solo botón. Se contrajo en anticipación, Clara tiró del botón mientras escuchaba el sonido de algo rompiéndose, pidiendo que fuera el hilo que sostenía el botón y no la tela del vestido. No hubo un sonido de algo rompiéndose, pero la espalda del vestido estaba abierta y se deslizaba del cuerpo de Clara hacia el suelo. Salió del vestido y se agachó para recogerlo. Faltaba el botón; unos hilos sueltos mostraban donde había estado asegurado.

En los últimos días, cualquier insensibilidad que Clara hubiera desarrollado se había desvanecido. No, porque no dolía. Ya no más. Era molesto y desagradable, pero ya no la hería de la forma que lo hacía antes. No, ahora esos comentarios solo alimentaban algo dentro de ella: un deseo o una aversión, no estaba segura de cual era, quizá ambos.

De pie solo con zapatillas y su ropa interior, Clara usó su pie para buscar el botón renegado en la gastada alfombra. Lo atrapó entre sus dedos. Ella se agachó para recoger el botón, pensando en colocarlo sobre la cama donde había dejado el vestido. Examinó el brillo perlado en la superficie del pequeño botón. Estaba intacto, y le tomaría a una de las sirvientas unos minutos en reponerlo.

Pero en vez de hacerlo a un lado para devolvérselo a Helen, Clara lo llevó hasta su joyero. Removiendo la tela de los bordes donde estaba atorada, tomó la fotografía de Martha y Amelia de su escondite. ¿Qué habría hecho Amelia para convertirse en nada más que un rumor misterioso en el vecindario y una imagen desvanecida? Más que simple curiosidad, Clara sabía que había algo sobre esta misteriosa tía que estaba ligada a la hostilidad de su madre. Reemplazó la fotografía y la tela, dejando el botón del vestido prestado descansando en una esquina. Unas pocas de las minúsculas cuentas del vestido hubieran sido un mejor recordatorio de aquella noche, pero el botón era más fácil de reemplazar y Clara se sentiría menos culpable sobre ello que el tener que arrancar unas cuentas.

Mirando hacia el espejo, el reflejo del reloj puso a Clara en movimiento y con un añadido vigor. Cualquier cosa en la que se hubiera metido con su

madre, decidió que lo vería más a fondo. Pero para hacerlo, necesitaba respuestas. Tomando una simple falda y una blusa suelta de su armario, Clara se vistió y comenzó a idear un plan sobre como descubrir información sin tener idea de que era lo que estaba buscando.

Sacó sus zapatos de debajo de la cama y usando un trozo de tela, se sentó en la orilla de la cama para limpiarlos. Se le ocurrió que quizá Trudy sabría algo sobre la hermana de su madre. Ha estado en la familia por más tiempo del que Clara podía recordar. No había mucha rotación de personal, pero Clara no pudo pensar en alguien que haya trabajado para los Davis por tanto tiempo como Trudy. Seguramente, cuando fue contratada, hubo sirvientes que chismeaban sobre la disputa o rechazo o cualquier cosa que haya sido.

Clara deseó que Robert pudiera contarle algo más concreto en lugar de rumores de segunda y tercera mano. Mirando una última vez al vestido extendido sobre su cama, Clara salió en busca de Trudy y de respuestas, tomando una ruta que rodeaba deliberadamente, para asegurarse el ser vista por su madre.

Clara encontró a Trudy en su pequeña habitación. No se encontraba cerca del resto de los cuarteles de los sirvientes, más bien se encontraba al otro extremo de la casa, cerca de la habitación de Clara. La habitación era más pequeña que una habitación promedio provista para los sirvientes que vivían en la casa, pero usualmente se les forzaba a compartir mientras que Trudy tenía total posesión de una propia. Había algo de rigidez en el orden que Trudy mantenía en sus cuarteles privados, pero también una calidez atrayente. De niña, Clara había disfrutado el pasar tiempo en la habitación de Trudy, explorando sus cosas. Pero mientras crecía, las visitas eran desalentadoras y finalmente fueron eliminadas. Trudy se sorprendió cuando miro hacia arriba y vio a Clara de pie en la puerta, tocando la jamba.

“Señorita Clara,” exclamó, rápidamente poniendo a un lado lo que parecía una carta que estaba escribiendo. “Le dije que tocara la campana si necesitaba algo.” Se levantó de su silla y avanzo para salir de la habitación.

Antes de que Trudy diera dos pasos, Clara danzó para entrar a la habitación y se dejó caer en la cama, como lo había hecho siempre cuando era niña. “¿Mi madre tiene una hermana?” preguntó Clara de forma brusca.

Trudy se congeló y miró a Clara por unos momentos. Su vacilación confirmo las sospechas de Clara. Observo como la mente de Trudy evaluaba cual sería la mejor manera de manejar las inesperadas preguntas de Clara.

Ella sabía que la mejor manera de sacar cualquier cosa de Trudy era adelantarse a ella. “Ya no soy una niña, Trudy,” le recordó a la mujer. Para ilustrar su punto, se sentó en la cama, reemplazando su postura relajada de la niñez con una espalda recta y los hombros hacia atrás como toda una jovencita. “Sé que intentas protegerme y que aún me tratas como a una niña, y en mayor medida, te lo he permitido.” Trudy notó el cambio en la postura de Clara cuando vio que sus pies descansaban en el suelo, sus piernas ya no eran tan cortas para no alcanzar el suelo, ahí fue cuando Trudy dio un paso atrás y volvió a sentarse en la silla de su escritorio. “Pero ya no lo soy, y eso debe parar.”

Trudy suspiró, sin quitar los ojos de Clara. Ella pudo ver que la conversación iba a poner a prueba su lealtad y se preguntó si Clara se daba cuenta exactamente de lo que hacía. “Quizá tengas razón. Pero debes tener en cuenta, si esta lista para hacer preguntas, debes estar preparada para respuestas que no te agraden,” la advirtió Trudy.

“¿Mi madre tiene una hermana?” Clara preguntó de nuevo, empujando ciegamente a través de la advertencia de Trudy.

“No que yo haya conocido,” respondió Trudy críticamente.

Clara intentó someterla con la mirada, pero Trudy nunca parpadeó. “Has estado con nuestra familia por un largo tiempo—”

“Casi veinte años,” la interrumpió Trudy, sacando a Clara de balance.

“Precisamente. Has estado con nuestra familia más tiempo que cualquier otro del personal, hasta donde yo sé. Pero ese no siempre fue el caso en aquellos días, seguramente debiste haber escuchado algo—”

“No apruebo los rumores y siempre los he evitado,” dijo Trudy con orgullo.

“Esta no es una entrevista,” se molestó Clara, luchando por quitarle el control a Trudy. “No estoy juzgándote y no estoy...” suspiró, dándose cuenta de la posición en la que ponía a Trudy si alguna palabra llegaba a su madre. Ella no podía culpar a Trudy por no querer incurrir en la ira de su señora. Más allá de eso, la posición de Trudy con la familia era impresionante. Fue su primer trabajo luego de llegar de una tierra extranjera y Clara no podía negar que Trudy había sido tratada bien. Todos quienes vivían en la casa habían visto como Martha se enfurecía con los miembros del personal por una variedad de infracciones, pero hacia un visible esfuerzo en mantener su temperamento cuando se trataba de Trudy. Al igual que sabía que Trudy le guardaba afecto, Clara también sabía que Trudy sentía por lo menos un

resentido respeto, sino una sincera lealtad al señor y la señora Davis. “Lo siento,” dijo Clara en voz baja. “Sé que lo que lo que te pido que hagas—”

“¿Lo sabes?” la desafió Trudy.

“¿Crees que no amo a mis padres? ¿Qué acaso estoy aburrida y buscando problemas solo por el deseo de tener algo que hacer? Me conoces, Trudy. ¿Acaso eso suena a algo que yo haría?” preguntó Clara, logrando mantener el control de su voz y temperamento, a pesar de la provocación de Trudy.

Fue el turno de Trudy de suspirar. “Por supuesto que no,” admitió. “Siempre has buscado el camino de menos resistencia, incluso si eso significaba sufrir en silencio. Sé que no intentas crear problemas innecesarios,” le aseguró a Clara. “Pero problemas es lo que conseguirás, y no estoy segura de que encuentres las respuestas que valgan la pena al final del día. Ha sido mi trabajo el mantenerte a salvo y saludable, y eso es justo lo que trato de hacer.”

“Lo es y lo aprecio. Pero la situación ha cambiado. Ya soy lo suficientemente mayor para saber si las decisiones son hechas para mí. Quiero tomar decisiones sobre mi propia vida, pero ¿Cómo puedo esperar el tomar decisiones por mí misma si soy mantenida en la oscuridad?”

Trudy no dijo nada más para desafiar a Clara, pero había una visible renuencia en la manera en que asintió para que Clara continuara haciendo preguntas. No hizo ninguna promesa de responder, pero la posición obstinada en su boca se había relajado un poco.

Clara respiró hondo y nuevamente preguntó, “¿Mi madre tiene una hermana?”

“Tú ya sabes que la tiene, si no es así no seguirías preguntando,” respondió Trudy, luchando por mantener la dureza de su voz. “¿Por qué continúas preguntando?”

“¿Puedes decirme lo que sepas sobre ella?” Clara aún tenía poca idea sobre lo que esperaba descubrir, así que permaneció insegura sobre que debía preguntar.

Trudy se detuvo y miró a Clara por un momento antes de comenzar. “Como dije, nunca he conocido a la mujer. Mencionaste aquellos días cuando fui contratada por tus padres. ¿Te das cuenta de que cuando se casaron, debieron contratar su propio personal? Ellos construyeron su hogar; no heredaron uno. Los sirvientes, el personal que necesitas habrían trabajado para tus abuelos. Ellos son los que seguramente sabrían sobre tu madre y su... hermana.”

Clara miro hacia abajo. No se le había ocurrido. “La casa...” comenzó.

“Tu madre heredo la casa luego que sus padres murieron, pero eso fue cuando eras un bebé. La mayor parte del personal que había trabajado aquí antes de que tus padres tomaron posesión siguieron adelante a otros trabajos. Pero... había una ama de casa que era muy vieja y frágil para buscar trabajo en otra parte.”

La cabeza de Clara se alzó. Estuvo a punto de presionar a Trudy, pero la mujer levantó una mano para evitar que Clara hablara. “Por favor, permíteme decir mi parte sin que me interrumpas cada dos segundos. Y que sepas que cuando termine, diré todo lo que tengo que decir sobre el asunto. Nada de preguntas.”

“Entendido,” acepto Clara sin aliento.

“Cuando tus abuelos murieron, tu madre sintió pena por la ama de casa. ¿Señora... Johnson? ¿Jacobs? Algo así. Estaba enferma y no tenía familia que la recibiera, así que tu madre insistió en darle una habitación para que viviera sus días cómodamente. Ella estuvo con tus abuelos durante toda la vida de tu madre, y se tenían mucho afecto la una a la otra. La mujer murió cuando tenías... debías tener unos cuatro, quizá cinco años. Como sea, su situación fue incierta por mucho tiempo. Confinada a una cama, contando historias, recordando, hablando con personas cuando no había nadie en la habitación con ella, confundiendo a quien estuviera ahí cuando había alguien sentado con ella. Tu madre se sentaba con ella algunas tardes cuando su horario lo permitía.

“Cuando se enteró que esperaba a Helen, ella y tu padre decidieron que sería lo mejor para ella evitarle el sentarse en aquella enfermiza habitación. Rompió su corazón el dejarla; no quería que la señora... ¿Jeffries? No quería dejarla sola de esa manera. Así que, tu madre me pidió si podía sentarme con ella cuando tu dormías tu siesta de la tarde, solo para que alguien estuviera con ella.

“Debes recordar, aún era nueva en este país, y mi inglés no era lo que es hoy. Ella hablaba y yo solo entendía una parte de lo que decía. Lograba comprender que tu madre tenía una hermana, Amelia. Ella... la señora... ¿Jones? ... Le tenía mucho cariño a tu madre. Ella sabía lo que tu madre hacía por ella y lo apreciaba. Ella lamentaba que tu madre había sido tratada tan mal por Amelia. No dijo nada sobre las circunstancias, pero tengo la impresión de que tu tía hizo algo que consideró imperdonable para tu madre, y estaba orgullosa de que tu madre haya hecho tanto para levantarse de eso,

no había cedido a la mezquindad o la envidia. No se especificamente que paso, pero parece que Amelia traiciono a tu madre de alguna manera. Puedo creer que fue un escándalo menor que hizo sufrir a tus abuelos.”

“Pero,” Clara interrumpió antes de recordar la promesa de no decir nada.

“Tu abuela tuvo un corazón débil por un largo tiempo antes de morir, y la señora... ¿Jameson? Ella creía que lo que tu tía hizo solo lo debilito aún más. Luego que falleció, tu abuelo siguió poco después. Lo que sea que Amelia haya causado que cayó sobre la familia, tu madre lo heredó todo. Pero eso es todo lo que se sobre tu tía. Y si hay algo vergonzoso o doloroso sobre ello, no culpo a tu madre en lo más mínimo por no compartirlo contigo. Y es probablemente por eso que tu madre te protege de esa manera, aunque pueda parecer extremo o injusto en ocasiones.”

Clara se sentó en la cama en silencio, esperando a que Trudy dijera algo más. La mayor parte de lo que ella le dijo o ya lo sabía por la fotografía, o lo había adivinado (no había otra razón por la que a ella y a Helen no les habían contado sobre su tía). Esperaba más; Robert le había dado más, incluso si eran conjeturas y rumores de muchos años.

Trudy se acomodó en su silla, prestando atención de nuevo a los papeles en su escritorio, despidiendo efectivamente a Clara. Frustrada, Clara quiso presionar por mas, pero supo que no debía hacerlo ahora. Su éxito en lograr que Trudy hablara sobre el tema debía ser suficiente por ahora. Ella necesitaba reevaluar lo que sabía e idear un nuevo plan de ataque para obtener información de Trudy.

Clara se levantó en silencio y dejó la habitación, agradeciéndole a Trudy por entender y de proveerla de tanta información. “Solo lamento no saber lo suficiente para hacer que estés tranquila,” dijo Trudy sin mirar a Clara. “No te preocupes por eso.” Clara no creyó ni por un minuto que, con la afirmación de Trudy, le estaba compartiendo todo lo que sabía.

Sin decir nada, Clara cerró la puerta tras ella y se dirigió a la biblioteca. No le importó lo que su madre tuviera que decir sobre ella estando ahí. Era el lugar donde Clara pensaba más claramente.

A pesar del hecho de que era la biblioteca de su padre, no se le había ocurrido que pudiera toparse con el ahí. Los primeros días de vuelta de la ciudad los pasaba en sus amados jardines, consultando con los jardineros sobre lo que planeaban, respirando el limpio y fresco aire de la primavera. Martha se había quejado con él años atrás sobre que ella debía tener más opinión sobre las flores ya que las usarían para agracias las mesas, pero la

renuencia de su padre por tener el control del asunto revelaba que esto era más que un simple interés pasajero para él. Dado que sus gustos eran casi similares, le permitió tener su pasatiempo. Las mañanas como la de ese día eran garantía de que se consentiría bajo los rayos de sol.

Pero cuando entro por la puerta de la biblioteca, Clara lo encontró leyendo un libro ilustrado. El miró hacia arriba cuando la puerta se abrió, con su frente se arrugó por la curiosidad. “¿Clara?”

“Oh, lo lamento, padre,” dijo rápidamente y por habito. “No sabía que estabas en casa—”

“¿Hay algo que estuvieras buscando?” preguntó. Volteó hacia el estante, dejando el libro que examinaba, abierto sobre el escritorio. Clara dio un vistazo al segundo tomo que había sacado: libros de botánica. Probablemente tuvo otro debate con el jardinero sobre la cantidad apropiada de agua o sombra o peor, que especies de planta en cuestión era exactamente. “¿Clara?, preguntó de nuevo, empujándola para que respondiera. “¿Necesitas algo?”

“No, solo estaba... pensando, y la biblioteca parece ser el mejor lugar para hacerlo,” dijo. El asintió, con la nariz aun metida en el libro, esperando a que se fuera. Sabía que debía hacerlo, pero encontrando y escondiendo la fotografía, exitosamente escaparse de casa la noche anterior, se estaba volviendo más audaz. “De hecho, si hay algo en lo que puedes ayudarme,” dijo de forma tentativa, avanzando más adentro en la biblioteca. El miro arriba de nuevo, ajustando sus pequeñas gafas que usaba cuando leía. Clara continuó adentrándose a la biblioteca. ¿Le paso algo a Helen mientras estaban en la ciudad?”

Ella vio como su padre estaba cada vez más quieto por unos momentos antes de entrar en una ráfaga de actividad, cerrando los libros que estuvo consultando y regresando uno a su lugar (al revés). “Nada que yo sepa. ¿Por qué preguntas?”

“Ella parecía... preocupada estos últimos días. Como si hubiera algo de lo que ella quisiera hablar, pero no puede por alguna razón—”

“Si algo anda mal con Helen, pienso que tu serias la primera persona a la que le contaría,” la interrumpió. Se quitó sus gafas, las dobló, las puso en su estuche protector, y metió el estuche en el bolsillo de su chaqueta.

“Es lo que había pensado,” dijo Clara. Miró alrededor de la habitación, pretendiendo mirar la multitud de títulos alineados en los libreros, pero cuidadosamente colocando su cuerpo de tal manera que su padre no pudiera esquivarla y salir por la puerta. Tomando el libro bajo su brazo, él se

comenzó a agitarse, ansioso de evitar cualquier cosa que Clara tenía entre manos para poder enfocarse de nuevo en su jardín. “Y si le pregunté, pero dijo que era algo de lo que no podía hablar. Y también estaba la manera en que actuó durante la cena de anoche.”

“Pensé que ella y el Sr. Flint parecían llevarse bien,” dijo con más esperanza que convicción. La punzada fue pequeña y breve, pero aun así Clara la pudo sentir. Dada la manera en la que su madre se comportó desde que conoció a Robert, Clara sabía que era necesario prepararse por la manera en que sus padres unirían a Helen con Robert. El beso que había compartido con él a la luz de la luna la noche anterior, y su insistencia en buscarla ayudaba, pero aun así dolía. No estaba segura de que era lo que quería o que esperaba excepto verlo de nuevo, perseguir la sensación que tuvo cuando él estaba cerca, o cuando pensaba en él.

Leyendo el tono de su padre, Clara pudo sonreír y continuar. “Ambos encontraron al otro agradable,” concedió. “Sin embargo, me refería a la manera en como Helen parecía discutir con madre. No pude evitar sentir que tenían algún desacuerdo, y pensé que quizá pudiste notar algo entre ellas mientras estuvieron fuera.”

“Tendrás que preguntarle a alguna de las dos,” insistió su padre, alternando su peso de un pie a otro. “Pero no puedo decir que note algo fuera de lo ordinario.” Clara asintió, aun bloqueando la salida. “Si eso es todo, Clara, entonces te pediré que me disculpes.”

Ella se hizo a un lado, esperando a que llegara al pasillo antes de llamarlo de nuevo. “Una última cosa, padre.” Suspiró mientras se daba la vuelta para mirarla, con un poco de frustración subiendo a su expresión. “¿Invitarás al Sr. Flint a cenar de nuevo? Mencionaste anoche el lamenta que el Sr. y la Sra. Robinson no pudieran acompañarlo. Pienso que sería una maravillosa idea el invitar a los tres a cenar de nuevo pronto. O un almuerzo. Estoy segura de que a la Sra. Robinson le encantaría ver tus jardines, además de que fue una cena encantadora.”

La frustración fue reemplazada con rastros de su afecto. “Fue una velada placentera. Creo que le daré la sugerencia de un almuerzo a tu madre. Quizá una pequeña fiesta en el jardín en algunas semanas, cuando las flores estén en su apogeo.” Su paso era más ligero mientras se marchaba, con una pequeña sonrisa aumentando las líneas en su rostro, pero de una manera que lo hacía ver más joven. Sus dedos golpeaban la tapa del libro puesto bajo su brazo.

Clara se desinfló un poco mientras era dejada sola en la biblioteca.

Caminó hacia su silla favorita y se hundió en ella, cerrando sus ojos mientras olvidaba su postura y reclinó su cabeza contra el firme acolchonamiento en su espalda. ¿Robert podría ser invitado en algunas semanas? Ella desesperadamente quería verlo antes. Él le dejó la impresión de que el visitaría de nuevo por su cuenta, pero eso sería probablemente en algunos días al menos.

Ella y el concepto de esperar regresaron, habiendo pasado la mayor parte de su vida hacienda solo eso; esperar a que Helen y sus padres regresaran, esperando a que la declararan lo suficientemente saludable para hacer algo, esperando el tiempo para poder dar sentido a las cosas. Había desarrollado métodos para soportar las agonías asociadas con el esperar, pero ninguna apelaba a esta situación. Ninguna de ellas contenía la habitual promesa de alivio, y no estaba segura de querer alivio.

Los cuatro comieron un almuerzo de mediodía en casi completo silencio. Miradas significativas y suspiros eran lanzados, pero solo la más superficial de las delicadezas era intercambiada verbalmente. Un observador podría haber confundido a los cuatro por extraños midiéndose los unos a los otros.

Cuando Clara se levantó para irse, Helen se apresuró a seguirla, lanzando su servilleta junto a su plato, dejando una considerable porción de su almuerzo sin comer. Cuando hubieran salido al alcance de alguien que escuchara, Helen habló. “Clara, ¿aun tienes el vestido que te presté anoche o alguna de las sirvientas lo tomó para limpiarlo?”

“Oh, aun lo tengo,” respondió Clara. Pretendía devolverlo antes pero su misión de encontrar respuestas concernientes a su misteriosa tía Amelia la distrajeron. O quizá, solo lo había usado como excusa. Mientras ella aun tuviera el vestido, era fácil conjurar la manera en la que sintió la noche anterior. “Iré por él y lo dejare en tu habitación.”

Escucharon a su padre llamar a su madre, pero no pudieron distinguir lo que decía.

“Iré contigo,” dijo Helen, mirando sobre su hombro. Su madre entró por la puerta del comedor, volteando de mala gana para dirigirse a su esposo.

Las hermanas apresuraron el paso. Llegaron a la habitación de Clara y Helen cerró la puerta tras ellas. Clara tomó con cuidado el vestido desde donde lo había extendido en la cama. Tan pronto el espacio fue desocupado, Helen se sentó ahí, tirando de Clara para que estuviera junto a ella. “Me temo que perdí uno de los botones,” dijo Clara, tomando la prenda para que Helen

inspeccionara el daño.

“Oh, no es nada. Nellie podrá encontrar un reemplazo y arreglarlo.” Clara sostuvo el vestido para que Helen tomará la pesada tela en sus manos. Ella tocó los hilos donde el botón se había soltado antes de recorrer con sus dedos las brillantes cuentas azules. “¿Entonces disfrutaste del vestido? ¿No te molesto que te forzara a usarlo?”

“Por supuesto que no,” dijo Clara ruborizándose.

“¿Entonces no te sientes victimizada?” el tono de Helen se había relajado, bromeando con su hermana mayor.

“Era una víctima voluntaria,” dijo Clara, siguiendo el juego. “Fue amable de tu parte el prestármelo,” añadió con sinceridad. “Gracias.”

“Luego de la forma en la que intentaron dejarte fuera, no pude quedarme con el pensamiento de que te hicieran sentir que no pertenecías porque no tenías la ropa necesaria”, dijo Helen, lo travieso en su voz se fue momentáneamente. “O te prestaba un vestido, o usarías algo tan aburrido como lo que tienes en tu armario, y a pesar de lo mucho que te quiero, ahí es donde dibujó una línea.”

Clara rio, tocando con los dedos las franjas con cuentas que intentaban hacerle cosquillas en la pierna a través de la tela de su falda. Recordar la forma en la que se sentían mientras se deslizaban pasando por sus rodillas y a lo largo de sus piernas mientras levantaba la tela para mantenerla de arrastrarla contra el césped húmedo le hizo sentir un inesperado escalofrío que recorrió su cuerpo.

“¿Te gustaría... quedártelo?” preguntó Helen lentamente.

“¿Qué cosa? ¿El vestido? Oh, no. Es tu vestido. No puedo pedirte el quedármelo”, objetó Clara. Quitó la mano de las cuentas y puso el montón de tela en las manos de Helen.

“No me lo estas pidiendo,” señaló Helen. “Lo estoy ofreciendo. Te queda mejor de lo que me queda a mí.” Colocó el vestido en el regazo de Clara. “Además, sería bueno que tuvieras un recuerdo de anoche.”

“¿Un recuerdo?” preguntó Clara, pensando en el botón escondido en su joyero.

“Encontré la compañía del Sr. Flint muy agradable,” dijo Helen. Su mirada investigaba el rostro de Clara atentamente, notó la manera en que las esquinas de la boca de Clara se torcían y le era incapaz de mirarla a los ojos. “Ciertamente, le encantaste cuando se apareció para pedir ayuda.” Con ese comentario, Clara levantó las cejas cínicamente a Helen, pero en verdad se

había emocionado por la insinuación detrás de las palabras de Helen. “¿El siguiente día en que se había aparecido para visitar aceptó una invitación para la siguiente noche? Debiste tomar su completa atención.”

“Creo que estas examinando demasiado una cortesía común,” dijo Clara de una forma de auto desprecio.

“No había nada común en la forma en la que te miró toda la noche.”

“¿Y qué piensas sobre los planes de madre para el?” preguntó Clara. Lo dijo en modo de burla, pero era más el dolor de saber que sus padres preferirían que la atención de Robert y la riqueza heredada recayeran en Helen.

Helen bufó burlescamente. “Puede hacer todos los planes que quiera. Te prometo que no llegarán a nada. Sin importar cuan agradable encuentre al Sr. Flint, no tengo interés en él”. Ella miró a la puerta, junto los labios, y saltó de la cama y se apresuró a asegurar la puerta.

Clara frunció el ceño con sospecha mientras Helen retomaba su asiento, pero inclinó el cuerpo para que así estuviera frente a su hermana, en lugar de estar sentadas una al lado de la otra. “Sé que te dije que no podía contarte que me molestaba ayer, y lo lamento. Aun no estoy segura de que puedo obtener de todo esto y tan pronto sepa más, te lo contaré. Pero hay algo más que ha estado... en mi mente,” dijo Helen, como conspirando. Sus ojos brillaban y, aunque no era tan obvio como en la pálida piel de Clara, un rubor se había colocado en las mejillas de Helen. “Y luego de verte con el Sr. Flint anoche, creo que puedes entender.”

Una sonrisa disimulada apareció en el rostro de Clara. “¿Qué cosa Helen, intentas insinuar que has conocido a un hombre cuya compañía prefieres a la del Sr. Flint?”

Helen simplemente asintió, incapaz de hablar por un momento. Luego, todo comenzó a salir en un torrente de palabras. “Su nombre es Thomas, Thomas Brandon. Nos conocimos en una cena de Año nuevo. Es maravilloso y muy divertido. No creo haber pasado tanto tiempo riendo. Salí de la fiesta con puntadas en un costado y un rostro adolorido de tanto reír. Apenas y comí algo por el miedo de ahogarme. Con solo pensar en él, no puedo evitar sonreír. Pero es mucho más que solo gracioso. Puede ser serio y amable también. Es muy educado y disfruta la filosofía.”

“Dado que madre está determinada en juntarte con el Sr. Flint, me imagino que no aprueba al Sr. Brandon,” contestó Clara evasivamente.

El rostro de Helen se retorció en molestia. “La fortuna de la familia de

Thomas es modesta a lo mucho, de acuerdo a madre. Añade eso al hecho de que tiene dos hermanos mayores y una hermana menor, y así bien podría ser destituido a sus ojos. Tan pronto se enteró de la situación, comenzó a desalentarme, diciendo que solo estaba detrás de nuestro dinero. Sé que no es así. Estudia leyes, y será capaz de ganarse la vida de forma respetable en algunos años. Hay muchos temas que le apasionan, y ha considerado entrar en la política. Dudo que vaya a darse por vencido, incluso si tuviera el dinero para subsistir. Pero a madre no le interesa nada de todo eso. Ella prefiere encontrar a alguien cuya profesión sea solo un pasatiempo glorificado.”

“Hablas como si el Sr. Brandon te hubiera propuesto,” bromeó Clara antes de darse cuenta de que si alguna de las dos iba a tener un compromiso secreto luego de conocer al hombre por tan poco tiempo, sería Helen. “Espera, no lo hizo ¿verdad?”

Helen hizo una mirada que le decía que sabía exactamente lo que Clara estaba pensando. “No, Thomas no me propuso. Aun así. Menciono lo difícil que sería para él el casarse antes de estar a la altura, y esperaba establecerse para ejercer en la ciudad. Le dije que estaba abierta a lo que el considerara mejor, y que no me importaba esperar por que las circunstancias fueran las correctas por el bien de las apariencias. Le dije que no me importaba si nuestros padres lo aprobaban o no, que sabía que él podría ser capaz de proveer para nosotros, y si tuviéramos que estar sin algunos de los lujos a los que estamos acostumbrados, podríamos hacerlo sin ellos. Él quiere ganarse la aprobación de madre y padre, y piensa que, si podemos esperar algunos meses más, verán cuan determinados estamos y nos dará su consentimiento. Por supuesto, le dije que el tiempo aún no ha podido hacer cambiar la opinión de madre, pero lo aprenderá pronto.”

“¿Así que... están comprometidos?” preguntó Clara confundida.

“No debidamente, pero tenemos un acuerdo,” resumió Helen. “¿Qué hay de ti y el Sr. Flint?”

“Nos conocemos por menos de una semana,” dijo Clara, con su voz haciendo más aguda que nunca antes.

“Me refiero a que es lo que piensas de él,” aclaró Helen. “Parece muy atraído a ti, y me parece que a ti te atrae también. ¿Estoy en lo correcto o solo imagino cosas?”

“Me agrada lo suficiente,” comenzó Clara, insegura sobre que tanto podría divulgarle a su hermana. “Para ser honesta, has pasado casi tanto tiempo en su compañía como yo, pero sí, me agrada mucho.” Bajó su mirada

hacia el vestido que permanecía sentado en su regazo, y recorrió con los dedos las líneas de las cuentas cuidadosamente tejidas. “Ciertamente, ansío el conocerlo mejor. Me dejo con la impresión de que visitaría pronto.”

“¿Cuándo dijo algo como eso?” preguntó Helen.

Clara titubeó, atrapada en confesarle sobre su encuentro en la oscuridad. “Mientras se marchaba y tu distraías a madre, me preguntó si podría encontrarme con el afuera tan pronto como pudiera escaparme.”

“¿Te escapaste de la casa?” Helen miró a Clara con ojos llenos de admiración. “Pero ¿Qué hay de tu salud?” preguntó burlescamente. “Si madre lo descubre te confinara a tu habitación hasta que pueda confiar en que puedas tomar las precauciones adecuadas para evitar que te enfermes.”

Clara miró a Helen, aterrada. “Hagas lo que hagas, no puedes decirle. Prométemelo ahora, que no le dirás.”

“Por supuesto que no le diré,” dijo Helen tranquilizándola. “Solo estaba bromeando.” Tomó su brazo y acercó a Clara en un incómodo abrazo. “¿Qué quería el Sr. Flint cuando llegaste ahí?”

Helen aflojó el abrazo, permitiendo a Clara respirar y un momento para considerar cuanto podía compartir. “Hubo varias preguntas,” dijo lenta y cuidadosamente. “Primero, me contó que había preguntado a su primo sobre mí, él no sabía quién era yo. Su primo no había escuchado de mí.”

“¿En verdad eso es tan extraño?” dijo Helen rápidamente, causando que Clara se hiciera hacia atrás y entrecerrara sus ojos, evaluando. “Dijo que acababan de construir la casa el año pasado. ¿Qué tan familiarizados pueden estar con el vecindario y sus familias?”

Molestó a Clara que Helen no la mirara a los ojos. Clara continuó, con un tono más serio que antes. “También mencionó algo sobre que madre tenía una hermana. La esposa de su primo escucho que hubo una especie de escándalo, pero no estaba segura de los detalles o cual era la naturaleza de todo eso.”

“¿Una hermana?” Helen ahora miraba a Clara, con una expresión inicialmente llena de incredulidad, pero rápidamente cedió ante la curiosidad y el asombro. “Madre con una hermana de la que nunca nos ha contado,” ponderaba. “No sé qué obtener de esto. ¿Estaba seguro?”

“Estoy muy segura de que es verdad,” dijo Clara. “He estado haciendo lo posible para investigar, y por lo que he descubierto, su nombre era Amelia.”

“¿Era? ¿Está muerta?”

“No... no lo sé. No lo había pensado. No pude averiguar que pasó, pero es

muy probable que esté viva en algún lugar.” La idea intrigó a Clara. “Me pregunto cómo lucirá.”

“Me pregunto que habrá hecho,” dijo Helen. “¿Sabes si ella se supone es mayor o menor que madre?”

“Todo lo que he descubierto indica que son gemelas,” explicó Clara.

“¿Cómo lograste descubrir todo esto desde anoche?”

Clara juntó sus labios y colocó el vestido en el regazo de Helen para poder levantarse. –Cruzó la habitación hasta su joyero, cubriéndolo con su cuerpo para que Helen no pudiera verlo mientras retiraba la fotografía de su escondite tras la tela. Colocó el brillante botón debajo de dos simples collares, acomodando las delicadas cadenas hasta que ya no fuera visible.

“Oh, por dios,” murmuró Helen cuando Clara le entregó la fotografía. Acercándose para que ambas pudieran ver la imagen, el vestido cayó de su regazo hacia el suelo. “Son idénticas. Si no hubiera visto esa mirada en el rostro de madre tantas veces,” dijo Helen, señalando a la mujer sentada. “No sabría quién es quién.”

Clara volteó la imagen. “Mira, Martha y Amelia, 1899.”

“No sé qué es más extraño, que hay dos como ellas, o lo jóvenes que se ven,” dijo Helen sarcásticamente.

“Entre más la veo, más puedo ver lo mucho que nos parecemos a madre,” dijo Clara en voz baja.

Helen se burló. “Yo si quizá. Ciertamente herede el cabello rubio y la nariz de madre.”

“Y la manera en que tu cabello se riza también,” añadió Clara con una pizca de envidia.

“Pero tu cabello es más oscuro y tu complexión más ligera,” continuó Helen. “Debiste heredar eso de padre. ¿Dónde encontraste esto?”

“Estaba en una de las habitaciones de reserva. El que tenía todos los retratos de la familia.” Clara se agachó para recoger el vestido del suelo.

“¿Qué estabas haciendo ahí?” preguntó Helen.

“Quería estar sola y que no me molestaran. Dado que todos saben que pueden encontrarme en mi habitación, necesitaba estar en otro lugar. Descubrí en esa habitación de reserva y comencé a mirar los retratos.”

“Además el Sr. Flint lo mencionó cuando te escapaste para verlo,” dijo Helen, devolviendo la conversación hacia las actividades ilícitas de Clara. “No es probable que encuentres mucho aquí. Pero tengo algunas visitas que hacer ahora que volvimos al vecindario.” Clara la miró y pudo notar la

creciente sonrisa en los labios de Helen, con un malicioso brillo en sus ojos.

“¿Crees poder obtener algo de los amigos y conocidos de madre?” preguntó Clara dudosa. “Si no te han dicho nada hasta ahora, ¿qué te hace pensar que hablarán ahora?”

“No me refería a alguien de nuestros círculos sociales,” explicó Helen. “Pero madre sabe que siempre me estas presionando a ser caritativa con los menos afortunados en el vecindario, los granjeros y sus familias. Quizá no los conozcamos muy bien, pero estoy segura que saben acerca de las familias de los alrededores y sus memorias son tan buenas como las nuestras; apuesto que mejores.”

“¿Por qué haces esto?” preguntó Clara. Podía notar que era más que simple curiosidad. Había una malicia silenciosa en la forma en la que Helen estaba no solo preparada, sino ansiosa de desenterrar el pasado probablemente desagradable de su madre.

“Tengo mis razones,” dijo Helen firmemente, sin ofrecerle más claridad o paz mental a Clara.

“¿Podrías... preguntar sobre mí también?” preguntó Clara en voz baja. No estaba segura en si Helen la había escuchado.

“¿Preguntar sobre ti?” preguntó Helen, sin mirar a Clara.

“Si saben algo sobre mí, si saben quién soy,” dijo Clara. “Si el primo de Robert y su esposa escucharon algo sobre la hermana de mi madre, entonces seguramente habrán escuchado sobre la hija enferma y recluida de los Davis.”

Helen continuó sin mirar a Clara, pero le prometió, “Veré que puedo hacer,” antes de levantarse de la cama y tomar el vestido por sus amplias cintas, para colgarlo frente a ella e inspeccionarlo. Miró a Clara y pudo notar una mirada soñadora en sus ojos, una mirada de alegría que había notado varias veces durante la cena la noche anterior. “Pediré a Nellie que lo limpie y reemplace el botón para poder devolvértelo,” le informó a Clara. “Y después de hacer mis visitas, pasaré la tarde revisando mi armario para ver si hay otros que puedan complementar tu guardarropa.”

“Helen,” comenzó Clara para protestar, pero su hermana puso la prenda sobre un brazo y levantó la otra mano, pidiendo silencio.

“Insisto. Necesitarás más opciones para cuando el Sr. Flint visite o venga a cenar.”

“Pero que hay de ti—”

“Tengo más vestidos de los que necesito,” insistió Helen. “Y si madre objeta, solo le diré que me estoy deshaciendo de los que están fuera de

moda.” Ella levantó las cejas, acentuando la presumida mirada en su rostro, que Clara reconoció como una invitación para que su madre la desafiara.

“Gracias,” dijo Clara sinceramente.

Helen ignoró el aprecio de su hermana y abrió la puerta, pero antes de girar el pomo, volteó a mirar a Clara. “¿Acaso él te besó?” preguntó, como conspirando.

Clara cerró con fuerza los ojos y juntó los labios mientras el calor fluía hacia sus mejillas. Quería conservar ese momento para ella, pero sabía que Helen podría ver fácilmente a través de cualquier negación. Helen ya tenía su respuesta. “No necesitas decirme nada,” tranquilizó a su hermana. Clara no abrió sus ojos hasta que escuchó a Helen cerrar la puerta tras ella. Dejó salir su aliento todo de una vez, se recostó sobre sus almohadas, y dejó que su mente reviviera el beso que compartió con Robert.

Clara y Helen no tuvieron oportunidad de hablar en privado los siguientes días. Helen y su madre estuvieron fuera haciendo visitas a los demás en el vecindario, luego de pasar el invierno en la ciudad. La primavera era la pequeña ventana entre pasar el invierno en la ciudad y pasar el verano en la costa. Algunos de sus conocidos no se molestaban en dejar la ciudad hasta que llegara el calor del verano (ciertamente, la mayoría que lo hacían, no era por preferirlo, sino por deferencia a sus billeteras). Aun así, fue suficiente el viaje por los alrededores para mantener a Helen y a la Sra. Davis ocupadas y fuera de los asuntos de Clara por varios días. No era la primera vez a través de los años en el que Clara quisiera unírseles, pero estaba más enfocada esta vez: solo quería ir con ellas cuando visitaran al primo de Robert.

Pero incluso Helen se había quejado de cómo su madre hacía lo posible por evitar el indicar cuando sería que harían la visita. Helen hizo lo posible por visitar a algunas de las familias de los granjeros del área luego de volver de sus visitas sociales, en su esfuerzo por revelar más sobre la historia escondida de su familia. Hasta ahora, no había aprendido mucho. O al menos, eso era lo que Clara asumía. Helen no le había dicho nada más y seguramente, si había aprendido algo importante, por lo menos le haría saber a Clara que había algo que contar, incluso si no tenía el tiempo de indagar en ello de inmediato.

Una mañana, Helen se apresuró hacia la habitación de Clara y cerró la puerta con llave, sorprendiendo a Clara. “Madre no ha dicho específicamente que visitaríamos hoy a los Robinson, pero creo que lo tiene en mente. ¿Hay

algo que quieras que le diga algo al Sr. Flint si lo veo?”

Las palabras fueron dichas muy rápido, y le tomó a Clara unos momentos más para procesar su significado. Todo lo que pudo pensar en decir fue, “¿Por qué estás tan segura?”

“Madre me dio instrucciones sobre que ponerme hoy,” dijo Helen con un breve giro de ojos. “No le importaría menos como luzco a no ser que espere que veamos a cierta persona. Estará esperando en la base de las escaleras, así que rápido, ¿hay algo que quieres que le diga?”

La boca de Clara se abrió. Deseaba ir. Pero sabía que no se lo permitirían, y no quería que Helen se lo dijera. Estrujó su cerebro para poder pensar en algún tipo de mensaje en código que Robert pudiera reconocer y entender, algo inteligente y astuto, pero no se le ocurrió nada. El pensar en él ponía a su mente y cuerpo a flotar con una multitud de sensaciones y emociones. Desafortunadamente, evadieron su habilidad de acomodar las palabras de una forma que pudiera usar. Y se le había acabado el tiempo.

“Ya pensaré en algo,” murmuró Helen apresurada, abriendo de nuevo la puerta. “Lo reprenderé por no haber visitado, o trataré de hacer que madre lo invite a cenar de nuevo.”

Clara pasó la mayor parte del día orando por que Robert escogiera el día en que visitaría de nuevo. Quizá el universo le sonreiría de la misma manera que lo hizo cuando él se apareció en su puerta cuando el resto de su familia aún estaba fuera de casa. A pesar de que intentaba decirse a sí misma que era simplemente su deseo de estar a solas con él y hablar libremente, había una pequeña parte de ella que sabía que un poco del atractivo de todo esto era contemplar la frustración de su madre. Se paseaba entre la biblioteca, la sala de estar, y subía y bajaba las escaleras para mirar por la ventana hacía el sendero.

Eventualmente, Helen y Martha regresaron de realizar sus rondas sociales. Clara flotaba en la ventana de la sala de estar mientras el auto avanzaba lentamente por el sendero. Su postura decayó cuando reconoció el vehículo como uno de los de su padre. Eso solo significaba que no podía ser Robert. Notó el rostro de Helen asomándose desde adentro, con el aburrimiento y una pequeña irritación evidentes para cualquiera que la viera. Su rostro se iluminó al ver a Clara en la ventana.

Fueron solo minutos en los que Helen se apresuró hacia la sala de estar y jaló a Clara hacia el sofá. “Madre está informando a padre, así que tenemos unos minutos. Robert no estaba ahí cuando llegamos, pero la Sra. Robinson

estaba muy emocionada por conocernos, y de hecho preguntó por ti.”

“¿Preguntó por mí?” preguntó Clara, con una voz casi inaudible.

Helen le sonrió. “Ella dijo que Robert le había contado mucho sobre ti, y ella entendía si tu salud te impedía el unirnos cuando visitemos, pero espera conocerte pronto.”

“Apuesto que madre estará complacida,” comentó Clara sarcásticamente. En sus adentros, estaba emocionada por saber que Robert le estuvo contando a su familia sobre ella. ¿Debería el hecho de que claramente mencionó su salud ser alentador o desalentador? Él no había estado muy convencido de ello el día que se conocieron, y levantó sus sospechas cuando se vieron luego de la cena. Se escuchaba como si le advirtiera a la Sra. Robinson que no esperaba una visita de Clara. Él debía de saber que era porque ella no quería estar ahí, ¿verdad?

Casi se perdía del titubeo de Helen antes de que comentara despectivamente, “madre estaba en buena forma, pero cuando mencioné la posibilidad de otra cena, esta vez con la asistencia de la Sra. Robinson y su esposo, ella aceptó. La Sra. Robinson aceptó al momento. Realmente quiere conocerte. Luego de que nos fuimos, madre me reprendió sobre extender la invitación de la forma en que lo hice, pero estoy segura de que arreglará todo para que sirva a sus propósitos.”

“¿Cuándo?” logró preguntar Clara.

“Mañana en la noche. Madre está discutiéndolo con padre ahora. No sé si vendrá aquí primero o si irá directo a la cocina para comenzar los preparativos con el personal.”

Clara asintió. Sus nervios cobraron vida y estuvo muy atenta a todo lo que la rodeaba, la textura sedosa de su blusa cuando tocaba el cinturón que se ceñía a su cintura, la manera en que su corazón se aceleraba contradiciendo el patrón lento y profundo de su respiración. Un zumbido cruzó sus oídos, bloqueando lo que Helen estaba diciendo; estaba vagamente atenta a los movimientos de los labios de su hermana, pero todo significado se perdió.

Robert vendría. Estaría ahí, en la misma habitación donde estaba sentada, la noche siguiente. Y, lo que es más, los miembros de su familia estarían ahí también. Si tan solo ciertos miembros de su familia estuvieran ausentes. Pero ella empujó esos pensamientos desagradables de su madre a un lado y se enfocó en Robert. ¿Cómo será verlo luego del beso que compartieron? ¿Intentaría estar a solas con ella en algún momento durante la noche? ¿De qué hablarían? ¿Le pediría escabullirse de nuevo para verlo? ¿La besaría de

nuevo?

“¿Clara?”

Helen finalmente logró romper su concentración. Parpadeó y ofreció una sonrisa de disculpas, Clara se volvió a enfocarse en su hermana. “Lo siento, solo estaba—”

Helen levantó una mano, con una sonrisa de entendimiento en su rostro. “No hay necesidad. Solo necesito saber en qué momento te perdí.”

“Que todos vendrán mañana en la noche,” dijo Clara, bajando sus ojos en vergüenza.

“Vendrán,” reforzó Helen. “Madre está determinada en hacer una cierta relación, pero subestima la determinación del Sr. Flint en hacer su propia relación contigo.” De nuevo, Clara se ruborizó. Helen se emocionó al ver a Clara tan radiante. Había un brillo en los ojos de Clara, y el color que seguía en sus mejillas rompió la frágil imagen de Clara en la mente de Helen. La palidez y su naturaleza calmada siempre confirmaban la fragilidad y enfermedad de Clara. Ahora podía ver que la vida no era algo a lo que Clara se aferrara con debilidad; cursaba a través de ella con impresionante fuerza.

“Mientras nos marchábamos, Robert y el Sr. Robinson regresaron a casa,” dijo Helen para molestar. Ella vio como los ojos de Clara se abrían, tomando todo lo que Helen decía. “Él estaba sin dudas decepcionado de saber de qué no estabas con nosotras, pero su espíritu se levantó de nuevo cuando supo sobre los planes de la cena. Cuando llegamos al auto, me di cuenta que había dejado uno de mis guantes en la sala de estar. El Sr. y la Sra. Robinson se quedaron con madre discutiendo sobre la hora a la que deberían llegar mientras el Sr. Flint me escoltó de vuelta para recuperar mi guante.”

“Helen,” exclamó Clara con voz escandalizada.

“Sabía que el querría preguntar más sobre ti, pero sabía que no ayudaría hacerlo en frente de madre. Simplemente orquesté una manera para que pudiéramos tener privacidad. El hecho de que madre pensara que esto confirmaba que sus planes tomaban forma...” decía Helen con una sonrisa en el rostro.

Clara agitó su cabeza gentilmente, pero la sonrisa mostraba que lo que hizo fue tanto por admiración que de un deseo de regañar.

“Parecía saber que no estabas realmente enferma en casa, y me pidió que me disculpara por él, ya que no había podido visitar. Dijo que estaba investigando algo y que, si te contaba, lo entenderías.” Al dar el mensaje, la confusión y la ignorancia de Helen eran visibles. Clara no estaba

completamente segura de entender sobre que asuntos se refería a Robert, pero confió en él y a esta afirmación de segunda mano de que él no la había olvidado. “Lamentó no tener tiempo de explicar todo en un mensaje escrito, pero logró escribir esto para ti.” Helen miró sobre su hombro hacia la puerta, asegurándose de que no hubiera nadie antes de sacar una pequeña nota de su manga y entregárselo a Clara.

Tomando la nota en su mano, Clara titubeó en abrirla y leerla frente a Helen. “Gracias,” le dijo, guardándola en la pretina de su falda. Tuvo suerte de hacerlo porque los inconfundibles sonidos de los pasos de su madre hacían eco a través del pasillo, anunciando su llegada.

“Clara,” dijo Martha fuertemente mientras entraba a la habitación. “Te ves sonrojada, querida. ¿No habrás estado leyendo con la ventana abierta hoy, ¿verdad? Sabes que eso hace que te duela la cabeza.”

“Estoy bien, madre,” le aseguró Clara.

Helen tomó la iniciativa y redirigió la conversación. “Clara solo estaba regañándome porque no visité todas las granjas del vecindario todavía. Me hizo prometer la semana pasada de que visitaría para saber cuándo esperaban que la primera cosecha de fresas estuviera lista. Quería estar segura de que habría suficiente para que el cocinero prepare esas deliciosas jaleas y conservas que le gustan.”

Martha y Clara miraron ambas con rostros perplejos a Helen. Su propia expresión era segura. Tenía algo en mente y no estaba diciendo nada. Clara sintió como la atención de Martha cambiaba hacia Helen para entender sus cripticas observaciones. “Si,” dijo lentamente. “La cosecha del año pasado fue... decepcionante. El cocinero no tenía suficiente para preparar... tanto como ella quisiera.” Los ojos de Helen la alentaban a continuar, pero las piezas no terminaban de conectarse en la mente de Clara.

“Y dijiste que hubo algunas granjas azotadas por la enfermedad en este invierno,” añadió Helen. “Causó mucha preocupación en el vecindario. Y ahora que el vecindario mejoró, esta curiosa de saber cómo resultaron.”

“¿En verdad?” la respuesta de Martha descansaba en el borde entre la sinceridad y el sarcasmo.

“Sabes que Clara siempre ha tenido un gran interés en el estado del vecindario,” comentó Helen. “Obviamente no puede poner su salud en riesgo y visitarlos ella misma.”

“Helen fue muy amable de aceptar ir en mi lugar,” dijo Clara, finalmente entendiendo lo que Helen estaba haciendo. “Decidió ir a tantas como pudiera

mañana.”

Martha giró para afrontar a Helen. “¿Mañana?”

“Antes de la cena, madre,” dijo Helen para aplacar a su madre. “Ya le dije a Clara sobre nuestros invitados y se ofreció de voluntaria a ayudar con cualquier cosa mientras esté fuera. De esa manera no se te complicará preparar la cena sola y no tendré la promesa de Clara pesando en mi consciencia.”

“Estoy feliz de ayudar en cualquier cosa que necesites, madre,” confirmó Clara, aunque no logró hacer su entusiasmo completamente convincente. Pasar la mañana cumpliendo las ordenes de su madre, resistiendo las punzadas que sin dudas irían hacia ella, así no era como Clara quisiera pasar sus horas antes de ver a Robert. Su madre tomaría provecho de cada oportunidad para recordarle a Clara que el propósito de la cena era para fomentar la relación entre Robert y *Helen*, para que ella se establezca con su familia. Sin duda se haría con la más grande habilidad, moldeando cada comentario hasta que fuera perfectamente fuera de lugar, cada cumplido ambiguo sería entregado sin fallos, todo con el propósito de desalentarla de unirse a la fiesta.

Pero Clara sabía que no había nada que su madre pudiera decir que pudiera evitar que viera a Robert de nuevo. Y el ayudar con los preparativos sería una distracción del reloj, esperando a que las horas pasaran antes de poder comenzar a prepararse para la cena.

“Muy bien,” dijo su madre con resignación. “Trataré de no pedirte mucho. No queríamos que estés cansada antes de que lleguen nuestros invitados.” Con eso, su madre salió de la sala de estar.

Helen le lanzó una mirada de simpatía a Clara. “Haré lo posible por volver temprano,” dijo. “Necesitamos bastante tiempo para prepararte. Si gustas, podemos revisar los vestidos de mi armario esta noche.”

Clara dio una amplia sonrisa y asintió, siguiendo a su hermana que guiaba el camino.

Fue una larga y agotadora mañana, pero Clara sobrevivió. La nota que recibió de Robert le ayudó. La guardó hasta que estuvo preparada para ir a la cama, Clara desdobló el pequeño pedazo de papel se esforzó en entender las palabras que él escribió. Se preguntó si su letra era difícil de entender o algo más que la restricción de tiempo pudo haber causado que su mano temblara.

Clara, no puedo esperar a verte otra vez, pero parece que debo hacerlo.

Quiero que sepas que pasarás gran parte del tiempo entre entonces y ahora en mis pensamientos. Robert.

Ella seguía a su madre, quien casi corría por la casa, cubriendo cada pulgada cuando simplemente pudo haber llamado a un mensajero. Mientras la seguía y escuchaba las instrucciones de su madre, Clara pondría su mano sobre su cinturón donde estaba escondida la nota de Robert. Eligió creer en esos momentos, él estaba pensando en ella también, que no estaba en la misma habitación que madre, sino en los pensamientos de Robert.

Ella y su madre fueron interrumpidas cuando Helen regresó a casa durante la tarde. Su madre no tuvo nada que decir respecto a la excursión de Helen hacía los rincones más humildes del vecindario, pero Clara pensó que sería lo mejor continuar con la treta del día anterior.

“Helen, ven a contarnos como te fue. ¿Los granjeros esperan una buena cosecha esta temporada? ¿Están todos bien?” la llamó, mientras Helen caminaba por la habitación donde estaban colocando los toques finales a algunas vasijas con flores de los amados jardines.

Helen volteó y regresó, con una sonrisa educada pegada a su rostro y hablando sobre lo bien que estaban todos, y el hecho de que el cocinero tendría bastantes opciones cuando se tratara de preparar conservas y encurtidos. Pero Clara pudo notar que algo andaba mal. Había violencia en la manera en que Helen miraba a su madre y en como no podía mirar a Clara a los ojos. Clara observó mientras su madre ignoraba el reporte de Helen, enfocando su atención en averiguar dónde quedaría mejor el arreglo de lirios azules ante ella. Ella sintió la mirada de Helen sobre ella. Volteó su cabeza justo a tiempo para ver como Helen quitaba la mirada y se excusaba para salir rápidamente hacia su habitación.

“Clara, no estoy segura si me gustan los lirios de esta forma. Uno o es mucho, o no es suficiente. ¿Debería pedir que se añadan más o dejar este completamente?” preguntó Martha, volteando la vasija e inclinando la cabeza para examinar el arreglo en diferentes ángulos.

Luego de que su madre la despidiera para que se vistiera para la cena, Clara se dirigió hacia la habitación de Helen. Habían elegido los vestidos la noche anterior y Helen hizo prometer a Clara que se vestirían juntas, pero Clara encontró la puerta cerrada. Tocó la puerta y llamó a Helen, pero no recibió respuesta. Esperó y tocó de nuevo. Esta vez, la sirvienta que usualmente ayudaba a Helen a vestirse se encontró con Clara en el pasillo.

“Me temo que la señorita Helen está descansando y no desea ser

molestada,” le murmuró.

“Oh,” murmuró Clara confundida. “Uh... Gracias. Si no se despierta por su cuenta, asegúrese de despertarla en la siguiente media hora, y recuérdela que debe vestirse para la cena. Estaré... en mi habitación si ella me pregunta por mí.”

La sirvienta asintió y se quedó junto a la puerta mientras veía a Clara avanzar por el pasillo hacia su habitación. Miró sobre su hombro antes de doblar la esquina, y Clara vio que la puerta se abrió y la sirvienta entró. La frente de Clara se arrugó en preocupación y confusión. Se preguntaba que pudo haber aprendido Helen que la hubiera afectado tanto. Y Clara estaba un poco decepcionada. Quería que ella le compartiera cualquier información tan pronto fuera posible para saciar su curiosidad.

Un poco de la decepción se disipó cuando clara regresó a su habitación para descubrir que Helen había enviado el vestido que habían elegido el día anterior directo a su habitación. Tendría que prepararse sin los cumplidos y alientos de su hermana, pero así no tendría que usar el vestido azul con cuentas de la última vez que Robert cenó con ellos. Al ver la tela verde oscuro cuidadosamente posicionada en su cama, Clara no pudo evitar sonreír y morderse su labio inferior. Tocó la campana que haría venir a Trudy y comenzó a desabotonarse la blusa que había usado todo el día.

La nota de Robert se resbaló de su lugar y flotó hacia el suelo cuando se levantó la blusa de la falda. La levantó y la sostuvo, contemplando en si debía esconderla junto a la fotografía en el joyero o continuar escondiéndolo en su persona y mostrarle a Robert que la tenía con ella. Los pasos sordos de Trudy en la alfombra anunciaban que se acercaba.

Clara guardo rápidamente la nota bajo la cubierta de un libro en su escritorio justo cuando Trudy abrió la puerta.

“¿Necesita ayuda para vestirse esta noche?” preguntó Trudy mientras Clara se volteaba para mirarla, con sus dedos sobre los botones de su blusa. “Pensé que te vestirías con la señorita Helen esta tarde.”

“Es lo que habíamos planeado originalmente, si, Trudy,” explicó Clara, sacando sus brazos de la blusa y desajustando el cinturón de su falda. “Pero las visitas de Helen la agotaron más de lo esperado, y necesita un poco de silencio antes de que lleguen las visitas.” Cuidadosamente salió de la falda y se paró frente a Trudy en su ropa interior. “No necesitare mucha ayuda con el vestido, excepto para ajustarlo.”

Trudy asintió y tomó el vestido de la cama. Unos momentos después,

Trudy estaba detrás de Clara frente a un gran espejo, con una pequeña sonrisa en sus labios. El placer de Clara por su reflejo brillaba en cada una de sus facciones. El vestido era uno de los viejos de Helen, el estilo unas temporadas fuera de moda. Era más ajustado en el corpiño, y le faltaban las elaboradas cuentas del vestido azul. Diseñado para cuando los corsés aún eran la norma, Clara era lo suficientemente pequeña, y Helen era lo suficientemente joven para el vestido para que pudiera quedarle a Clara perfectamente sin un corsé. Helen se había quejado de eso mientras decía cuanto le gustaba corte discreto del vestido, un verde vibrante que la hacía sentir como una planta en su maceta dentro de una casa caliente. Pero en Clara, el verde satín brillaba como una esmeralda en contraste con su piel de porcelana y su cabello oscuro. No tenía mangas apropiadas, sino pequeños fragmentos de tela transparente adheridos a los hombros, y que le hacían cosquillas en los brazos. Un lazo negro adornaba el cuello y los dobladillos. Se colocó los tacones que Helen se rehusaba a aceptar de vuelta, y se ajustó algunos mechones de cabello.

“¿Tienes algo que ponerte con esto?” preguntó Trudy en voz baja.

“¿Qué quieres decir?”

“Un collar, o una peineta para tu cabello,” explicó Trudy. Clara permaneció admirada por su reflejo, y no notó de inmediato los movimientos de Trudy en dirección a su joyero. “Usar tal vestido de estilo simple es la excusa perfecta para embellecerlo con joyería.”

Finalmente, al darse cuenta de lo que Trudy estaba haciendo, Clara rápidamente le cerró el paso, parándose entre su cuidadora y la caja. “Hay un relicario con un moño negro que Helen mencionó que iría bien con este vestido. ¿Podrías ir a preguntarle si puede prestármelo?”

Trudy asintió. “Suena a que es justo el toque que necesita.”

Cuando Trudy estuvo fuera de la habitación, Clara abrió y examinó los contenidos de la caja, asegurándose que la fotografía permanecía invisible a cualquiera que casualmente mirara. Dejando la tapa levantada, avanzó hacia el libro en su escritorio para tomar la nota de Robert, y para resguardarla en el mismo escondite. Pero mientras la sostuvo una vez más, no pudo evitar separarse de ella, así que la guardó en el frente del vestido, entre la delgada tela y la piel de su pecho. Lo apretado de su corpiño evitaría que el papel se resbalara, y una rápida mirada al espejo mostraba que, aunque miraras específicamente a ese lugar, el delineado de la nota doblada era casi imperceptible. Mientras cerraba la tapa del joyero de nuevo, Trudy tocó

suavemente la puerta y volvió a entrar a la habitación.

“Le tomó un minuto encontrarlo, pero aquí está.” Trudy sostuvo los extremos del moño de satín negro, con un pequeño ovalo de plata pesando en el medio. Clara se dio la vuelta para que Trudy pudiera ponerle el relicario. Al mirar al espejo, ambas mujeres sonrieron en aprobación.

“Bueno, creo que ya estas lista,” comentó Trudy. No pudo alejar el orgullo en su voz, a pesar de sus esfuerzos.

“¿Cuánto crees que le tome a Helen estar lista para bajar? Creo que la esperaré,” dijo Clara, acercándose al espejo para examinar más de cerca el relicario.

“Estaba en camino hacia abajo cuando le pedí prestado el collar,” respondió Trudy con un poco de sorpresa. “Estará esperándote en la sala de estar con tu madre.”

“Gracias,” dijo Clara. Un poco de decepción rompía su sonrisa de apreciación. Trudy se fue en silencio, y Clara se enfocó en los grabados florales que decoraban el relicario. Tenía una bisagra, pero no pudo abrirla fácilmente mientras lo usaba, así que decidió esperar y satisfacer su curiosidad luego de la cena. Robert y los demás llegarían pronto, y estaba muy ansiosa por ver lo que pensaba su madre del vestido.

Escuchó voces mientras se acercaba a la sala de estar, y sintió una agitación en el estómago, creyendo que los invitados habían llegado temprano. Pero mientras se acercaba, reconoció las dos voces que pertenecían a su madre y hermana, y el tono que usaban no era uno que pudieran usar frente a compañía.

Clara no pudo distinguir lo que decían, y no estaba segura de si quería saberlo; al menos, no por el momento. No quería pensar en los secretos y verdades esperando a ser revelados, o porque Helen había actuado de manera extraña desde que regresó a casa ese día. Clara quería pensar en Robert y en como llegaría en cualquier momento. Quería especular en su reacción sobre cómo se veía en su vestido, o en qué diría si ella podía encontrar una oportunidad y tener el valor de decirle que había guardado la nota con ella todo el día. Se preguntó qué pensaría su familia de ella y que le había contado sobre ella.

Así que Clara caminó más fuerte mientras avanzaba los últimos pasos hasta la sala de estar, enfatizando en que se acercaba, y asegurándose que la pelea se detuviera al entrar en la habitación, observando a ambas mujeres sentadas a ambos extremos del sofá. La expresión de Helen era fácil de leer

mientras revisaba los resultados finales de Clara. Una admiración ciega y el orgullo trajeron de vuelta el color que estuvo ausente las últimas horas. Pero entre más la miraba, algo parecido a tristeza aparecía en sus ojos y apagaba el brillo, dejando su sonrisa casi vacía, como si examinara algo que pensaba que reconocía, pero ya no estaba segura de saberlo. La reacción de Martha no era el arrogante desafío que Clara esperaba. En su lugar, su madre palideció. Sus ojos brillaron con algo que parecían lágrimas, pero no parecía triste o feliz. Ni siquiera parecía estar enojada o molesta. Clara se esforzó en saber que era lo que veía en los ojos de su madre. No podría ser... ¿miedo?

Entonces Martha notó el relicario y exclamó en enojo e incredulidad, “¿Dónde conseguiste eso?”

La mano de Clara instintivamente fue hacia el relicario, pero antes de que pudiera decir algo, Helen habló. “Yo se lo di.”

Martha miró a su hija. “No tenía derecho—”

“Me lo diste como un regalo; es *mi* relicario, y elegí prestárselo a Clara,” se molestó desafiante. Sin romper el contacto visual con su madre, Helen le dijo a Clara. “Te queda bien, Clara. Puedes quedártelo si gustas.”

“No,” protestó. “Gracias, Helen, pero no. No si madre te lo dio como regalo.” Martha fue la primera en voltear a mirar a Clara. El dolor que vio en el rostro de su madre causó que tomara la joya de plata y contempló el quitársela.

En ese momento, su padre entró a la habitación con el jefe de personal detrás de él, anunciando la llegada de sus invitados. Se levantaron, enderezando sus prendas y accesorios con sus manos, mientras mentalmente ajustaban sus máscaras, listas para darles la bienvenida a los visitantes y asegurar una placentera velada.

Robert le dio un apretón de manos a su padre mientras entraba, y sus ojos volaron directo hacia Clara, y su corazón comenzó a acelerarse. Se hicieron las presentaciones, aunque la Sra. Robinson, la Sra. Davis y Helen eligieron dirigirse una a la otra por su primer nombre. Martha hizo lo posible en retener a Nora, pero Robert logró en remover a Clifton de la conversación lo suficiente para saludar a Clara y presentarla con los demás.

“Usted es la señorita Davis que fue tan amable de ayudar a mi primo con su auto,” dijo Clifton sosteniendo su mano para que Clara la tomara.

“Lo hace sonar como si yo hubiera ayudado en las reparaciones. Solo lo mantuve entretenido mientras traían al mecánico. Y por favor, llámeme Clara.”

“Y usted puede llamarme Cliff.” Mientras se enderezaba, Clara pensó que verlo guiñarle el ojo a Robert cuyo rostro se oscurecía momentáneamente.

“Debe conocer a mi hermana, Clara,” la voz de Helen irrumpió en su conversación. “Clara, la Sra. Robinson.”

“Nora,” le dijo, tomando la mano de Clara y dándole un apretón. “He escuchado mucho sobre ti. Lamento que no te sintieras bien como para unirme a tu madre y hermana ayer, pero el descanso parece haberte sentado bien. Te vez radiante. Incluso más hermosa de lo que me hicieron creer.”

Clara se ruborizó y miró a su madre acercándose a su círculo. Antes de que apareciera un comentario de los labios de su madre sobre su apariencia enrojecida, Clara tomó las riendas de la conversación. “Gracias. Helen fue muy amable de contarme todo sobre su visita de ayer y de lo hermosa que era su casa. En verdad deseo haber estado ahí. No ha dicho nada más que cosas maravillosas, sobre todo.”

La cena fue anunciada, suspendiendo la conversación mientras el grupo caminaba hacia el comedor. Oliver y Martha guiaron el camino mientras que Clifton y Nora estaban detrás de ellos. Aunque Robert ofreció los brazos para ambas hermanas, Helen pretendió no darse cuenta y se apresuró para estar al lado de Nora, insistiendo en continuar la conversación que tuvieron el día anterior. Clara y Robert intercambiaron sonrisas silenciosas mientras tomaba su brazo y procedían a entrar a la habitación juntos.

La adición del Sr. y la Sra. Robinson a la cena proporcionaron el impacto social necesario para que Helen estuviera más activa en frustrar los intentos de sus padres en emparejarla con Robert a expensas de Clara. Martha fue forzada a usar solamente miradas y unas pocas elecciones de palabras que esperaba sus invitados no notaran. Las peticiones de Helen para cambiar de lugar con Clara para que pudiera estar más cerca de su nueva amiga Nora la llevarían a un sermón, pero el resultado inmediato fue que Clara y Robert estuvieran sentados uno junto al otro durante la cena, y Clara estaba lo más lejos posible de su madre en lugar de junto a ella.

En varios momentos durante la cena, Clara se juró a sí misma que encontraría la manera de agradecerle a Helen. Aunque su silenciosa conversación con Robert era frecuentemente interrumpida por una charla mayor, ambos apreciaron la pequeña burbuja en la que se encontraban. Clara tendría que esperar hasta que los hombres y mujeres se separaran brevemente luego de la cena para conocer mejor a Nora, pero algo en las indulgentes sonrisas de la mujer y el constante levantamiento de sus cejas le decían que

Nora estaba tan devota a distraerla de su madre tanto como Helen. Se encontró debatiendo internamente si Clifton estaba disfrutando el monólogo de su padre sobre sus jardines, o si estaba complaciendo al hombre por el bien de su primo.

Tuvo una mayor oportunidad de hablar con Nora luego de la cena mientras ella se esforzaba en enseñarle a sus anfitriones a jugar Whist. Cuando los hombres se les unieron, Robert tomó asiento junto a Clara para ayudarla mientras ella entendía rápidamente las reglas y las estrategias. Clara estaba un poco sorprendida de que sus padres no se esforzaran más en dirigir la atención de Robert hacia Helen. Periódicamente lanzaba miradas hacia su madre, Clara veía como ella se enfocaba en el relicario en su cuello. Una vez, sus ojos se fijaron en los de Clara brevemente antes de alejar la mirada rápidamente. A menos de que se equivocara, Clara pensó que había notado un brillo de lágrimas en los ojos de la mujer.

Cuando era hora de que los invitados se fueran, los Robinson y Helen fueron menos sutiles en sus esfuerzos por mantener a sus padres ocupados, permitiendo que Robert y Clara despedirse con relativa privacidad. Robert llevó las manos de Clara hacia sus labios, sonriendo por la manera en que ella se sonrojaba y le devolvía la mirada sin pestañear. “¿Crees que sería muy pronto si visito de nuevo mañana?” preguntó.

“¿Mañana?” preguntó con una gran sonrisa en su rostro.

“Mañana,” confirmó. Miró sobre su hombro brevemente para ver que si la atención de los demás estaba en otro lugar. “Quizá puedas mostrarme los jardines de tu padre.”

Ella asintió y él le apretó un poco la mano antes de soltarla y volver con el grupo. Unos minutos después, los invitados se fueron, y Clara intentó hablar con Helen para contarle sobre la promesa de Robert de que visitaría el día siguiente, pero Helen pretendió no escuchar sus murmullos, desvaneciéndose hacia su habitación sin siquiera decir buenas noches.

Clara pasó la mayor parte de la mañana siguiente paseando en anticipación por la visita de Robert y contemplando el comportamiento distraído de Helen. Quizá escuchar algo sobre Thomas que la molestó. Cuando Clara intentó devolverle el relicario a Helen, su hermana insistió en que lo conservara. Ni siquiera lo tocó cuando Clara lo sostenía para entregárselo.

“Era en serio lo que dije ayer. Deberías conservarlo.”

“Pero madre te lo dio a ti,” protestó Clara, forzándolo el collar en las manos de Helen.

“No debió hacerlo,” dijo Helen, desamarrando el moño. “Debería ser tuyo.” Volvió a colocar el collar alrededor del cuello de Clara y lo aseguró en su lugar.

“Robert dijo que visitaría de nuevo hoy,” murmuró Clara.

“Los encantaste a todos anoche,” le aseguró Helen. Sus palabras eran cálidas, pero aún había algo que distraía a Helen. Sus ojos estaban fijos en el relicario. “Si vamos a la sala de estar, podremos escuchar si un auto se aproxima.”

Pero descubrieron que su madre ya estaba en la sala de estar, y su padre leyendo el periódico en una silla frente a ella. Helen y Clara tomaron un té de una bandeja y se sentaron por la ventana para mirar a la vereda. Los cuatro estaban sentados en tenso silencio. Desde que volvieron de la ciudad, una tensión estuvo creciendo entre los cuatro, y Clara luchó por admitir que una ruptura era inminente. Prefirió mantener sus ojos en el horizonte por alguna señal de que el polvo se levantaba por el auto de Robert que se dirigía hacia ella.

Ella tomó aire involuntariamente cuando apareció lo que ella estaba esperando. Empujando a Helen con su dedo, buscó la validación de su hermana antes de dejarse llevar por la emoción que crecía en su pecho. Helen la miró con una sonrisa y asintió, y Clara comenzó a agitarse, tocando con los dedos el relicario en su cuello, ajustando la manera en que caía su blusa, colocando mechones de cabello en su lugar.

Robert buscó entre las ventanas para ver su rostro mientras salía de su auto para acercarse a la casa. Ella quería saludar y gritar, pero su mano se cerró en su regazo, ansiosa de no llamar la atención de su madre mientras intentaba ganar la de Robert. Antes de que el pudiera llegar a la puerta, uno de los sirvientes se encontró con él en el camino. Helen y Clara se miraron e intercambiaron miradas de confusión, mirando de nuevo una conversación que no podían escuchar.

Clara miraba mientras Robert cambiaba de educado y firme a molesto y confundido. Por un momento, Clara pensó que Robert golpearía al hombre que aparentemente se rehusaba a dejarlo entrar a la casa. En vez de eso, Robert se le acercó mientras hablaba fuertemente, luego se giró y fue molesto de vuelta a su auto. Mirando de nuevo a la casa, Robert finalmente encontró a Clara en la ventana. Su expresión se suavizó y le asintió. Ella le dio una

sonrisa débil. No pudo dejar de verlo mientras se alejaba. Sus esperanzas para la tarde se esfumaron, tomando la energía que la mantenía sentada.

Mientras caía en la silla, usó su brazo para levantar su cabeza, y notó que Helen se había levantado de su silla. Se levantó y miró a su madre. El sirviente que había rechazado a Robert entró por la puerta, pero antes de que pudiera decir algo, Martha lo alejó con un breve, “Gracias. No necesitamos nada más.”

“¿Qué le pediste que dijera?” dijo Helen, con un tono acusador.

“Tu padre y yo decidimos que no tenemos ánimos de visitantes hoy,” respondió. Ni siquiera intentó fingir inocencia o ignorancia. “Ayer fue muy cansado para nosotros.”

“Clara y yo pudimos mantenerlo entretenido,” la desafió Helen.

“Si creyera que tenían la intención de entretener al Sr. Flint, no sería problema. Pero me temo que no apruebo el exponer a Clara a tantos estímulos y emociones innecesarias. Tendrá efectos negativos en su salud.”

Clara abrió la boca para protestar, pero la silenciosa tormenta creciendo en Helen estaba hirviendo.

“Deja de pretender que te importa la salud de Clara. No te importa nada excepto proteger tu preciosa reputación y la imagen de la familia. Por eso no quieres que nadie se entere sobre la tía Amelia o que estas criando a su hija,” gritó Helen.

La boca de Clara permaneció abierta, esta vez por la sorpresa por lo que Helen acababa de decir comenzaba a asentarse. Una mirada a Martha fue suficiente para confirmarlo - Clara no era su hija.

Volumen Tres

Clara se esforzó para producir un sonido. Helen dio un paso atrás y puso un brazo sobre su hermana. No, no su hermana, su prima. “Lo lamento, Clara. Quería decírtelo, pero no sabía cómo. Solo pude comprenderlo ayer luego de ir a la granja de los Sanders.”

“Ah, sí,” dijo Martha, finalmente hablando. “La cuñada de Mary Sanders. Así es como debió haberse enterado. Sabía que debí presionar más para que la despidieran, pero madre era insistente en que se quedara porque era la favorita de Amelia. Tiene perfecto sentido que hubiera dado su versión de lo que paso que está completamente en desacuerdo con los hechos.”

Clara intentaba enfocarse en lo que su madre, no, su tía estaba diciendo, pero sentía la cabeza ligera. Un zumbido en sus oídos bloqueaba las palabras, y tuvo que cerrar los ojos para evitar caerse. Helen le ayudó a sentarse de nuevo en la silla. Cuando Clara volvió a abrir los ojos, buscó la ventana y se estiró para buscar las marcas de las ruedas en el camino donde el auto de Robert estuvo hace algunos minutos.

“Tranquilízate, Helen,” dijo Oliver, poniendo el periódico a un lado y entrando en la conversación por primera vez. “Hay más sobre la historia de lo que puedes comprender, y estoy seguro que cuando tomes el tiempo para aprender y reflexionar sobre los hechos, entenderás—”

“Nunca podré entender cómo pueden justificar el tratar a Clara de la forma en que lo han hecho,” protestó Helen fuertemente.

“Quiero saber que te motivo a realizar esa pequeña misión tuya,” se molestó Martha. “¿Acaso fue Gertrude? Ha consentido a Clara demasiado todos estos años, complaciéndola con esos cuentos de hadas. ¿O es acaso por ese chico de la ciudad? ¿Al que te prohibimos el continuar viendo?”

El rostro de Helen se enrojeció, así fuera por enojo o por dolor, Clara no pudo decir. Se esforzó en salir de su aturdimiento. Al darle un apretón a la mano de Helen, habló. “¿Por qué no me dijeron algo sobre mi madre? ¿Planearon alguna vez decirme la verdad?”

La expresión de Oliver fue comprensiva mientras se enfocaba en Clara. “No, no planeábamos decírtelo. Creíamos que la verdad sería mucho más dolorosa. Quizá las razones que nos dábamos para restringirte a la casa y sus alrededores eran... poco creíbles.” Helen se burló ruidosamente y le lanzó una mirada a su madre. “Pero en verdad lo hicimos para protegerte.”

“La gente puede ser innecesariamente cruel,” añadió Martha.

“Tú lo sabes bien,” se molestó Helen, pero miraba su regazo mientras lo

decía.

Clara ignoró a ambas mujeres, y mantuvo su atención en su tío. Era el más calmado y el más dispuesto a hablar. “Ahora que sé que no son mis padres, ¿sería mucho pedirles que pararan las mentiras? Creo que tengo el derecho de saber la verdad.”

Él se detuvo, con sus ojos fijos en Clara. No pudo ver la advertencia de su esposa dirigida hacia él. Helen continuó sin mirar como si estuviera desinteresada, pero Clara sentía como su cuerpo se tensaba en anticipación.

“Tu madre, Amelia, era una... persona trastornada. No le importaba ni se preocupaba por nadie excepto más que ella misma, molestando a todos en su familia inmediata, e invitaba al escándalo. Tus abuelos la enviaron a un instituto donde descubrieron que tenía... una relación inapropiada con un hombre. Fue difícil para todos los involucrados, y el esfuerzo por ello ayudó a matar a tus abuelos. Tu naciste fuera del matrimonio, y fue un acto de bondad que tu madre— tu tía, te recibió en lugar de enviarte a un orfanato.”

Volteó para mirar de nuevo a su esposa. La dura expresión que tuvo hace unos momentos se había desvanecido de su rostro. Una más suave y dolorosa la reemplazo.

“Los rumores se apagaban cuando conocí a tu abuelo. Me invitó a cenar, creyendo que rechazaría la invitación como muchos otros lo habían hecho. Pero tomé la oportunidad y fui recompensado cuando conocí a la mujer más amable, generosa y clemente. Luego, me contó la verdad sobre todo lo que había pasado, y lo lejos que había llegado para proveer para la hija desafortunada de su hermana.”

Martha sonrió con cariño a su esposo, pero cuando quito la mirada, algo triste y doloroso comenzó a salir.

“Dijiste que manteníamos a Clara aquí para proteger la reputación de la familia,” resumió, hablándole a Helen quien finalmente lo miraba. “Pero fue para protegerla a *ella*.”

La frente de Clara se contrajo mientras intentaba darle sentido al flujo de información, pero todo en lo que pudo pensar fue en su madre. Su... tío, no había dicho mucho sobre Amelia en sí misma y como era ella... al menos, no para la satisfacción de Clara. ¿Y qué pasaba con su padre? ¿Acaso él sabría sobre ella?

Helen permaneció escéptica. “¿Protegerla?”

“Sí, protegerla,” murmuró Martha. “Las semanas siguientes luego de que se llevaran a Amelia, nos fue imposible ir a cualquier lugar sin escuchar

cómo la gente dejaba de hablar tan pronto entrábamos en una habitación, mirar a la gente y notar como quitaban la mirada, con nuestros ‘amigos’ acercándose a nosotros en modo de disculpas para sacarnos detalles para que pudieran continuar alimentando a los chismosos que se deleitaban en juzgarnos a todos, por lo que Amelia logró por sí misma.” Su voz comenzó baja, pero el volumen progresivamente subía mientras su reprimido resentimiento salía a la superficie. “Fue humillante, y no es algo que le deseé a alguien... especialmente no a... la hija bastarda de mi hermana.”

Clara la miraba, asombrada mientras la mirada de Martha veía a través de ella. ¿A quién veía reflejada en los rasgos de Clara? ¿A la hermana cuyas acciones trajeron vergüenza a la familia?

Mirando hacia abajo, los dedos de Martha encontraron un hilo en su silla para tomarlo.

“Fue más bondadoso el mantenerte aquí a exponerte a las miradas y murmullos. Si nadie sabía sobre ti, no podrían ridiculizarte o juzgarte. Era la manera más rápida para que todos pudiéramos poner... el incidente tras nosotros; la manera más rápida en que las conversaciones cambiaran a otra familia.” Miró hacia arriba de nuevo, notando que los ojos de las chicas seguían mirándola. “Además, tenías mala salud cuando eras un infante. Eras muy susceptible a resfriados y cosas así. Parecía mejor prevenir que lamentar.”

El silencio cayó en el grupo mientras intentaban encontrar la cosa correcta que decir, decidiendo que sería mejor esperar a que alguien hablara primero. Trudy se aclaró la garganta desde la puerta.

“Me enviaron para preguntar si deseaba tener un almuerzo hoy, señora.”

“Dile al cocinero que prepare emparedados con lo que sea que haya sobrado de la cena de anoche,” le instruyó Martha. Los cuatro se miraban entre ellos y a Trudy, quien mantenía su rostro estoico bajo el escrutinio.

“Muy bien, señora,” dijo, dando una mirada comprensiva y solitaria a Clara antes de apresurarse a salir de la tensa habitación. Clara entendió que Trudy había escuchado más de su conversación de lo que quería admitir a los señores de la casa.

Oliver decidió que, en lo que a él respecta, la conversación había terminado. El asunto se había arreglado, y si las mujeres insistían en continuar con el tema, él haría lo correcto en alejarse de ello.

“Creo que daré un paseo por el jardín antes de comer. Me vendría bien un poco de ejercicio para abrir el apetito.” Haciendo su periódico a un lado,

murmuró algo que quería dirigir a su jardinero, sin esperar respuesta.

Cuando estuvo a salvo fuera de la habitación, Helen continuó el ataque contra su madre.

“Seguramente no esperarás mantener escondida a Clara por siempre. ¿Cuáles eran tus planes para ella ahora que es adulta? ¿Tenías a alguien en mente para que se casara con ella? ¿Creíste que no tendría nada que decir al respecto?”

El primer impulso de Clara fue el reírse de los comentarios de Helen. Hasta ahora, Helen era la que más había hablado. Su enojo hacía sentir a Clara que ella debería estar más ofendida. A pesar de que no perdonaba sus acciones, se aferraba a las razones que le habían dado en un esfuerzo para darle sentido a todo. Además, la curiosidad sobre sus padres tenía más peso que cualquier indignación que sentía en ese momento. Solo sentía una pequeña punzada por la visita perdida de Robert. Había muchas cosas en que pensar.

“Asumo que te refieres al rechazar al Sr. Flint,” dijo Martha bromeando. Había una relajación en su tono y postura por la ausencia de su esposo. Estaba más dispuesta a desafiar y argumentar con su hija que adoptar el tono condescendiente que Oliver prefería usar para referirse al asunto. “Bueno, en ese tema, tienes en parte razón. Es natural para nosotros el querer preservar el secreto que rodea a Clara. Ha funcionado bien para protegerla hasta ahora. La asociación inesperada con el Sr. Flint y su conexión con los Robinson ha puesto en peligro lo que hemos construido en más de dos décadas. Si el momento para que Clara fuera... presentada... en la sociedad, hubiéramos preferido que fuera de una manera que *nosotros* consideráramos adecuada y productiva. Alentar al Sr. Flint y sus parientes que revivan rumores y escándalos no está en los mejores intereses de cualquiera, especialmente de Clara.”

Se levantó de su asiento y cruzó la habitación hacia su hija y sobrina. Helen se rehusó a dejar su escepticismo, sin confiar en nada de lo que madre decía. Clara o era más clemente, o no sentía nada. No estaba enojada por las afirmaciones de su tía de decir sus mejores intereses, ni se quería molestar en considerar si eran verdad o no. Clara necesitaba tiempo a solas para penar, pero no podía marcharse, y tampoco podía pedirle a los demás que lo hicieran. Simplemente se sentó y dejó que más información y verdad pasaran sobre ella.

“El Sr. Flint es un joven encantador de una familia respetable. Ha

heredado diversas extensas propiedades que son rentadas a los granjeros, familias, y otros negocios. No estoy segura sobre cómo funciona, pero da suficiente para dar soporte a una familia, y su primo menciona la multitud de oportunidades que está explorando para invertir aún más. Sería buen partido para mujer que pueda estar con él. Pero no serás tú, Clara.”

Fijó sus ojos con su sobrina quien continuaba con la mirada vacía, dejando a Martha insegura de cuanto impacto tenían sus palabras.

“Tan pronto descubra la verdad de tus orígenes, te soltaré más rápido que carbón caliente. Y, lo que es más, esparciré las noticias por todos lados, haciendo imposible para que ustedes se casen, mancillando a Helen y al resto de nosotros en el proceso.”

“Y aun así pareces estar más que dispuesta a emparejarlo conmigo,” señaló Helen, exitosamente liberando a Clara de la atención exclusiva de Martha.

“Como dije, es un joven encantador, y haría una buena pareja. La simple verdad del asunto, querida, es que tú y Clara no son hermanas. Sus situaciones no están separadas por algunos años. Tienes más que ofrecer. Y debido a que eres mi hija, es mi deber asegurarme que obtengas lo mejor de ella.”

Clara se levantó de su silla con las piernas cautelosas. Helen se levantó también, presionando su rostro hacia el de su madre. “¿Y no tengo opinión sobre esto?” dijo fuertemente.

“Cuando pueda confiar en que tomarás las decisiones correctas, entonces tendrás opinión. Pero si solo te interesarás en personas como ese Brandon, entonces no; no se te puede confiar el realizar decisiones tan importantes.”

Martha se acercó a Helen, cerrando aún más la distancia entre ella y su hija. Clara estaba detrás de ellas ahora, y no tuvo problema en salir silenciosamente de la habitación.

“Esto... no tiene nada que ver con... nadie en particular. Tiene que ver con el hecho de que es *mi* vida, *mi* futuro, *mi* felicidad que está en juego, y creo que me corresponde—”

“Créeme cuando te digo que se lo que es mejor. Tú crees saber lo que es mejor, lo que te hará feliz, pero has invertido demasiado como para ver la verdad. Si te permites ser guiada demasiado por tu corazón, entonces pasarás por alto todo lo demás. Verás solo lo que quieras ver, en lugar de lo que realmente está ahí, entonces saldrás lastimada.”

Helen abrió la boca para responder severamente, pero se detuvo cuando

vio lagrimas saliendo de los ojos de su madre, cuando escuchó como su voz se quebraba cuando comentó sobre ella saliendo lastimada.

Martha miró hacia abajo, parpadeó varias veces, y se aclaró la garganta antes de continuar en una voz más baja y calmada.

“No estoy diciendo que no deberías permitir que tus emociones afecten tus decisiones; solo digo que no permitas que tus decisiones a expensas de lo demás. Tienes que pensar en cosas como el futuro de tu familia y como proveerás por ellos; piensa en las conexiones actuales de tu familia, y como tus decisiones afectan al resto de nosotros; piensa en las comodidades materiales a las que estas acostumbrada, y considera cuales estas dispuesta a renunciar y por cuanto tiempo. No me importa si estás enamorada, mientras puedas mostrarme que estas en una relación práctica y sabrás balancearla.”

Helen luchó por aferrarse a la justa indignación que alimentaba su resistencia. Volteó para mirar donde estaba Clara, pero encontró el asiento vacío. Al mirar rápidamente detrás de su madre, Helen se dio cuenta que las dos estaban solas. Podía continuar la discusión por el bien de Clara, pero estaba muy cansada y no pudo evitar notar las marcas de cansancio en el rostro de su madre. Las líneas alrededor de sus ojos y sobre su frente eran más profundas de lo que había visto antes; había tristeza en sus ojos que usualmente se escondía detrás de lo fuerte que era su juicio. Helen descubrió que, aunque su madre seguía siendo una fuerza que debía ser reconocida, también sintió un poco de lástima por la mujer. Quizá de verdad creía que lo que le había hecho a Clara fue por un deseo de proteger. O quizá se dijo esa excusa a si misma tantas veces que finalmente comenzaba a creerla. Ya no importaba. Discutir con su madre de esta manera no iba a lograr nada ni para ella ni para Clara.

“Lo entiendo, madre,” murmuró Helen.

Martha suspiró con alivio. Miró a su hija, pero Helen no quería mirarla a los ojos. Alzó su mano y levantó gentilmente la barbilla de la chica, llevando la mirada de Helen de vuelta a la suya.

“Te amo, querida, y lamento que tu padre y yo te mintiéramos. Solo deseo lo que es mejor para ti.” Helen asintió lo mejor que pudo, manteniendo sus labios cerrados. Martha tuvo el impulso de tomar a Helen y acercarla a ella por un momento, pero pensó que sería mejor no continuar con el asunto.

Bajando su mano y dando un paso atrás, Martha miró la sala de estar, dándose cuenta por primera vez que estaban solas. Avanzó hacia el sofá y tomó el periódico que su esposo había abandonado, sentándose en el sofá con

cuidado. Helen permaneció de pie en silencio, contemplando sobre qué hacer ahora, mirando sobre su hombro hacia la ventana donde ella y Clara miraban al Sr. Flint ser rechazado hace poco tiempo.

“Discúlpame,” murmuró en voz baja antes de salir determinadamente de la habitación.

Clara se sentó en una banca en una esquina reclusa del jardín, los arbustos a sus espaldas y a cada lado de ella, previniendo que fuera sorprendida por alguien que se acercara fuera de su rango de visión. Miraba la fotografía de su madre y Martha en su regazo, pero no pudo recordar cuando se desvió hacia su habitación para tomarla del joyero. Todos sus pensamientos se centraron en el rostro de la mujer de pie en la fotografía, con el rostro inquieto de Robert haciendo apariciones ocasionales y breves.

¿Qué habrá pasado con Amelia en estos veintitrés años desde que Clara nació? Martha mencionó que se habían llevado a su hermana, ¿pero a dónde? ¿Su madre habrá pensado en ella? ¿Cómo fue que ella de infante quedó al cuidado de Martha? ¿Acaso su madre la envió lejos a voluntad, o Clara fue entregada de mala manera, tomada incluso? ¿Dónde estaba su madre ahora? ¿Estaría viva? ¿Y quién exactamente era su padre?

Miró la imagen de la mujer en cuestión como si el desearlo lo suficiente, la fotografía parpadearía, se estiraría un poco, bajaría su sombrilla para cubrir la conversación de su rígida hermana, y comenzara a explicar todo. Pero en lugar de ello, la imagen permaneció estática, con una sonrisa de entendimiento burlándose de Clara desde las profundidades de su desconocido pasado.

Sentada en soledad no hacía más que hacerla sentir perdida. Entre más tiempo estaba sentada, tenía más preguntas y menos respuestas. Daban vueltas por su mente, llevándola a ningún lado. Intentó enfocarse menos en las preguntas y más en buscar la manera de obtener respuestas. Pensó que el obtenerlas de su tía o tío sería completamente inútil. A pesar de que ahora conocía la verdadera razón por la que había sido confinada a la casa y sus terrenos toda su vida, dudó que pudieran dejarla salir ahora. Quizá, intentaban con más fuerza que nunca el mantener en silencio su existencia. Fue suerte el que ella respondiera la puerta el día que Robert apareció.

O quizá había sido algo más. Quizá había sido destino. Había un dolor en su pecho cuando recordaba la emoción que sintió sobre verlo hoy. La decepción finalmente se posicionó sobre las impactantes capas de la verdad

que la habían mantenido entumecida. Él fue el primero en señalar que algo sobre su aislamiento no parecía correcto, y cuando se escapó luego de esa primera cena, él había mencionado los rumores sobre el pasado de su familia. Ella no pensó que él se volvería en su contra si le contaba la verdad sobre su madre y las circunstancias de su nacimiento. Pero la convicción con la que su tía había pintado esa imagen de desagrado y desdén habían plantado una pequeña semilla de duda en la mente de Clara. Después de todo, el tiempo que tiene conociendo y que había pasado con Robert ha sido breve. Quizá se engañaba a sí misma sobre la fuerza de la conexión que compartían.

La única manera de estar segura sería el contárselo y dejar que él reaccionara. Sería lo mejor si él lo escuchaba de sus labios en lugar de la versión sensacionalista de la verdad. ¿Pero cómo se encontraría con él para decirle? ¿Y cómo respondería las preguntas que indudablemente tendría cuando ni siquiera podía contestar las preguntas que plagaban su mente?

Clara estaba tan perdida en sus propios pensamientos, y sus ojos miraban a través de la fotografía en sus manos, que no podía escuchar que Trudy se acercaba.

“¿Hay espacio en esa banca para acompañarte?” preguntó en voz baja. “¿O te molestaría mi compañía?”

Clara no la miró, pero se hizo a un lado para que Trudy se sentara, quien hizo un espectáculo para sentarse y acomodar sus faldas, pero ultimadamente falló en que Clara la mirara. Se sentó a su lado en silencio por algunos momentos, dando un vistazo a la imagen que sostenía Clara.

Finalmente, Trudy habló. “Lo lamento, querida. No sabía toda la historia. No debí hacerte pasar un momento difícil sobre todo esto.”

“No fuiste tú la que me mintió,” dijo Clara en voz baja. “No es tu culpa.”

Trudy suspiró y alzó un brazo para ponerlo sobre los hombros de Clara, y acercando el cuerpo de la jovencita confortantemente hacia ella. Clara descansó su cabeza en el hombro de Trudy. “Pudieron no haberme contado, pero tuve mis sospechas y no hice nada al respecto.”

Clara quitó su cabeza de donde estaba, pero Trudy pudo sentir la tensión en su cuerpo y sabía que, si la veía, notaría que la frente de Clara estaría arrugada por el desdén. “¿Qué quieres decir?” pregunto lenta y deliberadamente, con su miedo añadiendo peso a cada palabra.

“Cuando fui contratada por tus padres – quiero decir... tu tía y tío – mi entendimiento del inglés no era lo que es ahora. Entendí gran parte de lo que decían en lo que a mis deberes se referían, y eso era lo que necesitaba en esos

momentos. Estaba muy agradecida de tener ese puesto que me rehusaba a cuestionar nada, asumiendo que, si me confundía, era mi culpa. Con tiempo y experiencia, comencé a creer que ella no era tu madre real, pero no tenía nada que me dijera sobre esto excepto mis instintos, y no tenía forma de saber quién podría ser tu verdadera madre.”

“Así que sabías que algo no estaba bien,” dijo Clara. “Pero no me lo dijiste.” Sus palabras estaban vacías. Trudy casi deseo que hubiera un poco de emoción detrás de ellas para poder comprender como se sentía Clara; enojo, frustración, tristeza, conmoción, o desagrado al sentirse traicionada por alguien en quien confiaba.

“No quería decirte algo cuando no podía convencerme a mí misma. No podía arrebatarte a la madre que has tenido sin tener a otra que la reemplazara. Cuando viniste a mí el otro día con tus preguntas, debí haberlo sabido entonces.”

Lentamente tomo la fotografía de las manos de Clara, llevándola a una posición donde ambas pudieran verla fácilmente. Clara se sentó un poco más erguida.

“Había escuchado sobre la hermana de tu madre de la cuidadora moribunda, pero nunca supe que fueran gemelas. La manera en que la mujer hablo sobre como la señorita Amelia había hecho algo para traicionar a la señorita Martha... no sonaba como si hablara sobre algo como el tener un bebé fuera del matrimonio. Claro, algo como eso habría causado un breve escándalo. Pero la manera en la que hablaba... sonaba más personal.”

“¿Entonces no sabes nada más sobre mi madre?” preguntó Clara con esperanza. “¿No sabes si podría estar viva en algún lugar?”

Trudy le devolvió la fotografía a Clara y apretó más fuerte su cuerpo antes de quitar su brazo.

“No lo sé. Y como te dije el otro día, la mayor parte del personal de la época de tus abuelos se fueron a otros puestos cuando tu madre – cuando la señora Davis heredó la casa. Pero creo que conozco a uno o dos a quienes les puedo escribir por información. No puedo prometer nada,” advirtió Trudy, mientras veía como las lágrimas se formaban en los ojos de Clara y crecía una sonrisa de agradecimiento. “Y tienes que prometerme que tratarás de perdonar a tu tía y tío por ocultarte la verdad por tanto tiempo. De verdad creo que no lo hicieron para lastimarte. Pude haber escuchado lo que la señora Davis dijo en la sala de estar hace rato, pero no estoy convencida de que esa fuera toda la verdad.”

Clara levantó los brazos y le dio un abrazo apropiado a Trudy. “Gracias.”

La mano de Trudy frotó la espalda de Clara de arriba debajo de la manera que lo hacía cuando ella tenía problemas para dormir cuando era niña. “No necesitas agradecerme. Solo quería que supieras cuanto lamento que no hice o dije nada antes, y que haré lo posible por ayudarte ahora.”

Una extraña calma se posicionó sobre los cuatro habitantes de la casa luego de que la verdad sobre el linaje de Clara fue revelada. Al principio, Clara pensó que podría ser la calma antes de la tormenta. Todos estaban más callados de lo normal, y se preguntó si era simplemente porque todos estaban asustados de que el hablar pudiera causar otra discusión. Pero luego se dio cuenta de que había menos tensión en la frente, cuello y hombros de Martha cada vez que miraba a Clara. Parecía como si la hubieran liberado de una carga. Le sonreía más a Clara. Cierto, muchas de ellas parecían un poco presumidas o de lástima, pero considerando lo seguido que recibía duros sermones, o miradas al borde del desprecio, Clara tomaba esas sonrisas en cualquiera de sus formas.

Si Martha se sentía liberada de una carga, también ella lo sentía. La primera vez que Clara enfrentó a Martha luego de pasar muchos años tratando de complacer a la mujer y atormentándose si fallaba, tuvo una inesperada sensación de ligereza. Ya no le importaba si tenía la aprobación de la mujer o no. De hecho, estaba muy segura de que nunca lo haría. Martha no podía ver a Clara como algo más que la hija bastarda de su decepcionante hermana, una posición que ella sabía no era su culpa. Alentada por Helen, Clara se rehusó a sentirse culpable por las acciones de los padres que nunca conoció. Ella no pidió nacer de ellos, y ciertamente no bajo tales circunstancias tan escandalosas. Simplemente debía hacer lo posible por hacer lo mejor por su vida. Solo necesitaba averiguar que significaba.

Oliver rara vez había hablado a profundidad sobre algo que no fueran sus jardines, así que había pocos cambios observados en su comportamiento, siguiendo la revelación.

Fue en Helen donde Clara pudo notar el mayor cambio en actitud y comportamiento. Cuando estaban solas, Helen era tan habladora como siempre. Hablaba sobre lo impactada y horrorizada que estuvo al descubrir la verdad sobre el secreto que su madre le estuvo ocultando y en cuanto agonizaba sobre la mejor manera de contarle a Clara.

“De verdad no quería decírtelo de esa manera,” le aseguraba mientras le

rogaba a su prima que la perdonara. “Pero al ver al Sr. Flint desde la ventana, y ver ese gesto en el rostro de madre... solo no podía dejarla salirse con la suya por más tiempo. Tenía que ajustar cuentas con ella. Sé que todo se olvidará. Iré a ver a Nora para explicarle todo, y asegurarme que le prometa al Sr. Flint que no tiene nada que ver con él y que debería visitar de nuevo.”

Clara le ofreció una débil sonrisa.

“No estoy totalmente segura de si eso es lo mejor después de todo. ¿Qué dirá Robert si se entera de la verdad? El simplemente no podría dejar todo lo que su familia ha construido simplemente porque nos llevamos bien. Incluso si a él no le importa... eso, a los otros sí. Solo será cuestión de tiempo antes de que eso salga y arruine todo.”

“Solía desear que hablaras más, pero si solo dirás tonterías, será mejor que dejes de hablar por completo,” Helen reprendió a Clara. “A Robert *no* le importará la verdad, y está en una posición donde no tiene que importarle un bledo lo que cualquiera tenga que decir sobre tales cosas. A la única que de verdad le importa hasta este punto es madre. Honestamente, se habría olvidado si no hubiera estado escondiéndote todos estos años. Ahora, causará un inmenso escándalo porque actuaba como si hubiera algo que ocultar. Las personas tienen largas memorias, y habrá murmullos aquí y allá, pero después de más de veinte años...” dijo, agitando su cabeza en desagrado. “Especialmente si todos hubieran tenido el tiempo de conocerte, que supieran quienes pudieron haber sido tus padres, al menos creciste adecuadamente y sabes cómo comportarte.”

Con eso, Clara rio. “Tienes razón. Se precisamente como comportarme, pero no hay nadie cerca para verdaderamente apreciarlo. Me pregunto porque me molesto.”

Helen la acercó con un abrazo.

“Si fuera tú, no me preocuparía tanto. Honestamente, no soy tú, y no creo que yo me preocupo tanto como tú. Pero, te ha hecho más gentil, y hay muchas ocasiones en las que quisiera saber cómo ser tan gentil. En vez de eso, cruzo por la vida alertando a todos sobre mi presencia y haciendo imposible que – pero no importa,” concluyó, abruptamente interrumpiéndose y mirando a sus manos, doblándose en su regazo. Una nube de melancolía se apoderó de Helen por un momento, y era el turno de Clara de iniciar un abrazo de apoyo.

“Escribiré,” le aseguró a su prima, refiriéndose al prolongado silencio del Sr. Brandon. “Simplemente debes ser paciente.”

“Esa es otra cosa que tienes que yo no tengo,” rio Helen, la nube se disipó. “Gentileza, paciencia... déjeme ver si hay algo más que pueda añadir a esa lista.”

“Mal carácter, persistencia, ingenuidad...” Clara comenzó su propia lista. Helen miró a Clara con una mirada un poco ofendida, causando que se riera. “Hablabas de ti. La manera en la que me has defendido una y otra vez cuando se trata de tu madre; la forma en la que descubriste la verdad en primer lugar. Desearía ser la mitad de buena en defenderme a mí misma, así como tú me defiendes.”

Helen inclinó su cabeza contra la de Clara.

“De alguna manera entre las dos, averiguaremos la manera de avanzar. Y no te rindas con el Sr. Flint todavía. Puedo ser tu intermediaria por ahora. Lo he estado haciendo muy bien a lo que a madre concierne, y ella no sospecha nada.”

Clara estaba agradecida por la oferta de Helen, pero no estaba segura del mensaje que podría o debería enviarle a Robert. “Solo le haré saber que aún piensas en él. Y a pesar de que madre y padre siguen resistiéndose a la idea de invitarlo a él y a su familia para cenar de nuevo, trabajaré en ello.”

En los días siguientes, Clara pudo notar que la forma en que Helen trataba a Martha había cambiado. Se esforzaba para ser agradable y placentero, rehusándose a ser engañada (una hazaña que impresionaba a Clara, ya que Martha parecía esforzarse para probar la resistencia de Helen). Entre más persistía en su amabilidad, más se desvanecían las sospechas de Martha y Helen era más libre de ser.

Las primeras visitas de Nora fueron hechas en presencia de su madre, como antes, y la cantidad de información que Helen fue capaz de transmitir concerniente a Clara fue limitada. Su madre le dijo a los Robinson y al Sr. Flint que Clara había sido invitada a visitar a un primo distante por un tiempo, una excelente oportunidad realmente, pero lamento perder la oportunidad de conocer mejor a los tres. Tendrían que conformarse con Helen, quien sonrió educadamente y asintió mientras su madre la miraba, pero notó la mirada de decepción de Robert un momento después, y logró hacer un gesto con la cabeza para darle la pista sobre la mentira.

“Luego pude murmurarle que seguías en casa y pensabas mucho en él, pero madre y Nora nos miraron antes de que pudiera entregarme un mensaje para ti.”

No tomó mucho tiempo para que Helen y Nora se volvieron amigas

cercanas, y Martha ya no se unía a las visitas regulares entre las casas. Se aseguró de mantener a Clara ocupada cada vez que se esperaba que Nora pasara a visitar, y pondría a una renuente Trudy para vigilarla. “Lo siento, señorita Clara,” se disculpó. “Con gusto me haré a un lado si desea bajar a ver a la Sra. Robinson. No es correcto lo que tu tía trata de hacer.”

“No quiero que pierdas tu trabajo por esto, Trudy,” le aseguró Clara.

Quería añadir algo más, pero todo lo que podía pensar era en cuanto cambiaría de opinión si Robert estuviera abajo. Se dijo a sí misma que si ese fuera el caso, encontraría la manera de mantener a Trudy fuera de la línea de fuego. No quería darle oportunidad a su tía de contratar a algún extraño, alguien que podría ser más estricto que Trudy. Además, quería guardar las disculpas y ofertas de Trudy para un favor más grande del que aún no estaba segura.

Cuando Nora se marchaba, siempre daba una última mirada a la casa, encontrando a Clara en la ventana. Nora tenía cuidado de no indicar que veía a Clara, pero ella sabía que se daban cuenta de su presencia, y que eso se lo dirían a Robert.

Helen se convirtió en su mensajera, llevando notas cortas de ida y vuelta. Solo eran cosas pequeñas basadas en pequeñas conversaciones que habían tenido; recomendaciones de libros para leer; pedazos de conversación que habían iniciado sobre política y los métodos en los que Europa utilizaba para reconstruir luego de muchos años de la guerra; historias sobre sus respectivas infancias. Solo una vez Clara preguntó sobre que quería discutir con ella el día que lo rechazaron en la puerta. Su respuesta fue breve, que no era algo que se pudiera discutir en notas, sino que requeriría misivas. Cuando llegue el momento, él tendría que involucrar a Helen. Lo que preocupaba a Clara y la mantenía de preguntar de nuevo, era el hecho de que al final de la nota, Robert se disculpó por adelantado.

Se hizo inmediatamente claro para ella el día en que Robert introdujo a Helen en lo que fuera que estuviera trabajando en secreto. Ella se fue a casa de Nora con un guiño y una sutil palmada a su bolsillo donde la nota de Robert estaba segura. Regresó con una sonrisa en su rostro, pero estaba forzada, con tensión saliendo de su frente y alrededor de su boca y sus ojos. Había poco color en su rostro, y sus ojos no miraban algo por mucho tiempo. Cuando su mirada encontró a Clara, redirigía su mirada a otro lado.

Martha se dio cuenta del comportamiento, e insinuó que Robert pudo haber hablado de un tema serio, y que Helen necesitaba tiempo para estar sola

para pensar sobre algún asunto antes de llegar a una decisión. La obvia sugerencia de un compromiso que Martha quería tan desesperadamente apareció confirmada en sus ojos cuando vio un profundo rubor en las mejillas de Helen.

Pero los ojos de Helen se fijaron en Clara, y ella sabía que el tema del matrimonio estaba tan lejos de lo que ella y Robert habían discutido como la tierra lo estaba de las estrellas. Había miedo en los ojos de Helen que abría paso dentro de Clara. Se atormentaba entre la necesidad de saber que causaba que Helen la mirara de esa manera, y el deseo de permanecer siempre ignorante. Clara se preguntó si quizá, la paciencia que creía que Helen poseía era mera renuencia ante la cara de la incertidumbre.

A pesar de estar comprometida de acompañar a sus padres a una cena en la propiedad de un viejo amigo esa noche, Helen rogó porque le permitieran quedarse en casa. Ella clamaba tener un dolor de cabeza, pero alentó a su madre a descartarlo como un síntoma de la emoción anterior y requeriría tiempo para pensar en la mejor manera para aceptar la propuesta del Sr. Flint. Helen estaba más que feliz de dejar que su madre asumiera todo con tal de que le permitiera quedarse atrás.

A sólo minutos de su partida, Helen tocó la puerta de Clara y entró, cerrándola detrás de ella.

“Robert dijo el haberte mencionado algo en una de sus notas,” comenzó Helen, sentándose en la cama junto a Clara. Ella dejó a un lado el libro que intentaba leer sin éxito.

“Lo que fuera, por favor no intentes suavizar el golpe o hacérmelo más fácil,” rogó Clara. “Fue mi críptico, y ha estado consumiéndome, pero al ver tu rostro cuando volviste a casa hoy... solo dime.”

Helen asintió por unos momentos, sin intención liberando la agonía de Clara. “Primero, él ya sabe la verdad sobre tu linaje,” dijo, mirando para estimar la reacción de Clara antes de continuar.

“¿Desde cuándo lo sabe?” preguntó.

“No lo dijo, pero tengo la impresión de que ha sido desde hace tiempo,” respondió Helen, sacando un papel doblado de su bolsillo.

Clara pensó en la primera cena que tuvieron con él, y su encuentro en la oscuridad, los rumores que le mencionó. Él debía darse a la tarea de determinar sobre cuales eran verdaderos y cuales eran falsos en los siguientes días. “Él nunca dijo nada...” murmuró, sin darse cuenta de que hablaba en voz alta.

“A él no le molesta,” dijo Helen seriamente, tomando la mano de Clara.

El contacto hizo que Clara se enfocara en el rostro de Helen, encontrando que calidez y serenidad se habían colocado en su pecho. Las notas que se intercambiaban de repente no eran suficientes. Ella lo extrañaba. La noche que él, Clifton y su esposa habían pasado en su casa volvió para abrumarla. Sintió su calor al estar sentada junto a él durante la cena; la forma en que su sonrisa le hacía un nudo en el estómago y llevaba calor a sus mejillas; la manera en que su aliento le hacía cosquillas cuando se acercaba para decirle algo al oído, con el propósito de hacerla reír. Quería verlo de nuevo. No quería que Helen fuera su intermediaria, decirle algo cuando originalmente planeaba decirlo ella misma.

“¿Me escuchaste?” preguntó Helen en voz baja, agitando la mano de Clara para tener su atención.

“Lo siento, no. Me distraje un poco. Realmente no le importa el hecho de que soy una...” no pudo terminar de decirlo.

“No. De hecho planeaba decírtelo el mismo ese día.”

“¿De eso quería hablar?” preguntó Clara, cuidadosamente. “¿Eso es todo? ¿Le dijiste que se la verdad? ¿Qué me enteré ese mismo día de todas formas?”

“Mencioné lo que paso a todos ellos hace una semana,” confesó Helen. “Me aseguran que no solo no hace ninguna diferencia en su opinión sobre ti, también que llevarán la verdad a la tumba. Nora ha estado intentando idear un plan para que pueda venir a verte cuando está aquí de visita, pero madre logra retenerla cuando intenta deambular ella sola y explorar. Está ansiosa de atrapar a madre en su mentira.”

“Entonces...” dijo Clara, con la ansiedad subiendo de nuevo. “¿Qué pasa?”

Helen desdobló el papel y se lo entregó. “Él quería decírtelo el mismo, y sabía que probablemente tendrías... preguntas. Pretendía hablarlo a fondo contigo primero, pero no ha podido venir a verte... Comenzó a buscar las respuestas que él pensó que querías tener.”

Clara examinó el papel en sus manos, pero no pudo darle algún sentido. Tenía el nombre de su madre, Amelia Campbell, escrito junto a una dirección que no reconocía.

“No pudo descubrir quién es tu padre – era – pero Robert logró localizarla,” explicó Helen. “De hecho no está muy lejos de aquí. Fue internada por su familia, y ahí es donde naciste, pero poco después que

nuestros abuelos murieran y madre heredara la casa, ella hizo que la tía Amelia se fuera. En ese punto, la mayoría de la gente dejó de hablar sobre todo lo que paso, y muchos ya han de haberlo olvidado hasta ahora. Le tomó a Robert un tiempo en rastrearla.”

“¿El... ha hablado con ella?”

“No. Él quería que todo eso fuera por tu cuenta. Si quieres saber más sobre... bueno, sobre todo, ella es quien lo sabrá.”

Clara asintió lentamente mientras trataba de absorber lo que le habían dicho. Su madre seguía viva. Y lo que era más, vivía a no menos de un día de viaje, y lo estuvo la mayor parte de la vida de Clara.

“Quieres...” comenzó Helen, pero se detuvo. Clara la ignoró. Más que decirle sobre la identidad de su padre, ¿qué más le podría ofrecer su madre? Si lo que su tía dijo sobre su madre era verdad, ¿podría Clara confiar en lo que sea que dijera? Pero entonces, ya que la mujer le había mentado toda su vida, ¿cómo podía creer en cualquier cosa que su tía dijera en primer lugar?

Helen comenzó de nuevo su pregunta. “¿Quieres... que yo... vaya a verla por ti?”

Clara miró sobre la página, con determinación reemplazando la ansiedad. Las cejas de Helen se levantaron expectantes. “No. Quiero verla yo misma.”

Helen estaba en una incómoda posición al tratar de ser la razonable. “Clara, ¿cómo esperas hacerlo? Madre no te deja bajar las escaleras cuando hay invitados. ¿Cómo vas a escaparte de la casa por un día entero?”

“Ya pensaré en algo. Necesitaré tu ayuda,” dijo, levantándose de la cama y caminando por la habitación mientras pensaba en como unir las piezas de un plan viable. “Y Robert. Necesitaré su ayuda también. Quiero verlo. Necesito hablar con él. ¿Podrías traerlo aquí?”

Helen parpadeó y abrió la boca, pero terminó asintiendo con certeza. “Por supuesto. Puedo hacer que visite con los demás en un día o dos. Pero madre estará extremadamente vigilante y se asegurará que piensen que sigues fuera. Ella ya me pidió el decirles que fuiste invitada a extender tu estadía con esos primos imaginarios nuestros. No me sorprendería que te casara con uno de ellos o te enviara a Europa con ellos.”

La mención de la descarada mentira de Martha hizo que Clara apretara los dientes. “Si puedes hacerlo venir, encontraré la manera para verlo.” Helen asintió, admirando en silencio la fuerte resolución de Clara. Sabía que Clara perseveraría, y no pudo evitar sonreír.

Dos días después, Robert llegó junto con Clifton y Nora, tomando a Martha y Oliver por sorpresa.

“No esperábamos visitas hoy,” exclamó Martha, rápidamente adoptando una sonrisa que no podía cubrir su frustración. “Pediré un poco de té y haré que el cocinero prepare algo. ¿Hay algo en particular que les gustaría?”

“Oh, no. No se preocupe por eso,” protestó Nora. “Sé que estamos interrumpiendo. Pero Helen me estuvo contando el otro día todo sobre la belleza de sus jardines y como estaban progresando, y me enojaba conmigo misma porque seguía olvidando el preguntar si podía verlos cada vez que vengo. Se los mencioné a Robert y a Cliff esta mañana, y les sugerí el visitarlos para verlos. Espero no les moleste...”

Con la mención de su amado pasatiempo, el rostro de Oliver se iluminó, y ya estaba casi afuera de la puerta, acompañándolos antes de que Nora pudiera terminar su petición. Helen los seguía de cerca seguida por Martha, quien se movía lentamente, respirando hondo, y haciendo notas mentales sobre como discutiría la reacción de su esposo con el después. Se encontró con Trudy en el pasillo y tomó el brazo de la mujer.

“¿Hay algo que necesite de mí, señora?” preguntó Trudy, educadamente removiendo el brazo del fuerte agarre de su empleadora.

“¿Dónde está Clara? ¿Está en su habitación?”

“Eso creo, señora. Estaba en el jardín esta mañana, pero el olor de las flores la hizo sentir mareada. Me dijo que planeaba entrar y tomar una siesta,” respondió Trudy en voz baja. “¿Porque? ¿Necesita que la busque para usted?”

Martha fulminó a Trudy, quien sabía que estaba solamente fingiendo ignorancia de la llegada inesperada de sus invitados. Trudy había sido tan obediente como siempre en estas últimas semanas, pero algo en su comportamiento y actitud habían cambiado, y Martha lo encontraba inquietante.

“No. Asegúrate de que se quede en su habitación hasta que la llame,” le instruyó, con un tono severo.

“Por supuesto, señora,” asintió Trudy.

“Madre,” la voz de Helen la llamó desde el otro extremo del pasillo. “¿No vienes?”

Martha se giró y se fue junto a los demás.

Clara hizo lo posible en no agitar las ramas de los arbustos en sus

espaldas. Se heló cuando escucho las voces acercarse y rezó por que el plan se mantuviera. No pudo distinguir que era lo que decían, y luego de una breve pausa, la voz comenzó a alejarse de nuevo. Murmullos y pisadas se movían por el camino hacia la alcoba donde ella se escondía, y de pronto estaba cara a cara con Robert y Helen.

“Ustedes dos no tienen mucho tiempo,” advirtió Helen. “Padre recordará el haber omitido este lugar en algún momento.” Miró hacia atrás por dónde venían, vigilando por el regreso del grupo que habían abandonado. “Espero que madre le haga pensar que Robert y yo queremos un momento privado juntos.”

Ella miró a Robert y a Clara, ruborizándose cuando los vio cómo se miraban el uno al otro, y dándose cuenta que no le prestaron atención a lo que decía.

“Iré a vigilar. Escuchen por mi señal.” Giró los ojos y caminó unos pocos pasos por el sendero, dejándolos que hablaran a solas.

A Clara se le hizo difícil parpadear o respirar o hablar ahora que Robert estaba finalmente parado a poca distancia frente a ella. El parecía tener los mismos problemas. Ella se alejó de los arbustos y puso sus manos frente a ella, tomando el libro para que sirviera de excusa si la atraparan fuera de su habitación por cualquiera (cualquiera, por supuesto, significaba Martha). Abrió la portada del libro y tomó la página doblada que tenía el nombre y la dirección de su madre.

“Lo siento,” dijo Robert, rompiendo el largo silencio. “Debí preguntarte primero antes de meter mi nariz en tu pasado, antes de intentar encontrar a tu madre. Debí saber primero si era eso lo que querías.”

“Quiero verla,” dijo Clara francamente. “Quiero conocer a mi madre.”

“Por supuesto que sí,” simpatizó Robert. “Es natural... ¿Pero has pensado en cómo será? ¿El verla, hablar con ella?”

“Quiero que me lleves.”

“¿Qué?” su voz sonó más fuerte. “No puedo llevarte,” protestó, sorprendiendo a Clara, quien dio un paso atrás, acercándose a los arbustos.

“Pero tienes que. Tú la encantaste. Eres el único que conozco fuera de algunos miembros del personal de aquí. Tienes un auto. Puedo escaparme de la casa durante la noche y hacer que Trudy me cubra. Les dirá a todos que estoy enferma y que no dejaré mi habitación. Cuando volvamos en la tarde, esperaré a que este oscuro para escabullirme dentro. Nadie más que Trudy y quizá Helen se enterarán.”

“Es muy peligroso,” advirtió. “Tu madre — perdón, tu tía nunca... Alguien nos verá y le dirá a los demás.”

“Pensé que al Sr. y la Sra. Robinson no les importaría... que soy... una—”

“No les importa. Te conocen. Pero nadie por aquí ni siquiera saben que existes.”

“Exacto. No lo sabrán o no les importará si me ven.”

“Saben quién soy ahora. Me he quedado con Cliff y Nora lo suficiente; estoy familiarizado con la mayoría de las familias de estos lugares. Si alguno de ellos me viera con una mujer desconocida...”

“Entonces te preocupa tu reputación,” expresó Clara.

Quiso decirlo como una pregunta, pero no salió de esa manera. Lo dijo sin emoción, sin acusación, pero eso fue lo que golpeó más profundo en el pecho de Robert. Él estaba preocupado sobre qué diría su madre si alguien lo viera con Clara, los rumores que saldrían porque su identidad era desconocida. ¿Sería mejor o peor si le decía la verdad sobre Clara, quien era ella y como había nacido? Mientras su padre yacía moribundo, resistiendo mucho tiempo y perdiendo la noción del tiempo y quien estaba con él, a Robert se le imploró que jurara, que prometiera que cuidaría y protegería a su madre.

¿Era eso lo que estaba haciendo ahora? Ella lo presionaba para que se asentara, preguntando en si habría alguna joven que hubiera conocido que le interesara en perseguir. Él lo sabía, a pesar de sus protestas y negaciones, ella sabía que había conocido a alguien que había tomado su interés (a Nora y a Clifton se les debió escapar, si no a su madre directamente, sería a su tía quien no podía guardarse nada para sí misma, aunque así lo quisiera).

Peleó con el impulso de ser delicado con su madre, que era el impulso para cuidar de Clara, en darle lo que ella sea que quisiera. Él no era responsable por la inexcusable manera en que fue criado; él había sido quien le había mentido a Clara y sobre Clara. Pero sintió que debía compensarla en cualquier forma posible. Él no podía imaginar cómo debía ser para ella, lo que estaba pasando, el descubrir que todo lo que había conocido era una mentira. Y si había algo, lo que sea con lo que pudiera ayudarla, quería desesperadamente hacerlo. Quería ganarse su gratitud.

Él quería encontrar la manera de agradecerle por como lo hacía sentir cuando sonreía o se reía de alguna de sus ridículas bromas, por entenderlo cuando hablaba de su padre y las expectativas que sentía algunas veces lo aplastaban. Algunas veces el solo pensar en ella le ayudaba a encontrar

fuerza. Si él podía hacer eso por ella, lo haría.

“Muy bien, te llevaré,” aceptó. La persistente sensación de que esto terminaría mal fue reprimida con una sonrisa de agradecimiento que iluminó su rostro, y la manera en como lo rodeó con los brazos, acercándolo a ella por uno momento antes de alejarse de repente y ruborizarse profundamente.

“Lo siento,” balbuceó. “Solo quería... gracias por—”

“Está bien,” le dijo, mirando hacia abajo, a la cuidadosamente tratada tierra bajo sus pies. “No tienes que... Solo quiero asegurarme que lo pensaste bien,” dijo. La miró a sus ojos e impulsivamente tomó una de sus manos. “La verdad... lo que ya sabes, debe ser doloroso para ti. ¿Crees que descubrir más de ello lo hará más fácil?”

“No lo entiendo,” dijo Clara. “Tú eres quien quiso esforzarse para encontrarla por mi... Si crees que es tan mala idea, ¿por qué la buscaste en primer lugar?”

“No sabía lo que iba a encontrar. Pero ese lugar, en donde ella está... Ciertamente no es lo que esperaba. ¿E ir a verla en persona... emboscarla de esa manera? Es solo... pensé que querías... no lo sé... escribirle algo primero... quizá.” Su aliento se detuvo mientras Clara, aun sosteniendo su mano y tomando el libro con la otra, se acercó. Había poca distancia separándolos ahora. Ella podía oler el polvo y el cuero, y algo más, tabaco quizá, adheridos a su abrigo, mezclándose con los aromas florales del jardín.

“No puedo arriesgarme a que alguien alerte a mi tía,” murmuró. “Si le escribo, alguien en las instalaciones se dará cuenta y seguramente la contactarán. Entonces ella enviaría a mi madre a algún otro lugar, y tratará de descubrir quién me estaba ayudando y por qué.”

“Eso suena un poco extremo—” empezó a objetar Robert.

“Ella les dijo a ti y a tu familia que estoy fuera visitando a unos primos imaginarios fuera del estado,” le recordó Clara con voz baja pero francamente. “Está determinada a hacer una pareja entre tú y Helen. Quizá la única persona que he conocido que es más obstinada cuando se trata de cosas que le interesan, es Helen.”

Robert sonrió y una risa pequeña sonó en su pecho. Su pulgar estaba acariciando sin pensar el dorso de su mano. Clara temió que sus palmas comenzaran a sudar, pero no podía pensar en alejar su mano de su tacto. “Es muy persistente,” comentó. “¿Estas segura que te cubrirá?”

El soltó su mano, pero la decepción instantánea fue olvidada cuando tomó entre sus dedos el relicario en el cuello de ella.

“Hay pocas personas en las que confío que me ayudarán.” Lo dijo en voz muy baja, no estuvo segura de sí la había escuchado. Casi no podía escucharse sobre su acelerado corazón y su rápida y áspera respiración. “Cuando sepas que día sea mejor para ti, hazle saber a Helen. Me escabulliré y te veré en el camino, pero tendrá que ser muy temprano. Entre más temprano empecemos, menores son las probabilidades de que alguien nos vea en nuestro camino allá.”

El asintió y murmuró, “Está bien,” pero sus dedos habían dejado de jugar con el relicario y avanzaron por su cuello hacía su barbilla. Clara cerró los ojos y tragó saliva, tratando de evitar temblar. El trazó su quijada desde debajo de su oreja hasta su barbilla, levantando su rostro, acercándola. Se preparó para el beso, pero en su lugar escucho el fuerte y breve silbido que era la señal de Helen. Ella saltó hacia atrás, y las ramas del arbusto se clavaron de nuevo en su espalda, enredándose en su cabello. Helen apareció en la esquina y le hizo señas a Robert para que se le uniera. Parecía ser un gran esfuerzo para Robert el enderezar su postura y avanzar hacia Helen. Miró a Clara una última vez antes de desvanecerse por la esquina.

Ella suspiró, cerró sus ojos, y se reclinó aún más en los arbustos, tomando el libro más cerca de su pecho mientras lamentaba el momento en que Helen apareció y el beso que no pudieron compartir.

Fue casi una semana antes de que Helen entrara en la habitación de Clara una mañana para decirle que Robert tenía todo preparado y la esperaría la mañana siguiente.

“¿Es suficiente tiempo?” se preocupó. “¿Cómo vas a salir?”

“Le haré saber a Trudy. Se asegurará de que no me molesten mañana debido a que estoy enferma. Entrará y saldrá de mi habitación para cuidarme y mantendrá a todos informados de mi condición,” logró explicar Clara tranquilamente, incluso al sentir que sus nervios habían despertado y la abrumaban con impulsos contradictorios de levantarse, sentarse, caminar por la habitación, mover su pierna, y agitar sus manos.

“Me sentaré contigo también,” ofreció Helen, tomando el brazo de Clara con emoción. “Si ella se entera de lo enferma que estas de Trudy y de mí, tendrá que creerlo.”

“Está bien, pero no lo hagas sonar muy serio para que ella no llame a un doctor,” advirtió Clara. “Ahora bajemos a la sala de estar. Ella necesita ver que no me siento bien hoy para que crea que no podré salir de la cama

mañana.”

Clara sostuvo la fotografía de su madre y su tía en sus manos, debatiendo entre si debía llevarla con ella o no. La tapa del joyero estaba abierta y el relicario que Helen le había dado descansaba sobre la pila de notas que Robert le había enviado. Bajó la fotografía mientras tomaba y ajustaba el relicario en su cuello. Sabía cuanto odiaba su tía que ella lo usara. Martha aún reprendía a Helen de vez cuando por dárselo a Clara, y ese fue el momento que el consentimiento de ella con su madre se había terminado.

“No te pedí que me lo dieras, no me preguntaste si lo quería o si me gustaba, y nunca me dijiste cuando significaba para ti o porque,” le reclamó una tarde a Clara cuando ella salió hacia su habitación. No había avanzado mucho por el pasillo para no poder escuchar, y Helen no intentó bajar la voz. “Si me pudieras decir que es tan especial sobre él, le pediría a Clara que me lo devolviera.” Clara se aseguró de estar lejos antes de que su tía pudiera salir de la habitación y darse cuenta que ella estaba escuchando.

En la suave luz de su habitación, Clara sostuvo el relicario entre sus dedos, pasando su pulgar sobre la bisagra y recordando cuan cerca estuvo Robert cuando hizo lo mismo. No había descubierto que, si había algo, contenía el relicario. Cada vez que sentía curiosidad, lo estaba usando y no podía quitárselo para saciar su curiosidad. Probablemente no importaba; quizá estaba vacío. ¿Quizá podía guardar dentro algo de Robert? ¿El botón de aquella primera cena podrá caber?

Escuchó los tableros del suelo del pasillo crujir mientras alguien se acercaba. Tomó la fotografía y la guardó en una pequeña bolsa que ya contenía unas piezas de pan envueltas en una servilleta y una pequeña manzana. No tenía mucha hambre para cenar, pero mientras los demás no dijeron nada porque ella estaba enferma, sabía que solo eran nervios. Nunca se había alejado más que unos pocos pies más allá de la línea de la propiedad, y ahora enfrentaba la idea de aventurarse varias millas lejos de casa. No quería que su apetito la tomara por sorpresa al salir y al regresar.

Hubo un ligero golpe en la puerta antes de que Trudy la abriera. “¿Estas lista?”

“Si,” murmuró Clara, dejando que la mujer la guiara en un complicado camino a través de la casa y saliendo por la puerta de entrada de los sirvientes, en la parte trasera. Clara había intentado escaparse por el mismo lugar cuando se encontró con Robert, pero Trudy sabía de otra (mucho menos

complicada) salida más segura. Clara solo esperaba memorizarlo bien cuando tuviera que regresar por el cuándo volviera más tarde.

“Buena suerte,” dijo Trudy mientras Clara salía a la oscuridad.

Aún faltaba una hora o dos para el amanecer, pero Robert podría aparecer en cualquier momento. A pesar de lo temprano, era cómodo estar afuera. Clara tomó prestado uno de los largos abrigos de Helen para usar en el auto. “Tienes que usarlo, o estarás cubierta de polvo en menos de cinco minutos,” insistió Helen. Era un poco grande para su cuerpo pequeño, pero serviría para mantener limpias su nueva falda y su blusa.

En donde la propiedad se encontraba con el camino, Clara miró a ambos lados de la vía, insegura de por dónde aparecería Robert. Muy ansiosa para estar quieta, simplemente adivinó y miró a la izquierda. No caminó rápido. Estaba muy ocupada examinando a su alrededor mientras la oscuridad de la noche comenzaba a aclararse con el próximo amanecer. Cada canto de pájaro movía su cabeza en otra dirección mientras miraba árboles desconocidos y escudriñaba las casas por las que pasaba. Un punzante olor tomó su atención y miró hacia unas vacas siendo guiadas a una pastura por un granjero. No imaginó que alguien estuviera despierto tan temprano. Pero mientras escuchaba las protestas de las vacas, otro ruido se hacía más fuerte y demandó su atención.

Clara notó que un auto se acercaba desde la dirección de su casa. Entrecerrando los ojos por la suave luz de la mañana, reconoció que el conductor era Robert. Por supuesto, ¿quién más podría ser? Se puso a un lado de ella y detuvo el auto lo suficiente para salir, abrió la puerta del conductor, y la sostuvo para que ella entrara.

“Me tenías preocupado,” la regañó mientras ella se maravillaba con el auto y se sujetó, con una sonrisa nerviosa en sus labios. “Se suponía que nos veríamos en el extremo de la propiedad de tus padres, y sabía que llegue más tarde de lo que pretendía. Cuando no estabas ahí—”

“Llegué ahí muy temprano, y no me quería arriesgarme a que me vieran. Y... nunca había estado más allá del camino antes,” confesó en voz baja.

Robert juntó los labios en una delgada línea. Clara esperaba que no estuviera molesto con ella, pero temió preguntar. En vez de ello, veía al mundo pasar fuera de la ventana, contemplaba las vistas mientras comenzaba a amanecer, y la luz se esparcía por el horizonte. En algunos momentos, pasaba demasiado rápido y tenía que cerrar los ojos para evitar marearse, pero no podía mantenerlos cerrados mucho tiempo. Se admiraba por las

colinas, los campos abiertos, y las huertas ordenadas; preguntó sobre las casas y las propiedades, grandes y pequeñas, mientras se entrelazaban por el valle y a lo largo del río. Robert hizo su mejor esfuerzo en decirle quien vivía donde, pero solo había estado en el área por poco más de un mes, así que su conocimiento era un poco mejor que el de ella.

Mientras entraban a otro pueblo, y las grandes propiedades eran reemplazadas por casas y granjas más pequeñas y prácticas, Clara comenzó a charlar sobre las cosas que había leído en libros e inventó historias sobre las personas que vivían ahí. Robert seguía mirándola, con una sonrisa rara, y una mirada suave en sus ojos. Ella lo atrapó haciendo eso y preguntó, “¿Qué?”

“Es solo que... encuentro increíble como... bueno, cuán... emocionada estas sobre todo esto,” dijo vacilante.

“Nunca había visto antes algo como esto,” respondió en voz baja, pero su asombro aún tangible en su voz.

“Exacto,” se interpuso. “Has sido tratada... Te mantuvieron alejada de esto por tanto tiempo... y en lugar de estar molesto, o enfocarte en cuan injusto ha sido... tú estás... agradecida y sorprendida. Ni una pizca de resentimiento o pesar, sin sentir pena por ti. Solo estas disfrutándolo.”

Clara rio con la nariz. “Me estás dando demasiado crédito.” El rio, pensando que ella se burlaba. “Solo hago lo posible por distraerme de lo que estoy haciendo, a donde vamos, a quien conoceré hoy. El hecho de que todo esto es nuevo y extraño solo lo hace más fácil.”

Sus labios se juntaron de nuevo. Quería tomar y apretar su mano, o tomarla entre sus brazos para consolarla, pero necesitaba enfocarse en el camino. La gente se preparaba para iniciar sus días, y en muchos casos, eso significaba salir a pie, en caballo, o en vagones y carretas. Maniobrando entre tantos obstáculos era difícil, especialmente cuando muchos eran renuentes a ceder el paso.

“¿Has pensado en qué le dirás a ella?” preguntó Robert luego de varios minutos de silencio.

“Por supuesto. No he decidido en algo,” admitió. “Incluso si planeo algo, dudó en poder decirlo cuando la vea. Creo que tendré que esperar y ver que importa más cuando llegue el momento. Quiero saber sobre mi padre. ¿Pero cómo se supone que lo mencione? No sé ni siquiera si estaré feliz de verla o si tendré que usar todo en mi para no gritarle.”

“Guarda tus gritos para tu tía,” aconsejó Robert. Su tono era frío y Clara pudo sentir cuanto odiaba los juegos que Martha los había forzado a jugar.

“¿Cuánto fue lo que te dijo Helen?”

“Todo. No sé si puedo creer la mitad de todo eso, pero Helen no lo hace tampoco.”

“Es bueno que tú y Helen se lleven bien,” dijo Clara con una risa, intentando levantar sus ánimos. “Hace que nuestros planes sean más fáciles.”

“Estoy cansado de planear,” dijo. “Solo quiero pasar tiempo contigo. Ya no quiero seguir escondiéndome.”

El aliento de Clara quedó atrapado en su pecho. Ella levantó una mano y la puso cómodamente en su hombro. “Estamos juntos ahora,” señaló. El no dijo nada más, pero su sonrisa alegró a Clara y la ayudó a calmar sus nervios con los que estuvo peleando desde que su plan había tomado forma.

No fue tan difícil entrar a las instalaciones para ver a su madre como Clara pensó que sería. Todas las mentiras y las historias que había preparado eran innecesarias. Simplemente pidieron verla, y se les ofreció un asiento en una habitación privada para esperar mientras iban a buscar a Amelia en su habitación.

Tan pronto la enfermera dejó la habitación, Clara saltó y comenzó a caminar. Robert, inseguro en que sería de más ayuda, se levantó también y comenzó a examinar la habitación, comentando sobre su estado.

“Muy limpio. Cómodo también. Me preguntó si tendrán muchos visitantes. Parecen estar bien preparados. Me avergüenza admitir que no investigue sobre qué tipo de lugar era este. Estaba muy sorprendido de encontrarla.”

“Tratamos de hacer lo que es mejor para nuestros pacientes,” explicó la voz de un oficial.

Clara y Robert miraron hacia la puerta donde estaba de pie un oficial en un limpio y gastado traje. Usaba anteojos que resbalaban de su nariz, requiriendo ajustes regulares. Su calva cabeza brillaba a través de los pocos cabellos peinados meticulosamente en un intento por abarcar la distancia de un lado al otro. Sostenía unas carpetas bajo un brazo y un papel en el otro.

“Dado que nuestros pacientes están con nosotros por largos periodos de tiempo, encontramos que es beneficioso para ambos si somos gentiles con ellos y les permitimos ciertas libertades. Los mantiene contentos... conformes... manejables. Algunos nos consideran muy progresivos en nuestros métodos o poco exigentes en nuestra disciplina. No entienden que intentamos hacer aquí. Pero parece no importar mucho al final. Nuestros

registros hablan por nosotros, y tenemos cuidado sobre la evaluación de nuestros solicitantes.”

“No era mi intención suponer—” comenzó Robert a explicar en defensa, pero el hombre lo interrumpió.

“No era mi intención sugerir que lo hacía. Soy el Dr. Thompson. Soy el director de estas instalaciones. Entiendo que están aquí para ver a la... ¿señorita Campbell?” preguntó, sacando una nota de su bolsillo para referencia.

“Si,” dijo Clara, dando un paso adelante. “Nos dijeron que estaría bien incluso si no hicimos una cita.”

“Por supuesto,” El Dr. Thompson dio un paso al frente también, cerrando la distancia entre ellos y levantando su mano para tomar la de Clara. “Los visitantes son alentados a pesar de que los familiares de los pacientes lo encuentren... difícil.” Alzó la mano para tomar la de Robert cuando terminó con la de Clara.

“Hace poco me entere que ella estaba aquí,” explicó Clara con un murmullo, a pesar de que eran los únicos en la habitación. “Ni siquiera sabía que aún estaba viva hasta—”

Pero el Dr. Thompson levantó una mano, interrumpiéndola antes de que pudiera terminar.

“Lo que importa es que están aquí ahora. Estoy aquí para proveer información sobre la condición de la señorita Campbell mientras las enfermeras se aseguran que esta lista para ustedes.”

Movió su brazo para indicar que deberían tomar asiento antes de abrir una de sus carpetas y revisar sus contenidos. Parecía estar familiarizado con ellos porque lo cerró rápidamente y comenzó a hablar sin mayor referencia.

“La señorita Campbell ha estado con nosotros ya por muchos años. Antes de convertirme en directos, y antes de que una cantidad de nuestros policías cambiaran. Parecía estar inicialmente muy combativa. Antagónica a las enfermeras y a los otros pacientes. Realizó algunos intentos por escapar, pero respondió bien a los nuevos procedimientos y terapias. Se ha calmado mucho. Tiene dificultades cuando se trata del tiempo. Puede confundirse sobre qué año es o cuánto tiempo ha estado con nosotros. Mantenemos sus horarios e interacciones regulares, y eso le ha ayudado en estos años. Ocasionalmente formó parte de un programa donde puede interactuar con los miembros de la comunidad más allá de nuestras instalaciones, pero esta más cómoda quedándose aquí.”

“¿Se le permite salir de la propiedad?” preguntó Clara, confundida.

“Mientras este enlistada como nuestra paciente, debe ser supervisada,” explicó el Dr. Thompson. “Pero muchas de las razones por la que ha sido internada aquí se han desvanecido. Me parece que ella puede irse e integrarse de vuelta a la sociedad. La transición no sería fácil, pero creo que es posible. Mientras la paciente acceda, pero la señorita Campbell muestra una particular renuencia. Necesitaríamos firmas de los miembros de su familia quienes estarían dispuestos a tomar responsabilidad por ella. Ella no desea que nosotros llamemos a su hermana, aunque, me parece que sus padres han fallecido.”

La mano de Clara tomó la de Robert ante la posibilidad de la liberación de su madre. No pudo controlar el lugar al que su mente se aceleraba; una imagen de ella y su madre abrazándose para luego caminar tomadas de la mano hacia una pequeña pero bien conservada casa, ambas siendo libres. Por supuesto, no conocía aún a la mujer y eso era una esperanza imposible.

“Gracias, Dr. Thompson,” dijo Robert. Clara se dio cuenta que ambos estaban esperando a que respondiera. “Será mucho tiempo antes de que —”

“¿Qué quieren decir con que hay una joven pareja que quiere visitarme?” escucharon la voz de una mujer preguntar por el pasillo afuera de la puerta. Clara se preparó en su asiento, apretando la mano de Robert a tal punto donde ella sabía que le estaba doliendo. “No hay nadie que sepa que estoy aquí a quien yo quisiera ver, así que, si me permiten estar en paz, volveré a mi habitación y...” La mujer se detuvo y adoptó una sonrisa educada mientras la enfermera la guiaba por la puerta hacia la habitación.

El Dr. Thompson fue hacia ella y levantó un brazo para que ella lo tomara. La guio hacia donde Clara y Robert se habían levantado para conocerla. “Señorita Campbell, ellos son...” pero nunca les había preguntado sus nombres.

“Clara. Clara Davis,” tartamudeó. “Y él es el Sr. Robert Flint.”

“No sé quiénes son,” le protestó Amelia al Dr. Thompson, pero la mirada de Clara llamó de vuelta su atención. “Espera... ¿Dijiste, Davis?”

“Si, señorita,” respondió Clara en voz baja, asintiendo.

“¿Martha te envió?” preguntó Amelia, cautelosamente.

“Ella no sabe que yo estoy aquí.”

Amelia le dio unas palmadas al Dr. Thompson en el brazo. “Supongo que está bien. ¿No estará lejos, ¿verdad? No sé cuánto resistiré con esto.”

“Sabe dónde está mi oficina,” dijo, calmándola mientras le ayudaba a

sentarse en una silla y comenzó a alejarse. “Hay una campana justo ahí. Suénela y una enfermera vendrá para regresarla a su habitación cuando esté lista. Les dejaré tener privacidad.”

“De hecho,” dijo Robert, deteniendo al Dr. Thompson. “¿Le molestaría darme un recorrido por las instalaciones? Me gustaría saber más sobre sus... métodos progresivos, me parece que los llamó.”

“Por supuesto.”

El Dr. Thompson parecía complacido mientras guiaba a Robert fuera de la habitación, cerrando la puerta, pero sin colocar el pestillo. Los ojos de Clara se abrieron mientras le rogaba sin hablar a Robert que no la dejara a su suerte con una extraña sentada frente a ella. Pero él le dio una mirada con la que no pudo discutir, y ella sabía que necesitaba hacer esto por su cuenta. Él había ido más allá de lo que ella tenía derecho de pedirle al llevarla ahí.

“Parece que alguien estará en problemas al volver a casa esta noche,” comentó Amelia casualmente mientras los veía irse.

Cuando se habían ido, Clara tomó un momento para mirar a Amelia. No debió sorprender a Clara cuanto se parecía a Martha, pero lo hizo. Su porte era distinto, pero no era de la manera suave y gentil que la fotografía de las dos hermanas sugería. Los hombros de Amelia se inclinaban hacia adentro, como si intentara doblarse en ella misma. Había más gris en su cabello que en el de Martha, pero había menos líneas en su rostro. En general, había un sentido de tristeza, de resignación sobre Amelia. Era más alerta, y prestaría más atención, pero dejaba a su observador preguntándose cuán profundo podría entrar cualquier cosa.

“Bueno, Clara Davis. Debes ser la hija de Martha. Supongo que eso te convierte en mi sobrina. ¿Qué te trae aquí? ¿Acaso tu querida madre finalmente dejó salir que ella tiene una hermana? ¿Te sorprende saber que somos gemelas?”

“De hecho, no soy su hija,” dijo Clara en voz baja. “Soy... tu hija.”

Todo el color se había escapado del rostro de Amelia, y agitó lentamente la cabeza de lado a lado, reacia o incapaz de aceptar lo que Clara le decía.

“No es... no. Me dijeron que... Ella murió.”

“No sabía que existías hasta hace unas pocas semanas,” admitió Clara. Sacó la fotografía y la sostuvo para que Amelia la tomara, pero la mujer ni siquiera miró abajo. Estaba estudiando el rostro de Clara, buscando algo que ella pudiera reconocer. Clara guardó la fotografía de nuevo y se sentó con sus manos moviéndose nerviosamente en su regazo. “¿Pensaste que... estaba

muerta?”

“El lugar en donde me tenían antes de este lugar era... ni siquiera puedo hablar de eso. Fue una pesadilla. No se le permitía a nadie que me visitara. No podía escribirle a nadie. Sabía que me habían mentido... mi hija fue tomada de mi tan pronto como nació. No lloró de inmediato, y debían hacer que respirara... dijeron que no lo logró. Ni siquiera me dijeron que tuve una niña hasta que me dijeron que ya no tenía nada.” Las lágrimas se acumularon en los ojos de la mujer mientras miraba el rostro de Clara lo suficiente como para limpiarlas. Continuó moviendo su cabeza en negación. “Les rogué y les imploré que me liberaran, que me permitieran volver a casa, el hablar con... pero me dijeron que no podían. Mis padres no podían soportar mi... desgracia. Dijeron que... nadie me quería. Cuando... ella murió... me rendí. Dejé de pelear. No quise – ¿de dónde conseguiste eso?”

De repente Amelia se levantó de su asiento y comenzó a acercarse.

Las manos de Clara se movieron hacia el relicario sobre su cuello, tocándolo nerviosamente con el amuleto mientras Amelia hablaba. Con la exclamación de Amelia, las manos de Clara se detuvieron.

“Era de mi tía,” murmuró, cubriendo el collar, protegiéndolo.

“¿Martha te dijo que era de ella?” Había una mezcla de disgusto y dolor en el tono de Amelia.

“Se lo regaló a Helen, y ella me lo dio a mí,” dijo Clara para clarificar. El gesto en el rostro de Amelia la hacía sentir incomoda.

“¿Quién es Helen?”

“Mi he... mi prima. Es unos años menos que yo, pero fuimos criadas como hermanas. Ella fue la que... la que descubrió la verdad y me contó.” El saber que Helen *no* era su hermana había sido el aspecto más doloroso de toda esta travesía. Habían evitado el tema por completo, aunque tarde o temprano tendrían que averiguar que, si había algo, información había cambiado sobre su relación.

“¿Puedo... verlo?” Amelia levantó una temblorosa mano.

Clara titubeó, pero la mirada desesperada y suplicante en los ojos de Amelia la hizo deshacer el nudo del collar. Puso el relicario plateado cuidadosamente en la mano de la mujer, pensativa mientras sus dedos lo tocaban.

Amelia acercó el relicario a su rostro para facilitar su inspección. Le dio la vuelta y recorrió con su pulgar los grabados decorativos.

“Esto era mío,” murmuró. “Ella me lo dio. Martha...” pero no terminó el

pensamiento. Recorrió su uña a lo largo de la unión y abrió el relicario. Aguantó la respiración mientras veía su interior, y una lagrima se resbaló lentamente por su mejilla.

“Te pareces... a él,” le dijo, sosteniendo el relicario abierto para que ella lo tomara. “De verdad eres mi hija, ¿no es así?”

“¿Es este... mi padre?” preguntó Clara, examinando el pequeño retrato que resguardaba el relicario. Un fuerte y joven rostro se asomaba. Era difícil distinguir si sus expresiones tenían alguna semejanza a las de él en la vieja imagen, pero el cabello oscuro y la piel pálida eran innegables. Y había algo en la manera en que levantaba su cabeza que le recordó en la forma en que se acercaba al espejo para mirarse.

Amelia asintió.

“¿Puedes contarme sobre él?” Clara la presionó, pero de inmediato vio un cambio en Amelia. La mujer dejó de mirarla y comenzó a agitarse en su silla.

“Yo... prefiero no hacerlo. No hay mucho que decir de todas maneras. El no... él no sabía... él... se fue. Se mudó y se casó hace tiempo. Martha no me visita, pero se asegura de mantenerme... informada. Excepto sobre mi hija, al parecer. Hubiera pensado que, si ella los hizo mentirme sobre mi hija que murió, te hubiera metido a un orfanato, o le hubiera pagado a una sirvienta para que te llevara a casa como suya. Quizá es porque éramos gemelas, pero nada de lo que hizo mi hermana parecía sorprenderme. Hasta ahora, al parecer. ¿Tomar a mi hija y criarla como suya?”

“Bueno, pudo haberle dicho a Helen y a mí que éramos hermanas, pero estoy segura que esa era la impresión que le daba a la mayoría del personal,” Clara empezó mientras cerraba gentilmente el relicario y lo colocaba en su cuello de nuevo. “Pero fueron los únicos. Esta es mi primera vez lejos de casa. En la vida. Siempre fui mantenida adentro, o me permitían salir un poco por los terrenos, pero era alejada de cualquier compañía. Se me decía que era una niña enferma, y fue para mantener mi salud y mi seguridad. Nunca lo cuestioné.”

“Eso suena más como Martha,” dijo Amelia abruptamente.

“Helen comenzó a sospechar algo... pero solo lo acepté. Helen estaba desalentada de mencionarme cuando había compañía, y se enteró hace poco que cuando se le escapaba decirlo, sus padres explicaban que yo era solo una amiga imaginaria, o que era una amiga de la niñez, la hija de la casera.”

“Me pregunto qué historia les dijeron ella y mis padres a mis amigos para explicar mi ausencia” se preguntaba Amelia a sí misma. Clara la miró para

darse cuenta que la mujer tenía la mirada perdida en el espacio junto a Clara. Quizá a esto se refería el Dr. Thompson sobre como Amelia perdía la noción del tiempo. “Ella nunca me dijo con cual historia se quedó. Y no me importaba. Solo me sentía tan...” Amelia se abrazó a sí misma y se apretó a sí misma. “Vacía,” terminó con un suspiro. Mirando de nuevo a Clara, Amelia se levantó de repente y fue hacia la campana para tocarla. “Tengo... tengo que irme. Necesito... descansar.”

“Pero, hay tantas cosas que quiero saber,” protestó Clara, levantándose y levantando la mano para detener a su madre, para mantenerla en la habitación. Pero no pudo tocar a la mujer. En lugar de eso, su mano flotaba a poca distancia del codo de Amelia.

Una enfermera apareció en la puerta.

“Estoy lista para regresar a mi habitación,” le dijo Amelia.

“Muy bien, señorita Campbell. Le informaré al Dr. Thompson para que la acompañe de regreso,” le explicó la enfermera. Le dio una sonrisa amable a Clara, quien luchaba por retener las lágrimas.

Amelia se giró, mirando de nuevo los ojos de Clara.

“¿Te molestaría? ...” comenzó Clara, pero algo se atoró en su garganta. Al tragar, intentó de nuevo. “Me gustaría verte de nuevo... si me permites.”

No sabía cómo lograría un segundo viaje, o cuando, pero sabía que quería pasar más tiempo con su madre. Tenía más preguntas que cuando había llegado, pero había algo sobre la mujer ante ella que reconocía y quería aferrarse.

Amelia se acercó y levantó una mano hacia la mejilla de Clara, tocándola solo por un momento.

“Clara.”

Amelia dijo el nombre como si lo probara, decidiendo en si le quedaba a la joven que clamaba que era suya. Con una pequeña, algo triste sonrisa, Amelia se giró hacia la puerta para encontrarse con la enfermera que la encaminaría a su habitación. Clara no sabía que obtener de ese encuentro, en si la sonrisa significaba que la alentaba o era disuasiva.

Clara seguía de pie en aturdido silencio cuando Robert reapareció por la puerta. Llegó hasta ella y la tomó entre sus brazos. Aferrándose a él, se dejó disolver en lágrimas silenciosas.

La entrevista con su madre no tomó tanto como Clara hubiera esperado (o querido). Le quedaban varias horas de luz al día antes de que fuera lo

suficientemente oscuro para que ellos regresaran y ella pudiera escabullirse en la casa.

“Nora nos preparó una canasta,” le dijo Robert a Clara mientras regresaban al auto y se marchaban.

“Realmente no tengo hambre,” dijo Clara en voz baja. Ella miraba por la ventana, pero la alegría anterior sobre la novedad de todo se había ido.

“Bueno, podría comer algo y tu podrías necesitar un lugar calmado para pensar por un momento. Es muy temprano para volver a casa, así que conduciré por aquí. Cuando encuentre un buen lugar, me detendré y tendremos un picnic.” El la miró brevemente, pero Clara no dio ninguna indicación de que lo había escuchado.

El forzó el auto a través de tortuosos caminos entre los árboles, poniendo el valle por debajo de ellos. Cuando el ángulo del sol le dificultó conducir a Robert, se detuvo a un lado del camino. Clara no había dicho ni una palabra a ninguno de los periódicos intentos de Robert de iniciar una conversación. Ella esperó en su asiento, asumiendo que el daría la vuelta para abrirle la puerta. Ella lo escuchó ir a tientas alrededor del auto para tomar la canasta con comida y una sábana. Pero él no fue por ella. Luego de unos minutos, abrió la puerta y dejó el auto para buscarlo.

Lo encontró al otro lado de una delgada hilera de árboles. El lugar que eligió tenía una maravillosa vista hacia el valle. Tomó asiento junto a él en la sábana, y miró hipnotizada mientras las nubes y el sol hacían que las sombras que se persiguieran sobre los árboles y casas distantes. “¿Estas segura de que no tienes hambre?” preguntó él luego de unos momentos. “el jamón podrá estar frío, pero es delicioso.” Alcanzó la canasta y tomó un pequeño trozo de queso. “Es mejor con el jamón,” dijo de una manera que hizo sonreír a Clara. Pasaron otros minutos antes de que él le preguntara si quería hablar sobre lo que había pasado entre ella y su madre.

“No,” dijo. “Necesito tiempo para darle sentido primero. Creo. No lo sé.” Dejó caer su cabeza y comenzó a jugar con el relicario, el que contenía la imagen de su padre cuyo nombre aún no conocía.

Robert se desempolvó las manos y levantó sus brazos para abrazarla por sus hombros. Ella reclinó la cabeza sobre él, ajustando su cuerpo lo suficiente para estar cómodamente junto a él. Ella sintió que le dio un beso en el cabello. Ella giró la cabeza antes de que él se alejara, con su nariz rozando gentilmente contra la de él. Cerró sus ojos cuando él acercó su frente a la de ella.

El sonido de los insectos y las aves en el césped y los árboles a su alrededor se desvanecía mientras Clara respiraba profundamente el aire que Robert exhalaba, y él el de ella. Como si respondieran a una señal no dicha pero acordada anteriormente, giraron sus cabezas y se besaron. Comenzó tan gentil como el beso que Clara había imaginado cientos, sino miles de veces por las últimas semanas. Pero antes de que pudiera recuperar su aliento, la boca de Robert ya estaba sobre la de ella de nuevo, y su brazo bajo desde sus hombros para recorrer su espalda, haciéndole cosquillas y sintiendo un calor dentro de ella. Ella sintió la áspera tela de su abrigo deslizándose sobre el suave material de su manga mientras su propia mano buscaba algo de donde aferrarse.

Su boca se abrió un poco, alentándola a que hiciera lo mismo. Ella notó que tenía sabor a sal, y algo frutal, quizá por el trago de vino que tuvo con su comida. Soltando su abrigo, ella lo tomó, con su mano deslizándose por un costado, entre su abrigo y su camisa rígida y almidonada. Él se movió, acercándose a ella, mientras movía su otra mano hacia su cintura, acercándola aún más.

El ángulo de sus cuerpos mientras se sentaban en la sabana era incomoda y difícil de mantener. Clara liberó su boca por un momento para respirar y reajustar su posición. Robert la miró confundido, con su respiración pesada e irregular. El aflojó su abrazo mientras respiraba profundamente. Clara respiró, tranquila mientras se recostaba en la sabana, acostada sobre el suave césped debajo de ella. Ella lo jaló hacia ella, trayendo su ansiosa boca de vuelta a la de ella. Él se apoyó con una mano a cada lado de ella, pero aun así pudo sentir el peso de su pecho presionando sobre el de ella a través de su blusa y la camisa de él. Ella bajó sus brazos hacia su cintura y lo abrazó, con sus dedos trazando los planos de su espalda sobre su camisa, acercándolo más. Ella quería que el bloqueara el sol y todo lo demás que había pasado ese día; ya se sentía aplastada por las circunstancias, así que permitió que Robert la aplastara contra el césped y la liberara de su confusa vida.

Pero antes de ser aplastada en el olvido, el sonido de otro auto pasando por el camino detrás de ellos trajo los sonidos del mundo a su alrededor de vuelta. Ella sintió que se redujo la presión en su pecho. Los besos de Robert se habían suavizado, y se alejaba más frecuentemente, dándoles a ambos más oportunidades para respirar. Con un último y largo beso, y una caricia en su mejilla, él se sentó y respiró profundamente por unos minutos mientras ella seguía recostada sobre su espalda. Un frío recorrió su pecho y sus brazos, ya

que no estaba protegida de la brisa por el cuerpo de Robert. Se levantó cuidadosamente y se sentó, complacida por el calor que permanecía en su estómago. Al tragar y lamer sus labios, que aún tenían el sabor de Robert, se aclaró la garganta y alisó su ropa, quitando una marca en su hombro que se marcó por la sabana mientras estaba presionada contra el suelo.

“Deberíamos... volver,” dijo Robert lentamente. El comenzó a empacar todo de vuelta en la canasta, mientras Clara se levantó y dobló la sabana sin decir una palabra. Cada vez que sus ojos se encontraban, ambos se ruborizaban, pero sus mutuas sonrisas satisfechas los hacía reír para el momento en que volvieron al camino y dirigirse de vuelta al valle.

Cuando convinieron que era lo suficientemente oscuro y seguro para que Clara corriera por el césped y se escabullera de vuelta, ella se inclinó para darle a Robert otro beso antes de dejar el auto. El esperó y la miró hasta que su forma se hiciera difícil de distinguir en la oscuridad, antes de continuar hacia la casa de su primo.

La puerta estaba abierta, como Trudy le aseguró que estaría. Cruzar por la casa fue difícil mientras se esforzó en no golpear nada, pero logró llegar al pasillo, y flotó sus últimos pasos hacia su habitación. Ella vio como la puerta estaba abierta, y sintió un súbito terror, haciendo que se detuviera, causando que las tablas del suelo crujieran ruidosamente. Helada, vio como Martha aparecía en el umbral.

“Clara, veo que te sientes mejor. No tienes nada de qué preocuparte. Trudy ya empacó tus cosas. Ahora ve a descansar. Estarán aquí temprano en la mañana para llevarte,” dijo Martha fríamente mientras empujaba a Clara en la habitación y cerraba la puerta desde afuera.

Clara cayó al suelo, preguntándose quien vendría por ella y a donde la estaban enviando, y solo sabía que no podía ser nada bueno.

Volumen Cuatro

Clara intento girar el pomo de la puerta y forzarla para abrirla, pero el cerrojo resistió. Así que comenzó a golpear la madera y gritar para que la dejaran salir. No sabía qué hora era, y no le importaba si despertaba a todos en la casa. Quizá alguien vendría a ayudarla, o al menos le explicaría lo que estaba pasando. No le tomó mucho tiempo admitir que nadie vendría a ayudarla, y que Martha seguramente estaría ahí para detener a cualquiera que lo intentara.

Ella cayó al suelo y comenzó a llorar, recostándose contra la puerta. Toda la angustia y la frustración que sintió al conocer a su madre surgió a la superficie, fuerte sollozos agitaban todo su cuerpo. Se aferró al relicario en su cuello, aferrándose a él como si fuera una boya y estuviera en peligro de ahogarse. Pero debió de jalar muy fuerte. El relicario se soltó en su mano. Intentó ponerlo como estaba, pero el amarre se había roto, y una nueva ola de lágrimas y sollozos se apoderó de ella.

¿Dónde estaba Trudy? ¿O Helen? ¿Qué había pasado? ¿Cómo las descubrieron? ¿Quién vendría por ella en la mañana y a donde la llevarían? ¿Por qué siempre debía ser la última en enterarse sobre todo? Estuvo callada y aceptando por tanto tiempo y ahora que estaba lista para buscar respuestas, lo que la mantenía de que eso pasaba estaba en su lugar y era muy fuerte para que ella pudiera luchar contra él.

Ella miró el relicario en su mano. Brillaba bajo la luz de la luna que entraba por la ventana. Recorrió con su uña la unión como vio que lo hizo su madre antes y lo abrió. Le tomó un segundo encontrar el ángulo correcto y tomar la luz de la luna, pero entonces vio de nuevo el rostro de su padre, mirando hacia un lado del fotógrafo. Pero para Clara, parecía como si evitara mirarla a *ella*, intentando evitar el reconocerla. Y de repente estaba violentamente enojada.

Cerró el relicario y lo lanzó al otro lado de la oscurecida habitación con un frustrado y gutural aliento que estuvo guardando en sus pulmones. Debió golpear las cortinas o algo suave porque no lo escuchó caer. Clara se secó las lágrimas y se levantó con las piernas temblando, respirando hondo, y luchando contra la necesidad de gritar de nuevo. ¿Qué había hecho para merecer todo lo que ha tenido que soportar? Si su tía la despreciaba tanto, ¿por qué no la envió a un orfanato hace años? Sus pensamientos viajaron a Robert, quien probablemente había llegado a la casa de su primo. ¿Cómo sabría que ella se había ido, y cuándo? El prometió visitar en unos días, y ella

le rogó que arreglara todo con Helen para que pudieran encontrarse de nuevo en el jardín.

Caminó hacia su cama y se topó con algo antes de llegar a ella. Avanzando en la oscuridad, logró encontrar la lámpara que estaba en la mesa junto a su cama y la encendió. Había un pequeño baúl en el suelo, pero los pestillos no se abrían. Miró por la habitación y notó cuan vacío estaba. Sus libros y papeles sobre su escritorio no estaban. Caminó hacia sus cajones y al abrirlos vio que estaban vacíos. Abrió la puerta de su armario para ver que los pocos objetos que guardaban el estaban ausentes. No estaba particularmente apegada a nada excepto a los vestidos que Helen le había dado.

Suspiró mientras una punzada de miedo paso por su pecho. Se giró lentamente para descubrir que, en efecto, su joyero había desaparecido de su lugar sobre la cómoda. Verlo no detuvo a Clara de apresurarse y revisar cada uno de los cajones, así como el suelo alrededor del gran mueble, alejándolo de la pared para ver si se había caído o lo habían movido. El joyero no era lo único que no se encontraba en la cómoda. Los cajones estaban vacíos, explicando porque era tan fácil de mover. De hecho, las únicas cosas que quedaban en la habitación que pudo ver eran las sabanas en su cama y las cortinas en su ventana.

Clara se recostó en su cama luego de patear el baúl. El dolor que sintió en su pie tuvo un resultado inesperado de aclarar su mente. El baúl era demasiado pequeño para guardar todo lo que había en la habitación. No le importaba nada en el excepto el joyero con las cartas de Robert. Pensó en buscar el relicario, pero ya no lo quería. Abrió su pequeña bolsa y sacó la fotografía de su madre y Martha, colocándola con cuidado en la almohada junto a ella. Tampoco lo quería más. Quería a Robert.

El viento se agitó afuera, y un golpeteo captó su atención. Sosteniéndose sobre sus codos, Clara miró por la ventana. Una pequeña rama golpeaba contra el vidrio. Podría bajar por ahí. Aunque nunca había usado una escalera, menos un árbol, Clara estaba determinada en que podría salir por la ventana, bajar por el árbol y cruzar el patio hasta el camino, donde caminaría en dirección a la casa de los Robinson, preguntando en el camino hasta encontrarla. Luego de todo lo que había aprendido y hecho ese día, Clara sabía que era capaz de mucho más que ella o cualquier otro le daba crédito.

Haciendo a un lado las cortinas, Clara escuchó lo que asumió era el relicario que golpeó el suelo con un ruido sordo. Lo ignoró y se impulsó contra el marco de la ventana para levantarlo. Revisó el seguro para ver que

no estuviera cerrado, se preparó e intentó de nuevo. La ventana tenía una tendencia a pegarse cuando el clima se volvía húmedo, pero aún era pronto en la temporada para eso. Golpeó contra el marco para aflojarlo, pero la ventana no se movía. Bajó las manos al alféizar y descansó su frente contra el frío vidrio, Clara notó los clavos perforando la parte de abajo del marco, asegurándolo en su lugar.

Golpeó el marco de la ventana con frustración. Luego lo golpeo una y otra vez, porque se sentía bien el perder el control y golpear algo para variar. Sintió un fuerte dolor en su mano derecha y el tintineo de vidrio cayendo al suelo. Una pequeña pieza del marco se había astillado, rompiendo uno de los pequeños rectángulos de vidrio y cortando la palma de Clara.

El pensamiento brevemente cruzó por su mente, si estaba dispuesta a intentarlo, podría romper el resto de la ventana. Pero mientras veía la sangre goteando lentamente de su mano, recordó que, además de la pequeña lámpara, no había nada que pudiera usar para ayudarla en su esfuerzo, toda la energía escapó de Clara, y ella se hundió de nuevo en el suelo. Al presionar su mano suavemente contra la tela de su falda, se rindió. No tenía sentido el intentar escapar.

Ella buscó a tientas el suelo por el relicario que había liberado de las cortinas, cortando sus dedos con las piezas del vidrio roto varias veces antes de encontrarlo. Se arrastró hasta su cama y se recostó en su costado. La fotografía la miraba de vuelta desde donde la había colocado sobre la almohada. Ella abrió el relicario de nuevo y lo puso en la base de la fotografía, con una huella ensangrentada oscureciendo la imagen de su padre.

Clara se durmió, tomando el cubrecama con su mano cortada para frenar el sangrado.

Clara fue despertada por el sonido de fuertes pisadas en el pasillo, y una llave abriendo la cerradura. No se molestó en sentarse. En lugar de eso, miró las imágenes de sus padres una última vez, y cerró sus ojos de nuevo.

“Clara,” dijo Martha en un tono que pretendía ser calmante. “Dios mío, ¿Qué estuviste haciendo aquí?” exclamó por el desastre. “Lo ve, incluso con tan poco, ella logró lastimarse a sí misma.” El colchón se hundió bajo el peso de Martha y tomó el cubrecama empapada en sangre de la mano herida de Clara. La herida volvió a abrirse y Martha se estremeció por la sangre fresca.

“Me sorprende que no contactara antes a alguien,” respondió una voz masculina. Martha cedió su asiento para el cuerpo que iba con esa voz.

“Debes saber cuán difícil es el admitir que necesitas ayuda profesional, en especial cuando concierne al cuidado de la familia,” se lamentó Martha.

“¿Alguien podría darme una cuenca con agua tibia?” pidió la voz, ignorando el intento de Martha de una conversación educada. “Debemos atender esto antes de llevarla.”

Unos minutos después, los ojos de Clara se abrieron rápidamente por la punzada de tener su mano bañada y vendada. “Miren quien despertó,” comentó el hombre con una sonrisa. Parecía agradable y era gentil, cuidando que no hubiera astillas de madera o vidrio en la herida antes de vendarla. Pero había algo oficial sobre su actitud, y las líneas de su traje la preocuparon.

Cuando terminó de vendar su mano, cuidadosamente la puso en la cama y le dijo. “Clara, soy el Dr. Dixon del asilo Stockwell. Tu familia está preocupada por tu bienestar, y me pidieron que te ingresara a mis instalaciones por un periodo extendido de observación antes de establecernos por el mejor método de tratamiento. ¿Lo entiendes? ¿Hay algo que desees llevar contigo, algún efecto personal que te gustaría?”

“Todo lo que necesita esta en ese baúl,” interrumpió Martha. “Joven,” se dirigió a alguien que clara no podía ver desde donde estaba en la cama. “¿Le molestaría llevarlo abajo? No debe ser muy pesado.” Hubo un sonido de movimiento mientras el hombre levantaba el baúl y lo cargaba fuera de la habitación.

“¿Qué hay de esos?” preguntó el Dr. Dixon, sus ojos sin dejar a Clara mientras él se dirigía hacia la almohada por la fotografía y el relicario. “¿Te gustaría llevártelos?”

Antes de que Martha pudiera ver a que se refería el joven doctor, Clara se sentó y tomó ambos con su mano sana. El doctor y el asistente que veían cuidadosamente a Clara, sin duda estimaban en si necesitarían fuerza o no para llevarla al vehículo que los esperaba. Martha se esforzaba en hacer su papel de cuidadora preocupada que odiaba admitir que la paciente necesitaba más cuidados de los que ella podía proveer, pero cuando su mirada se encontró con la de clara, la máscara resbaló un poco revelando un poco del triunfo que sentía. Ella vio lo que estaba en las manos de Clara y apretó la quijada, con el orgullo siendo reemplazado momentáneamente por la irritación.

Clara caminó hacia su tía y le entregó los objetos.

“Helen puede tener el relicario de vuelta,” dijo, forzando los objetos en las reacias manos de Martha. “Ya no los necesito.”

Clara quitó la mirada, miró el espejo y caminó hacia el para examinar su reflejo. Se veía demacrada, especialmente en los ojos. Había arrugas en su rostro por la manera en que el cubrecama se había doblado bajo su mejilla mientras dormía. El enrojecimiento y la hinchazón por llorar no ayudaba, y había un hilo de sangre seca donde había movido un mechón de cabello de sus ojos. Hizo su mejor esfuerzo en estirar su blusa y falda, notando la sangre seca que se observaba donde había presionado su mano contra su pierna. Se giró hacia sus expectantes observadores.

“Estoy lista.”

El Dr. Dixon asintió y la guio fuera de la habitación, como si ella no supiera moverse por la casa. Clara titubeó al pasar junto a Martha, preguntándose en si valía la pena preguntarle por el joyero, pero cuando la mano del Dr. Dixon, cuya mano descansaba en su espalda baja se encontró con una momentánea resistencia, cambió su posición hacia su brazo y tiró de ella para indicarle que avanzara. Caminó el resto del camino hacia el auto y permitió estar entre el Dr. Dixon y uno de sus asistentes en el asiento trasero. El otro hombre conducía.

Miró hacia las ventanas de la casa y vio el rostro de Helen presionado en una, con una expresión llena de tristeza y una inaudible disculpa en sus labios. Clara no pudo acercarse lo suficiente para que Helen pudiera verla, y temió que, si intentaba decir o hacer algo, rompería en llanto de nuevo como lo había hecho la noche anterior.

Mientras se marchaban, el Dr. Dixon comenzó a contarle un poco sobre las instalaciones. Parecía complacido por su estoicismo, pero también cauteloso, como si esperara a que ella se rompiera y los atacara. Lo más cerca que estuvo de perder el control fueron las lágrimas silenciosas que lentamente bajaban por sus mejillas mientras continuaba mirando hacia adelante.

Las instalaciones eran imponentes mientras el auto conducía por las puertas principales y Clara vio el intimidante tamaño del edificio de ladrillos. Contenía muchas oficinas, centros de tratamiento, y cuarteles donde vivían la mayoría de los pacientes.

El Dr. Dixon explicó todo sobre sus horarios diarios y las políticas de la institución. Debido a que estaba ahí para observación diagnóstica, sería mantenida mayormente aislada excepto por los breves periodos predeterminados donde sería observada su interacción con otros pacientes seleccionados. Sus visitas serían estrictamente limitadas. Las comidas serían

servidas regularmente sin ninguna petición especial o ninguna desviación de lo que las reglas toleraban. Sus pocos efectos personales y ropas que trajo en el baúl se le proveerían tan pronto como el personal los revisara para asegurarse que se apegaban a las reglas, y asegurarse de que no pudieran ser usados inapropiadamente. Cuando se le preguntó si entendía, Clara solamente asintió y permitió que los miembros del personal la acompañaran y le removieran su blusa y falda ensangrentadas, las lavaran y revisaran por otras heridas, y le pusieron un vestido suelto básico que era el estándar para todos los pacientes.

Cuando la liberaron en su habitación, no pudo evitar mirar y examinar el espacio con mucho cuidado. Ella sabía que no había nada que ver. Había una pequeña, mediocre (e incómoda) cama en una esquina. Había una sola silla junto a una ventana con barrotes que miraba hacia los arbustos decorativos que escudaban el mundo exterior del interior del asilo. A la hora de comer, un ayudante le traería una bandeja, y se quedaba ahí mientras ella comía. Algunas veces en el transcurso del día, se le permitía salir para ver las instalaciones. Si juzgaban que podían confiar en ella, en algunos días le permitirían tomar prestados libros de la biblioteca, u otros medios para pasar el tiempo. Más allá de eso, para su previsible futuro, estaba por su cuenta.

Antes de que terminaran de dirigirse a ella, Clara cruzó hacia la cama, se recostó sobre las ásperas sábanas, y cerró los ojos. Escuchó el perno deslizándose a su lugar para cerrar la puerta. Intentó dormir sin éxito, esperando que cuando despertara, se encontraría en la cama en su casa, y que todo hubiera sido un sueño; y no solo el asilo, sino la entrevista con su madre también. La única cosa que no quería pretender que era un sueño era el tiempo que había pasado con Robert.

Escuchó las campanas sonar de una torre de reloj en algún lugar de los terrenos. Habían sido menos de doce horas desde que se despidió de Robert. ¿Ya lo sabría? ¿Sospechará que algo andaba mal? ¿O estaba alegremente inconsciente que se la habían llevado a la primera luz del día? ¿Quién le diría, y más importante, cómo? Ella quería creer que Helen se aseguraría de que el supiera la verdad, pero le había confiado a Helen el mantener su ausencia en secreto y claramente había fallado. ¿Y que había de Trudy? ¿Dónde estuvo durante todo el viaje? Algo claramente había interrumpido su plan, pero, ¿qué?

Nunca debió volver a la casa. Debió evitar el regresar a la jaula de la que había escapado. Si lo hubiera pedido, quizá Robert la hubiera llevado para

quedarse con Clifton y Nora. Ellos sabían sobre las mentiras que Martha contaba. Seguramente, la hubieran dejado quedarse y la protegerían. Abrazó su pecho y recordó lo segura que sentía en los brazos de Robert, abrazándola mientras ella lloraba; con el calor de su cuerpo presionando contra ella mientras la besaba en el sol del atardecer.

Sin nada más que hacer, Clara imaginó como serían los próximos días de vuelta en casa. Helen o se rehusaría por completo a hablar con sus padres, ignorando su existencia con cada fibra de su ser, o ella gritaría. Le diría a Martha lo horrible, inexcusable e imperdonable que había sido lo que le hizo a Clara. Quizá le gritaría a Oliver quien siempre se escondía en sus jardines de flores permitiendo que tales atrocidades ocurrieran cuando él podía ser el único con la posición para detenerlas. A pesar de la tensa y desagradable atmósfera que había creado, Martha estaría siempre sonriendo. A pesar de que los del personal estarían sorprendidos u horrorizados por lo que había hecho, su miedo les impediría decir algo o desafiarla, y ella disfrutaría la restauración de su incuestionable autoridad. Oliver haría todo lo posible en crear la ilusión de normalidad, lo que significaba que se metería en sus flores y en negación.

En algún momento, Helen visitaría a Nora o viceversa. Para la primera visita entre las amigas luego de la remoción de Clara, Martha insistiría en estar ahí para monitorear a Helen y mantenerla callada. Probablemente se glorificaría en contarle a sus amigos lo que Clara se proponía con esos primos imaginarios, rehusándose a dejar la pretensión, a pesar de no poder ignorar el hecho que Clara había visto a Robert y que secretamente se estuvo comunicando con él por semanas.

Pero, ¿cómo reaccionaría Robert cuando se entere de que ella se había ido? Clara sabía que él nunca confrontaría o amenazaría a su tía hasta que le dijera a donde se habían llevado a Clara, pero imaginando que la mantendría ocupada sin duda. Ella escuchó su voz, normalmente tan calmada, levantarse con enojo y miedo mientras juraba que no se separaría de Clara, que la encontraría, cueste lo que cueste.

Luego, se levantó y avanzó desde la cama a la ventana, mirando los terrenos y recordando la entrada del edificio y los pasillos por donde la guiaron. Visualizó a un determinado Robert, haciendo a un lado a enfermeras y ayudantes mientras las buscaba por el edificio. Cuando el Dr. Dixon apareciera para intentar pedirle que se fuera, Robert lo haría callar con una mirada y tomaría sus llaves antes de continuar a su habitación. Tan pronto

vea la puerta, el sabría que es la de ella, y con suerte, seleccionaría la llave correcta en el primer intento. Al abrir la puerta, él se quedaría de pie por un momento, con alivio y felicidad fluyendo por su rostro mientras ella se levantaba lentamente, y ella le dice que estaba segura de que vendría por ella.

Clara se sobresaltó al escuchar una llave girar y como el pestillo se deslizaba. Supo que no debía subir sus esperanzas, pero su sueño había hecho justamente eso. Pero solo era un ayudante con su bandeja del almuerzo, explicando que tenía veinte minutos para comerse la sopa tibia y las rebanadas de pan antes de ser llevada al baño.

Era más fácil perder la noción del tiempo de lo que Clara había imaginado. Había pasado gran parte de su vida restringida a la casa y sus terrenos, pero eso había hecho poro en prepararla para el nivel de aislamiento que sentía en el asilo. Quizá la diferencia yacía en el hecho que no se había dado cuenta ya había sido mantenida como prisionera en el pasado. No hubo manera en que pudiera negar los hechos de las presentes circunstancias. La puerta de la habitación tenía una pequeña ventana con una escotilla que permitía a los doctores y enfermeras el dar un vistazo a lo que estuviera haciendo. Ella escuchaba el ruido de la puerta frecuentemente los primeros días y ella voltearía, mirando a quien fuera que estuviera del otro lado, mirándola a los ojos hasta que bajarán la mirada (probablemente tomando notas) antes de deslizar la escotilla de vuelta a su lugar. Luego de un tiempo, ella ignoraba los rostros que aparecían, mirando por la ventana a los arbustos.

Parecía que la escotilla le tomaba más tiempo volver a su lugar cuando ella se rehusaba a mirar al observador. Decidió descubrirlo, y mentalmente contaba cuanto tiempo sostendrían su mirada, a diferencia de cuanto duraban mirándola cuando no volteaba. Pronto, comenzó a observar y tomar nota de las diferencias entre quienes iban a verla también. Algunos no podían mirarla a los ojos, con su mirada evasiva por la condición de sus alrededores. Otros la miraban tan intensamente que ni siquiera parpadeaban. Ella veía lastima, intriga, precaución, y juicio en los rangos de azules, cafés y avellanas. Pero nunca vio la expresión que tanto esperaba y que solo había visto en una persona. Los ojos en esa pequeña ventana la miraban, pero solo Robert la hacía sentir que de verdad la miraban.

Clara pasaba mucho de su tiempo durmiendo, soñando, y mirando por la ventana. Las actividades de las aves y las ardillas nunca habían sido tan fascinantes. El exceso de dormir le hacía difícil saber cuántos días habían

pasado, pero debió haber pasado al menos una semana, antes de que le entregaran los contenidos del baúl y un viaje a la biblioteca. El baúl tenía solamente dos blusas, dos faldas, un suéter, y su cepillo, pero las prendas eran mucho mejores que el sucio vestido que había estado usando por días, y podría peinarse finalmente. Sabía que su cabello la hacía parecer trastornada, pero sin espejo y con solo sus dedos para peinarse, había hecho lo posible. También le devolvieron la ropa que había usado cuando la ingresaron, pero quien fuera que las haya lavado no fue capaz de remover las manchas de sangre por completo. Era más notable en el deslucido cuello de su blusa que en el oscuro material usado para la falda.

Al vestirse con sus ropas de nuevo, Clara tocó el material del vestido del asilo. Sostuvo la tela contra la luz para determinar de qué color era exactamente. ¿Gris? ¿O solo era un azul muy desvanecido? No quería pensar mucho sobre que pudo haber alterado el color tan drásticamente si alguna vez fue blanco. La lavandería juntaba y lavaba la ropa una vez por semana, y el juntar sus objetos personales con el resto de la ropa significaba que se arriesgaba a perderlos, o permitir que los manipularan bruscamente. Pero se permitió el lujo por un día.

Sentada junto a la ventana con su propia ropa y con un libro en su regazo, Clara se sintió cuerda por primera vez en días. Por supuesto, sabía que estaba cuerda, y la manera en que era tratada por su familia era injustificada y horrible, incluso imperdonable. Ella lo supo todo este tiempo. Pero sentada ahí, con la ropa que hubiera usado en casa, realizando una actividad que hubiera hecho en casa, fue en ese momento cuando lo sintió en su interior, y el deseo de actuar y pelear por su destino se hizo más fuerte.

El tiempo de Clara en la biblioteca fue la primera vez que conoció e interactuó con los demás pacientes. Los miembros del personal estaban esparcidos a lo largo de la gran habitación llena de libros, vigilando a los pacientes, buscando cualquier señal de problemas inminentes. Ninguno de los pacientes realmente se hablaba entre sí. Algunos hacían contacto visual con Clara, y ella era la primera en quitar la mirada. Había algo en sus ojos que la asustaba. No eran ellos como individuos lo que la asustaba, o que los encontrara amenazantes. Era algo sobre la resignación, la aceptación de su destino. Decidió que era algo bueno que no había espejos, o podría pasar horas observando su reflejo, buscando las primeras señas de sumisión en sus propios ojos. Era cierto que no estaba peleando contra su situación en ese momento. Pero prefería pensar que estaba esperando por la oportunidad

adecuada, la mejor idea para atacar; estaba guardando su energía para poder aprovechar la oportunidad cuando se presentara.

En lugar de progresar hacia el siguiente paso lógico, considerando cuanto tiempo tendría que esperar, Clara usó los libros de la biblioteca a su disposición. Si no podía escapar físicamente, e imaginar lo que pasaba a su alrededor sin ella era muy doloroso, al menos podría escapar a los mundos en sus libros. Más allá de sus frecuentes visitas a la biblioteca, el personal no presionó a Clara para que interactuara con los otros pacientes. Con los consecutivos viajes de ida y vuelta, ella comenzó a reconocer a los pacientes. No por nombre. Nunca fueron presentados formalmente. En lugar de eso, asociaba a cada uno con personajes de los libros que leía, y elegía en imaginarlos de esa manera. Nunca hablo con nadie sobre este método de identificar a los demás. Solo servía para pasar el tiempo y el hacerla menos temerosa de sus alrededores.

Estando sentada y leyendo en la silla junto a la ventana con sus pies apoyados sobre la cama, Clara escuchó el pestillo moverse y la puerta abrirse. Estaba segura de que era muy temprano para su comida del medio día. Cuando vio al Dr. Dixon entrar por la puerta, ella se levantó rápidamente, cuidadosamente poniendo el libro sobre la cama. No lo había visto desde el día en que llegó. ¿Cuánto tiempo había pasado? Debieron haber pasado varias semanas al menos. Era muy pronto para que Robert se haya olvidado de ella, pero no pudo recordar cuanto tiempo se quedaría el con su primo en primer lugar. Quizá ya había viajado a casa con su madre. Espera, ¿de dónde dijo que era? Lo mencionó en una de sus notas que le envió a través de Helen. Clara no se molestó en memorizarlas. No necesitó hacerlo cuando estaban seguramente guardadas en su joyero para referencia cada vez que pudiera necesitarlas. Aún extrañaba sentir las, y como las organizó en la caja. No pudo recordar los detalles claramente, pero sus dedos habían memorizado el orden en que habían llegado; podía saber solo con tocar el papel si sus palabras se escribieron rápidamente en un pedazo de papel, o si había escrito finamente y se tomó su tiempo para componer algo más extenso.

“¿Señorita Davis?” repitió el Dr. Dixon, finalmente rompiendo su ensimismamiento y llamando su atención.

“Mis disculpas, Dr. Dixon,” respondió Clara en voz baja, con una voz rasposa por la falta de uso. “Me temo que mis pensamientos no estaban listos de dejar lo que estaba leyendo. Con el silencio y sin distracciones, es increíble cuan profundo puedo sumergirme en mi misma.”

“Tiene un visitante,” dijo el Dr. Dixon, ignorando la silenciosa explicación de Clara de sus circunstancias.

Ella pudo ver, por la forma en que el evitaba mirarla a los ojos que, si él no quería enfrentarla, ya lo había averiguado. Ella no pertenecía en el asilo. Ella no estaba loca; ella no era un peligro para nadie. Pero él había creído lo que sea que Martha le dijo y actuó, y él estaba tan atrapado como Clara por el momento.

“Tu... Helen está aquí para verte. Espera por ti en mi oficina. Permitiré que ambas puedan estar ahí para que nadie las... moleste. Si necesitas unos minutos para prepararte...” dijo al mirar el vestido gastado que estaba usando.

“Si, gracias,” murmuró, avanzando hacia el baúl en el suelo, debatiendo sobre cuál de los dos atuendos estaba en mejor condición.

El Dr. Dixon cerró la puerta mientras Clara se cambiaba, y la escoltó a su oficina donde encontró a Helen caminando por la habitación ansiosamente. Antes de que pudieran entrar a la habitación, Helen saltó hacia Clara, envolviéndola en un abrazo, girándola en el proceso. Clara se aferró a ella con fuerza, y vio como el Dr. Dixon asentía y cerraba la puerta tras él, dejándolas solas.

“Te he extrañado mucho, Clara,” dijo Helen, con su voz densa por contener las lágrimas. “Lamento mucho todo esto, y haré lo posible por arreglarlo. Solo tomará algo de tiempo. Saldremos de esto, no te preocupes.”

“¿Qué pasó?” preguntó Clara. “Todo iba bien en mi camino hacia fuera de casa en la mañana, y todo parecía tan tranquilo, y cuando volví a entrar... Martha estaba esperándome y—”

“Lo sé,” dijo Helen con un suspiro de desagrado, finalmente soltando a Clara e indicándole que se sentara en una de las dos sillas ante el escritorio del Dr. Dixon. “Nos descubrieron. Trudy hizo lo posible por desalentar a cualquiera que intentara verte mientras estabas descansando, pero madre sospechaba de todo esto, y la hizo a un lado. Cuando vio que no estabas... despidió a Trudy en ese momento. La encerró en su habitación hasta después de que te llevaron. Se dio cuenta temprano en el día que no había ido a sentarme contigo, así que no notó que yo estaba metida en esto. Intenté implorarle por Trudy, pero estaba muy furiosa. Imaginé que te habías escapado para ver a Robert y... no puedo repetir las cosas que dijo de ti. No supo a donde te habías ido, y cuando vimos de nuevo a Nora, ella le dijo a madre que Robert había sido forzado a viajar de vuelta a la ciudad por negocios ese día. No era como si madre se creyera esa historia, pero parecía

creer que Robert les había mentido a los Robinson y no quería ilustrarlos. No, aun esta fija en hacer una relación entre él y yo. Es absurdo. Cuando lo menciono por primera vez, pienso que tenía sus razones para hacer esa relación, pero ahora solo está presionando para mostrar que puede hacer que pase. No lo logrará, por supuesto. Ni él ni yo tenemos intención de permitirlo. Pero estamos siendo más cuidadosos en como procedemos, te lo prometo.”

Helen hablaba tan rápido que Clara se había vuelto ajena a la conversación, estuvo brevemente abrumada y dudó en entrar en el monólogo esparcido de Helen.

“¿Dónde está Trudy ahora?” logró preguntar cuando Helen se detuvo para respirar.

“No estoy segura. Madre la envió lejos sin ningún tipo de referencia. Ella se comunicó conmigo por una de las sirvientas de que encontró un refugio temporal con uno de los granjeros cercanos. Le envié una carta de referencia y la envié a varios lugares para que ella pudiera usarlo para encontrar un nuevo trabajo. Intenté visitarla en la granja, pero ya se había ido cuando tuve la oportunidad. Me dijeron que prometió estar en contacto cuando encontrara algo y que no se preocupara por ella, que se las arreglaría. Estaba más preocupada por ti. Debiste ver la manera en que le habló a madre cuando te llevaron. Fue como si la represa hubiera explotado. Todo lo que detenía a su lengua salió gritando. Padre hizo lo posible por alejar a los demás sirvientes, pero algunas sirvientas se escondían tras puertas cerradas y escuchaban. Madre estuvo mortificada por días y lo dejaba salir en cualquiera que la mirara diferente. No es como si hubiera algo de falso en lo que dijo Trudy.”

“Y, ¿has hablado con Robert?” preguntó Clara, dando un paso atrás.

“Sí. Fue antes de que pudiera estar con él a solas. Madre ha estado en extremo estricta y controladora por la siguiente semana. Parte de mi cree que ella piensa que volverás y entrarás por esas puertas y le gritarás de la misma forma que Trudy lo hizo. O cuando despidió a Trudy, ella saldría a buscarte y volvería por el sendero contigo detrás para obligarla a disculparse.”

“Helen,” interrumpió Clara, recordándole a su habladora y nerviosa prima que se mantuviera concentrada. “¿Qué dijo Robert cuando hablaste con él?”

“Cierto. Estaba molesto, obviamente. Entre y Nora y yo tuvimos que controlarlo. Quería aparecerse en la casa para gritarle a madre, o involucrar a la policía, o algo. Le conté un poco sobre mi idea y eso ayudo—”

“¿Cuál es tu plan exactamente?” preguntó Clara.

Ya que el último plan que prepararon terminó en ella encerrada en un asilo, tenía serias reservas sobre cualquier plan para sacarla de ahí. Pero, ¿qué más podría pasar? Algo podría pasarles a Robert o a Helen. Más allá de su bienestar, pensó que no había nada que pudiera angustiarla más que su situación actual.

Helen titubeó en responder a la petición de Clara.

“Bueno... sigo trabajando en ello... Nora está ansiosa por ayudar en lo posible. Robert... tiene sus reservas, pero está siendo convencido. Entre más lo discutimos, más estamos de acuerdo en que parece que no hay otra manera.”

“Sí, pero, ¿qué es?” presionó Clara. Comenzaba a preguntarse cuanto tiempo tenían antes de que el Dr. Dixon apareciera para devolverla a su habitación.

“No creo que deba decirle,” finalmente admitió Helen. Temiendo molestar a Clara, rápidamente justificó el secreto. “Es solo... no quiero que te involucres si puedo evitarlo. No estoy segura si lo que tengo en mente funcionará, y si no lo hace... si madre se entera que sabías sobre mis planes...”

“¿Qué más podría hacerme?” señaló Clara.

Pero Helen movió la cabeza, sin convencerse. “No lo sé, pero estoy segura de que pensará en algo.”

“Solo... prométeme que tendrás cuidado. Y hazle saber a Robert... dile que...” pero no quería que el escuchara sus palabras viniendo de Helen. Vio una libreta y una pluma en el escritorio del Dr. Dixon, así que se movió a la silla tras el escritorio. “¿Podrías darle algo a Robert por mí?” le preguntó mientras empezaba a escribir. Intentó ser elocuente, pero las prisas y el escribir frente a una audiencia robaban la mitad de su vocabulario, forzándola a mantener su mensaje breve y al punto.

“Eso me recuerda,” dijo Helen, buscando en su bolsa, dándole a Clara el mínimo de privacidad que pudo. Sacó un paquete muy familiar de papeles. “Mientras madre lidiaba con Trudy, entré a tu habitación para ver si había algo que pudiera salvar para ti. Miré en el joyero y vi estos, sabía que no querrías que madre pusiera sus manos en ellos. También tomé los vestidos que te di. Tan pronto descubra como sacarte de aquí, podrás tenerlos de vuelta. Te quedan mejor a ti de lo que alguna vez me quedaron a mí, especialmente el vestido azul.”

Clara sostuvo el paquete de papeles, sin poder creer que tenía de vuelta

las notas y cartas de Robert. Había uno grueso arriba, un sobre, aún sellado. Sostuvo las cartas contra su pecho, con lágrimas juntándose en sus ojos. Una se deslizó por su mejilla cuando miró a Helen y le murmuró un gracias con un nudo en la garganta.

“No necesitas... el que está arriba... me lo dio hace dos días cuando le dije que vendría a verte. No quería dármele hasta que yo supiera que te vería. Creo que ha intentado entrar para verte el mismo, pero hasta ahora no ha tenido suerte. Haré lo posible para ayudarlo a entrar. Lo prometo. Y le daré esto mañana,” dijo Helen, cuidadosamente guardando el escrito que le dio Clara en su bolsa.

Hubo un golpe en la puerta, y Clara se levantó para contestar, sabiendo que sería el Dr. Dixon para escoltarla de vuelta. Rápidamente guardó el paquete de cartas en el frente de su blusa, contenta de haber elegido la más oscura y suelta de las dos que le quedaban.

“Me temo que les he dado todo el tiempo que puedo permitir,” se disculpó el Dr. Dixon. “Señorita Davis, si pudiera esperar aquí por unos minutos,” le dijo a Helen. “Hay un pequeño asunto que me gustaría hablar con usted cuando regrese.”

“Por supuesto,” dijo Helen desde su asiento frente al escritorio.

Mientras el Dr. Dixon cerraba la puerta, Clara vio como la mirada de Helen observaba los materiales en el escritorio del doctor, y reconoció el aspecto en su rostro. Clara caminó lenta y deliberadamente mientras se dirigían de vuelta a su habitación, ambos manteniendo las paginas en su blusa de crujir y que atrajera atención innecesaria, y darle a Helen tiempo adicional para cualquier esquema que estuviera preparando.

En su puerta, Clara se giró hacia el Dr. Dixon. “Gracias, doctor.”

El Dr. Dixon abrió la boca para decir algo, pero lo pensó mejor y solo asintió antes de cerrar la puerta y alejarse.

Cuando la puerta se cerró con llave de nuevo, Clara sacó el paquete de cartas de su blusa y las esparció en su cama. La bandeja con su almuerzo de medio día había sido dejado al pie de su cama con una nota explicando que los platos serían recogidos cuando el ayudante trajera la cena. La sopa estaba fría y no estaba particularmente hambrienta. Estaba muy emocionada para comer. Era el primer pedazo de algo que le había pasado en semanas, y la novedad era más que suficiente sustento por el momento. Al mirar las cartas, luchó contra la necesidad de abrir la nueva carta, decidiendo primero el leer las demás de nuevo.

Aun usando la ropa de su casa, se sentó en su silla con el sol de la tarde entrando por la ventana, y se tomó su tiempo leyendo las palabras que Robert había escrito para ella desde que se conocieron hace tan solo unos pocos meses. Mientras avanzaba, su entusiasmo inicial comenzaba a desvanecerse, siendo reemplazada por un deseo doloroso. Había extrañado a Helen y a Robert en las semanas que había pasado en el asilo, pero algo sobre ver y abrazar a Helen esa mañana, teniendo una nueva carta de Robert esperando a ser leída, sabiendo que él quería verla tan desesperadamente como ella quería verlo, algo sobre todo esto hacía que el esperar y la incertidumbre fuera más difícil de soportar. Ella omitió las últimas letras del montón y cuidadosamente abrió el sobre.

Mi querida Clara,

He iniciado esta carta tantas veces, pero cada vez que pienso en donde estas y quien te puso ahí, me enfurezco y hago pedazos mi trabajo. Hay tantas cosas que desearía haberte dicho en el auto esa tarde, tantas cosas que desearía haber hecho diferente. Lo más obvio de esto es que desearía el nunca haberte dejado salir de ese auto esa noche. Desearía que no nos hubiéramos separado, que hubiéramos continuado conduciendo por la colina, fuera del valle, y lejos de todo lo que te causaba dolor. He sabido desde el día que te conocí que no eras completamente feliz en esa casa. No podía entender o explicar porque, pero sabía que quería ser yo quien te hiciera feliz. Con cada nuevo pedazo de información que obtenía sobre tu familia y lo que esa tía tuya te había hecho a través de los años, mi deseo de liberarte de todo ello se ha hecho más fuerte. Debí dejarme llevar en ese momento en lugar de esperar a que tú me lo pidieras.

No lo digo completamente en serio. Si no hubiera esperado a que decidieras por ti misma, no sería mejor que ellos, eligiendo por ti cuando deberías ser libre de elegir. Solo puedo esperar que me elijas. Quiero que sepas que todo lo que yo tenga o lo que pueda hacer por ti es tuyo para tomarlo.

Sé que Helen tiene tanta intención de verte como yo, aunque ella quizá pueda tener mejor suerte que yo. Por eso te escribo. Si logro verte primero, te diré todo esto yo mismo, y te mostraré cuan en serio digo cada palabra. Si Helen prevalece, entonces quiero que sepas que no tardaré mucho. Te veré de nuevo y haré lo que sea que me pidas. Solo no renuncies a mí, o no me olvides, ya que no puedo olvidarte ni renunciaré a ti.

Por siempre tu amado,

Robert

Tomó varios intentos antes de que Clara pudiera leer por completo la carta. Sus lágrimas hacían imposible el distinguir las palabras, y luego que una cayó sobre la página y comenzaba a borrar la tinta azul, hizo la carta a un lado hasta que sus ojos estuvieran lo suficientemente secos para continuar.

Clara mantuvo las páginas juntas y envueltas en el pequeño baúl. La última carta de Robert estaba guardada con cuidadosamente bajo la cubierta de cual fuera el libro que estuviera leyendo en ese momento, lista para un impulsivo escaneo cuando pensara que el dolor por no verlo, de no saber cuándo encontraría el camino hacia ella, se hiciera abrumador.

Había perdido la noción de cuánto tiempo había pasado desde que llegó, así que en su lugar comenzó a contar los días que pasaron desde que Helen vino a verla, contando el número desconocido de días antes de que pudiera ver a Robert de nuevo. También se dio cuenta que la frecuencia en la que los visitantes la miraban por la pequeña ventana en su puerta bajaron significativamente antes de disminuir por completo. Luego de una semana de la visita de Helen, nadie molestó a Clara excepto para sus comidas y viajes arreglados hacía la biblioteca.

Cada varios días, el Dr. Dixon mismo le llevaba la bandeja con su comida y conversaba con ella mientras comía. Nunca fue sobre ella o que seguía haciendo ahí; nunca tuvieron la prometida discusión sobre su diagnóstico o sus opciones de tratamiento; nunca preguntó sobre su educación o su familia. Generalmente, preguntaba sobre los libros que había leído y si encontraba adecuada la selección de la biblioteca. Si había algo específico en lo que estuviera interesada, él podría buscarlo para ella. Estaba sorprendido que ella podía leer en alemán, y le pidió si podía revisar sus raramente referenciadas copias de Freud en ese idioma, esperando recuperar su rudimentario conocimiento del idioma. Le daba algo que hacer y esperar, además de pensar sobre Robert y el salir del asilo.

Cuando escuchó la escotilla deslizarse por la ventana de su puerta un día y vio que la observaba el Dr. Dixon, la hizo sentir nerviosa. Usualmente abría la puerta, últimamente teniendo el hábito de tocar la puerta educadamente, creando la ilusión de que estaba ahí por su voluntad, o que tenía decisión sobre lo que le pasara. Ella cerró su libro y miró a la ventana donde su rostro fue reemplazado por otro que no era el rostro familiar que ella esperaba ver. Ella se heló cuando el sonido de la llave girando en el cerrojo llegaba hasta

sus oídos. Instintivamente guardó el libro bajo su almohada, Clara estiró el vestido del asilo cuando el Dr. Dixon guio a su tía dentro de la habitación.

“Como puede ver, Sra. Davis, Clara está muy bien,” explicó, pero Martha solo asintió por rutina, no porque le prestara atención o le importara lo que dijera.

Sus ojos miraron a Clara mezclándose en la opacidad de la tela, la manera en que la silenciosa pobreza de la habitación se filtrara en su piel y su expresión, como sus intentos para arreglar su cabello y sus ropas solo llamaban más la atención hacia su monótona naturaleza. Clara notó la pequeña sonrisa que Martha rápidamente suprimió cuando el Dr. Dixon mencionó un caso para que Clara pudiera volver con su familia.

“Entiendo lo que dice, doctor,” dijo Martha girándose hacia él, con el escepticismo pintado en su rostro. Clara no pudo evitar girar sus ojos. “Pero somos responsables de más que solo nosotros en esa casa. Tenemos muchos sirvientes y personal que vive en la propiedad, y mi esposo y yo nos preocupamos por su seguridad también.”

“Quizá le gustaría estar unos minutos a solas con la señorita Davis,” sugirió el Dr. Dixon. Su atención estaba en Martha, así que no notó la mirada de súplica en los ojos de Clara. Lo último que ella quería era estar a solas con Martha. Aunque estuviera desesperada por hablar con alguien, alguien de casa, no tenía deseos de pasar más tiempo con Martha. Clara estaba muy segura de ser capaz de mantener la compostura, pero también sabía que, dada la oportunidad, Martha haría todo en su poder para probarla. “Estoy seguro que ella no representa una amenaza a usted y a los demás.”

“Sus instalaciones y sus métodos son impresionantes, Dr. Dixon, y estoy consciente sobre su posibilidad de obtener resultados. Si me promete no alejarse mucho de la puerta, en vigilar la situación desde afuera, entonces aceptaré su oferta de pasar unos minutos a solas para ver esa transformación por mí misma.”

“Excelente,” dijo el Dr. Dixon, fallando en contener su emoción. Clara podía ver que él creía que hacía progreso con Martha, pero Clara conocía a la mujer mucho mejor que ella, y miró con un nudo en el estómago mientras el salía de la habitación y cerraba la puerta.

“Mi querida Clara,” comenzó Martha, moviéndose para sentarse en la pequeña cama. “Lamento que todo tuviera que llegar a esto, en verdad lo lamento.”

Su tono era todo menos de arrepentimiento, pero Clara simplemente tomó

asiento junto a la ventana de nuevo, y esperó a que su tía continuara. Era difícil sentirse dignificada con su atuendo, pero Clara se esforzó.

“Quiero que sepas que no te culpo por nada de esto. Si aquellos en quienes confié hubieran sido fieles a su palabra, no hubieras sido alentada a tus pequeñas fantasías. Ambas fuimos engañadas por Gertrude. Helen... bueno, ella siempre fue atraída por el drama. Me culpo a mí misma por ello. Su padre y yo siempre estuvimos inclinados en complacerla desde niña, y ahora estamos pagando por ello. Pero ella ahora está mejor sin ti para distraerla.” La mirada de Martha exploró la habitación, tomando cada pequeño detalle. “El Sr. Flint y los Robinson estuvieron decepcionados por un tiempo. Sé que Helen les ha contado su versión de los eventos, pero, de nuevo, no puedo evitar complacerla.”

“¿Su versión de los eventos?” preguntó Clara, con sus cejas levantadas, finalmente respondiendo a las burlas de su tía. “¿Quieres decir la verdad?”

“Una parte de la verdad,” admitió Martha. “Pero una porción irrelevante. Te pareces a ella. Lo sé, ya que somos gemelas, puedo decir que te pareces a mí, pero no es así. Tu color viene de tu padre...” Martha titubeó, mirando profundamente en la mirada inflexible de Clara, pero miraba a alguien más. Parpadeó mientras continuaba. “¿Pero tu expresión? ¿La manera en la que te comportas? Todo eso viene de Amelia.”

“Estoy segura que, viéndome aquí, el parecido debió ser más fácil de notar.”

Martha se reclinó hacia delante. “¿Qué fue lo que te dijo? Sé que no te lo dijo todo.” Se sentó de nuevo, con su tono de superioridad desvanecido de su voz, reemplazado por algo más personal y sincero. “No puede porque no lo sabe todo.”

“Ya me hablaste sobre la humillación por la que la culpaste y la notoriedad. Pero, ¿por qué lo estas desquitando en mí?” preguntó Clara, genuinamente interesada.

A pesar de sentir curiosidad sobre su madre y padre, cuando vio a Amelia, había algo que faltaba. Esperaba una conexión instantánea, la sensación de que había encontrado una pieza de ella misma que no sabía que necesitaba. Y supuso que había encontrado una pieza faltante, pero no había más. El encontrarse con su madre no la hizo sentir tan completa como ella hubiera querido. Quizá Martha tenía una pieza después de todo.

“Yo... pensé que podría hacerlo,” murmuró Martha. “Pensé que podría hacerme creer...” Martha parecía recordarse a sí misma entonces. Se enderezó

y se aclaró la garganta. “Pero estaba equivocada. No tenías más de tres años cuando lo vi en ti.”

“¿Ver qué?”

“A Amelia. Había mucho de ella en ti por tu propio bien. No era tu culpa, e hice lo mejor posible para alejarte de las influencias que la afectaron... pero incluso al mantenerte alejada de todos y de todo, lograste encontrarlas. Y esa misma... arrogancia, ese mismo... impulso que la arruinó comenzaron a aparecer en ti. Había visto lo que le hicieron a Amelia y lo que la obligó hacerle a los que tenía a su alrededor, la manera en que se corrompió, y a la vez corrompía... no podía solo quedarme sentada y dejar que eso pasara de nuevo. Las mentiras y luego la decepción... hice lo que tenía que hacerse. Estas aquí por tu propio bien, y te quedarás aquí hasta que diga lo contrario, hasta que pueda ver que te han dejado.”

Había pasión y determinación en los ojos de Martha que Clara sabía que solo podían venir de la convicción desviada y retorcida de su tía. Ella de verdad creía en lo que decía y Clara descubrió que la lástima por la patética mujer frente a ella abrumaba el enojo que crecía en su pecho.

“Mira, “dijo Martha, levantando un dedo y señalando el rostro de Clara. “Ahí está. Aún está ahí. Pero creo saber qué es lo que lo matará, de una vez por todas. Te quedarás aquí mientras tanto, pero ahora sé qué te curará, y cuando llegue el momento, volveré para buscarte. Te lo prometo.”

Se levantó y se apresuró hacia la puerta, golpeado fuertemente hasta que el Dr. Dixon la abrió. Ella salió rápidamente y cerró la puerta detrás de ella.

Clara no pudo entender que ocurría afuera, pero podía adivinar por los tonos altos y bajos de la voz de su tía y la manera en que el Dr. Dixon la miraba a través de la pequeña ventana en la puerta. Ella lo miró colgar su cabeza en lo que parecía ser resignación antes de deslizar la escotilla de la ventana.

Clara tomó el libro que estaba bajo su almohada y sacó de él la carta de Robert para leerla de nuevo. Ella saldría del asilo. Estaba segura de ello ahora. Pero si Martha iba a buscarla, sería solamente para quebrarla aún más. Clara rezó por encontrar los medios para escapar, pero se conformó con sus recuerdos de Robert por el momento.

El Dr. Dixon no hizo ninguna mención sobre la visita de Martha o sobre lo que pasó entre ella mientras reanudaban sus sesiones regulares. Clara evitó mencionarlo también. Había algo en su manera de tratarla que ella no quería

interrumpir, una balanza que se inclinaba a su favor, pero un pequeño movimiento podría hacerlo caer hacia el otro lado.

Se conformó con observarlo y averiguar cuál sería la mejor manera de hablarle sobre su liberación. Él podría estar abierto a la sugerencia de transferirla a otras instalaciones, una que fuera menos segura; quizá incluso una tan progresiva como en la que residía Amelia. Si ella pudiera ser transferida a algún lugar más accesible, quizá podría tener una oportunidad de comunicarse con Robert y Helen para organizar una solución permanente para su actual encarcelación.

“Estoy considerando en traer a un colega mío para que pueda consultar tu situación,” mencionó un día mientras salía de la habitación.

“Oh.” Clara no estaba segura de que más podría decir. ¿Estaba en posición de objetar tal encuentro?

“Supongo que fue la manera incorrecta de decirlo,” dijo el Dr. Dixon rápidamente, volviendo al comienzo de lo que había dicho. “Creo que el estará interesado en escuchar tus puntos de vista sobre Freud, ahora que eres familiar con el material. Es de una mente curiosa y llena de opiniones, y me imagino que una discusión amigable será algo que todos podremos disfrutar. No estoy seguro de cuando vendrá. Aún estamos trabajando en los detalles, pero no hubiera querido traerlo sin que usted lo supiera.”

“Gracias. Lo espero con ansias,” dijo Clara con una sonrisa. El Dr. Dixon asintió y cerró la puerta mientras se iba.

Solo unos pocos días después que el Dr. Dixon apareció inesperadamente en su puerta con su colega.

“Señorita Davis, me temo que debo dejarlos a ambos para que se presenten. Hay una situación ocurriendo en el cuarto piso que no pudo ocurrir en peor momento.” Guió a su compañero dentro de la habitación y cerró la puerta, dejándola sola con el extraño.

“Lo lamento, señor,” dijo ella, haciendo lo posible por arreglar su cabello. Esperaba tener una pequeña advertencia para estar segura de usar uno de sus atuendos de casa. Comenzaban a gastarse un poco, pero eran muchos mejores que el vestido del asilo que estaba usando. “Cuando el Dr. Dixon me dijo que estaba preparando—”

“Clara,” la interrumpió el hombre.

Al sonido de su voz, la cabeza de Clara se levantó de su vestido para mirar el rostro ante ella. Quería creer en lo que veía, lo que escuchaba, pero había pasado tanto tiempo manteniendo sus esperanzas encerradas, que

continuaba sin creer.

Pero el reconocimiento y la alegría estaban innegablemente impresos en el rostro de Robert mientras él le sonreía y se acercaba. Ella murmuró su nombre y se acercó también para encontrarse en sus brazos, con su rostro presionado en su hombro mientras unas lágrimas silenciosas mojaban el suave material de su chaqueta. Ambos dejaron que sus manos viajaran y tomar y aferrarse para confirmar con seguridad que físicamente estaban de juntos, utilizando todos los sentidos a su disposición.

“¿Recibiste mi carta?” le preguntó ella mientras lo abrazaba. “Se lo entregue a Helen. Debió contarte que vino a verme. No estoy segura de hace cuanto paso eso.” Él intentó hacerse para atrás para mirarla, pero ella no lo permitía. Él estaba tan caliente, y sólido, y presente; hubo demasiado espacio entre ellos por mucho tiempo.

“¿Quién crees que me ayudo para finalmente entrar aquí?” dijo con una risa silenciosa. “Estuve intentando verte por semanas, pero fue especialmente difícil encontrar a un ayudante para sobornar. Estas instalaciones o tienen a los empleados más leales, o tu tía encontró la manera de comprarlos a todos.” Ella sintió como el besaba su cabello, dejándose llevar por la sensación.

“Pero, no parecía que Helen tuviera dificultades para entrar una vez que evitara a su madre,” murmuró Clara.

“Ella es familia y apeló a las simpatías del Dr. Dixon en persona. Estas familiarizada con lo difícil que es el resistirse a ella cuando se enfoca en algo.” Clara rio, disfrutando la sensación de sus cuerpos moviéndose al unísono. “Ella consiguió que le correspondiera, enviándole cartas a Nora. Tomó un tiempo, pero ella lo cansó y lo metió en sus planes. No estoy completamente seguro, pero Cliff y Nora pudieron apostar en quién de nosotros lograría entrar primero por esa puerta.”

Clara rio. “No importa lo que tomó, solo me alegra que estés aquí.”

“No puedo ni siquiera imaginar lo que has pasado,” dijo, abrazándola más fuerte.

“Ha sido sobre todo aburrido. No creo que le tomara mucho tiempo al Dr. Dixon el ver el engaño de mi tía. El parece creer que, apelando a su sentido de compasión, mostrándole que cometió un error funcionará, para que ella le pida liberarme de vuelta en su custodia.” Clara sintió a Robert temblar por el pensamiento.

“El hombre debería liberarte bajo tu propia custodia y meterla a ella aquí.” La voz de Robert se levantó por el enojo.

“Él es quién te permitió entrar aquí ahora,” le recordó, intentando calmarlo. “No estoy segura de cuanto ha progresado Helen, pero creo que su pequeña visita aquí solo te ha ayudado.”

Robert se alejó lo suficiente para mirar su rostro. “¿Vino a verte? Te dijo porque—”

Clara presionó un dedo en sus labios, interrumpiéndolo.

“No importa. Tiene algo que ver con mi madre. No conozco los detalles, pero no me importa. Estoy cansada de preguntarme sobre el pasado. Prefiero pensar sobre mi futuro.”

“*Nuestro* futuro,” dijo bajo su dedo.

“¿Lo dices en serio?” Su corazón balbuceaba mientras lo miraba.

“Sí.” Su voz era baja y áspera. “Te amo, Clara y estaremos juntos. Hare todo lo posible por sacarte de este lugar y alejarte de esa mujer. Te lo prometo—”

“Yo también te amo,” lo interrumpió, sin importarle que promesas había hecho. Su amor era suficiente.

Sus labios se encontraron con los de ella, y luego de ese primer momento, pausando para hacerlo más largo, ambos dejaron que sus manos exploraran. Él la acercó y presionó sus cuerpos juntos. Las manos de ella pasaron por debajo de su chaqueta y recorrieron los músculos de su espalda. Su boca comenzó a desviarse de la de ella, besando suavemente su quijada, hasta llegar a su oreja, para continuar por su cuello hasta su clavícula y hacia su hombro.

Sus manos se movieron hacia el pecho de él, con sus dedos recorriendo los botones de su camisa. Ella sintió como los músculos de su estómago se contraían con el cosquilleo a través de la tela. Ella tuvo el deseo de sentir ese movimiento bajo la palma de su mano, pero la tela estaba en el camino. Su nariz movía el collar de su vestido, intentando acceder a la piel de su hombro. Cuando su nariz y dientes no fueron suficientes, ella sintió como sus manos recorrían su espalda para jalar más efectivamente, y dejó que sus labios continuaran su trayecto. Ella levantó su camisa, liberándola de la cintura de sus pantalones, deslizando sus manos bajo el material para que sus manos se recostaran sobre su estómago. Y como imaginó, esos músculos se tensaron de nuevo ante el contacto con sus heladas manos.

Robert pausó y dio un paso atrás, las manos de Clara bajaron mientras lo pensaba de nuevo, con una disculpa en sus labios mientras se ruborizaba, momentáneamente insegura de sí misma. Pero el solamente se quitó su

chaqueta y la lanzó hacia la silla junto a la ventana antes de acercarse de nuevo a ella y acariciar su mejilla, besándola de nuevo. Ella sonrió cuando su boca comenzó a recorrer de nuevo el camino desde su quijada hasta su hombro.

Ella puso sus manos de vuelta donde estaban, y rápidamente se calentaron contra su piel. Ella las deslizó por su espalda, disfrutando la manera en que él se tensaba cuando sus dedos recorrían la línea de su espina.

Mientras ambos usaban sus sentidos para reafirmar la presencia física y la esencia del otro, se movían como si realizaran un baile coreografiado, flotando por el suelo, inconscientes e indiferentes a su posición en la habitación. Fue cuando Clara sintió que sus piernas se encontraban con el borde de su cama, fue que tuvo que tomar una decisión.

Tenía un entendimiento rudimentario sobre lo que podría pasar entre un hombre y una mujer en una cama. Una parte de su mente sabía que debía detenerlo, poner una mano sobre el pecho de Robert y hacerle saber que debían retroceder. Tenerlo tan cerca la confundía. Estaba nerviosa de ir demasiado lejos, sobre cómo podría ser, pero sus instintos la impulsaban a continuar. Había un calor que cruzaba por ella que nublaba sus pensamientos en una manera muy similar que lo hacía el beber demasiadas copas de vino en la cena, pero el golpeteo en su cabeza y oídos no dolían de la misma manera; esto estaba en ritmo con su acelerado corazón, y ese ritmo la hacía desearlo más.

Robert se retiró un poco, dándole tiempo para que respirara. Ella notó un titubeo en sus ojos, la duda y la contención, con eso ella sonrió. Deslizó sus manos por su pecho hasta su brazo y alrededor de su cuello, Clara jaló su cabeza hacia la suya, reclinándose en el colchón, trayéndolo con ella.

Cuando lo pensaba, no había razón para que Clara no escuchara lo que sus instintos, lo que su cuerpo la obligaban a hacer. Ella no tenía una reputación que proteger; ella ya estaba encerrada lejos de las pocas personas que conocía y cuyas opiniones le importaban; todo lo que quería era Robert y en ese momento, él estaba en la misma habitación que ella, sus manos rodeaban su cintura, mientras estaban sentados juntos en la cama. Ella no tenía nada que perder.

Clara desde hacía mucho estaba consciente de cuan duro e incómodo era el colchón de su cama, pero Robert parecía no darse cuenta. Todo lo que ella podía notar era cuantos botones tenía su camisa. Seis. Ella los desabrochó con inesperada facilidad mientras él se distraía al quitarse sus zapatos,

dejándolos juntos en el suelo. Ella abrió su camisa, bajando las mangas por sus brazos hasta que él se liberó de ellas y lanzó la camisa hacia la silla junto con su chaqueta.

Cuando se trató de su vestido, el titubeó para quitárselo, tocando la deprimente tela. Ella se enderezó, levantando el dobladillo lo suficiente para que sus muslos pudieran verse, mientras alcanzaba su espalda para liberar la cuerda que le daba al vestido la única forma que tenía. Aunque no había tenido problemas con los botones de su camisa, sus dedos se entorpecieron y él se acercó para ayudar, dejando ver su ropa interior mientras el vestido caía de sus hombros, exponiendo su pecho a la vista. Ella se ruborizó, consciente mientras liberaba sus brazos de las mangas.

Robert agachó su cabeza, causando que ella se reclinara contra las almohadas. Ella sintió como sus labios presionaban contra el hueso entre su busto y ella levantó sus manos, enredándose en su cabello mientras él se perdía en su suave piel. Ella se preguntó si él podía sentir las rápidas pulsaciones de su corazón, al estar tan cerca de él. Pero el no estuvo cerca por mucho tiempo. Reclinándose sobre ella, el guio su vestido aún más hacia abajo por su torso, pasando sus costillas y cintura, bajando por sus caderas.

El aire de la habitación era frío, y un escalofrío surgió en la piel de su abdomen. Robert recorrió sus dedos a través de ella con una pequeña sonrisa en su rostro. Los dedos de Clara recorrían hacia arriba y abajo el brazo que él usaba para sostenerse para no aplastarla. Esos dedos se aferraban a su brazo, y su aliento aumentó inesperadamente cuando su mano se deslizaba bajo su abultado vestido y comenzó a explorar entre sus piernas.

Ella cerró sus ojos y se reclinó, intentando sin éxito en mantener controlado su aliento. Robert se rio, besándola aún más por su cuello. Cuando ella sintió que tiró de su vestido en sus caderas, ella se levantó lo suficiente para ayudarle a terminar su trayecto. El viento frío entre sus piernas solo la hacía sentir aún más el calor dentro de ella, el deseo y la necesidad luchando y sometiendo los nervios y sensación de miedo en el fondo de su cerrado estómago. Sus ojos seguían cerrados mientras ella abría sus piernas para permitir que Robert se posicionara entre sus muslos y presionara contra ella.

Ella pudo sentir su aliento en su oreja mientras le murmuraba, “te amo” a ella de nuevo. Luego que ella murmurará lo mismo, el presionó contra ella, y ella se mordió su labio. Se movió cuidadosamente, haciendo un esfuerzo por ser gentil, pero pronto, el placer era más fuerte que la incomodidad, y se dio cuenta que ella se arqueaba hacia el expectante, con sus caderas levantándose

hacia el instintivamente. Ambos estaban jadeando y gimiendo con el esfuerzo de sucumbir y cumplir su mutuo deseo.

Clara pudo haber pasado el día entero acostada junto a Robert, con su cabeza descansando en su pecho mientras recorría su cabello, y él dormía. El realmente no estaba durmiendo, por supuesto. No tenían esa clase de tiempo. Algún día quizá, pero no hoy. Aun así, incluso con su peso presionándola sobre el incómodo colchón, ella nunca se había sentido más libre, más segura de sí misma o de cualquiera.

Por mucho tiempo, Clara había sentido que siempre estaba esperando algo; esperando por que Helen y sus padres regresaran y la hicieran sentir que era parte de un mundo más grande; esperando que su vida tuviera sentido; luego saber la verdad sobre quien era, quienes eran sus padres, y aun esperaba por las respuestas a incontables preguntas que esa información producía. Aún no sabía el nombre de su padre. El esperar y las preguntas dejaban un vacío que ella había despertado lentamente, pero cuando se daba cuenta que estaba ahí, era imposible de ignorar. Clara tontamente pensó que la solución yacía en el pasado, su pasado, que encontrarse con su madre y conocerla llenaría esos espacios, llenaría ese vacío.

Pero mientras reposaban entrelazados y cansados, Clara no sentía esa ausencia. La solución no estaba en su pasado, sino en su futuro, un futuro que incluía a Robert. Las respuestas estarían bien, pero Robert era todo lo que necesitaba para ser feliz.

“No tenemos mucho tiempo,” le recordó a Robert. Él levantó su cabeza, descanso su barbilla en su pecho para mirarla. Estaba renuente a dejarla, como ella a dejarlo ir. “Me parece que habías mencionado algo sobre tener un plan, ¿o sólo fue para entrar a verme?”

Él se sentó y comenzó a vestirse, tomando su vestido y cubriéndola con él para que no sintiera frío sin su cuerpo para mantenerla caliente.

“Es el plan de Helen, de hecho. No estoy completamente convencido, pero no he podido pensar en otra cosa que no sea sacarte físicamente de aquí con un arma. Si hubiera pensado que teníamos alguna oportunidad de escapar y eludir a las autoridades, quizá lo hubiera intentado.”

“Así que, ¿de qué trata el plan de Helen?” preguntó Clara, curiosa no por los detalles, sino por saber cuánto debería esperar para estar juntos de nuevo.

“Aún no me ha contado todo, pero involucra el jugar con los deseos de su madre, que ella y yo nos casemos,” dijo, agachando su cabeza y

ruborizándose, causando que Clara riera en voz baja. “Me alegra que te guste la idea, porque me enferma cada vez que pienso en ello. No en Helen. Es una maravillosa e increíble mujer. Sino en la mirada engreída y de satisfacción en el rostro de tu tía.” Él se estremeció y Clara rio más fuerte.

“Lo conozco bien. Supongo que el imaginar su expresión cuando descubra que fue vencida ayuda,” bromeó, poniéndose de nuevo el vestido sobre su cabeza y ajustando su ropa interior.

“Lo intentaré la próxima vez que Helen y yo discutamos sobre arreglos florales y listas de invitados.” Se levantó para abotonar su camisa y ella se levantó para ayudarlo, colocando la camisa de vuelta en la cintura de sus pantalones.

“Para que sepas, los lirios son mis flores favoritas, en especial las de azul morado profundo. Y sobre encontrar la manera de sacarme de aquí, puedes preguntarle a Helen si ha consultado a Trudy,” aconsejó Clara, ahogándose al recordar que Trudy había sido sacada de la casa al mismo tiempo que ella fue enviada al asilo. “Si la encontró, claro. Sé que el último plan que hicimos no funcionó muy bien, pero tendría al menos algunas ideas para lidiar con Martha.”

Las manos de Robert encontraron su cintura y la acercó para besarla de nuevo, poniendo todos los pensamientos de sus problemas que debían superar lejos de su mente.

“¿Qué crees que estás haciendo?” gritó una voz.

Robert y Clara saltaron y él puso su brazo frente a ella para protegerla. No escucharon la puerta abrirse. No era el Dr. Dixon sino otro miembro del personal administrativo. Clara no lo reconoció, pero parecía conocer a Robert.

“Creí haberte dicho que te mantuvieras lejos,” dijo, bloqueando la puerta mientras llamaba a algunos ayudantes en el pasillo para asistirlo.

Robert se heló. Clara tomó su mano, y su pánico comenzó a filtrarse en ella. Una vez más, sus planes habían sido interrumpidos y los resultados podían ser catastróficos.

“Te lo advertí. Contactaré a los familiares de la paciente y a las autoridades. Descubriré a quien le pagaste y—”

“Puedes notificarlo si quieres, pero preferiría decirle a su familia yo mismo,” lo interrumpió Robert, rompiendo su estado de parálisis y se sacudió a Clara con sorprendente fuerza, sorprendiendo y asustándola un poco. “Después de todo, ellos fueron lo que me dijeron dónde encontrarla.”

Rodeó a Clara para tomar su chaqueta. Ella quiso tocarlo para tranquilizarse, pero él se alejó, evitando el contacto. Su expresión era fría y dura, pero no estaba dirigida al hombre que los interrumpió; estaba dirigida a ella.

Ella cruzó los brazos frente a su pecho, olvidando que estaba vestida. De repente se sintió expuesta y avergonzada bajo su mirada.

“Dr. Ramfield,” la confundida voz del Dr. Dixon fue seguida por la entrada del doctor.

“Está bien, Dr. Dixon,” dijo Robert. “Estaba por explicarle a su colega que fue usted quien me permitió ver a esta paciente, a petición de su familia.”

“Si,” dijo lentamente el Dr. Dixon. “El guardián de la joven llamó por teléfono esta mañana para hacerme saber que se le permitiría la entrada a este hombre. Él tenía... algo...”

“Un mensaje,” completó Robert. “Había un mensaje que necesitaba entregar.”

“¿Un mensaje?” el Dr. Ramfield preguntó escéptico.

“Si,” afirmó Robert, sin dejar espacio para preguntas.

“Yo me... ausenté,” dijo el Dr. Dixon, volviendo a la historia que había contado antes de dejarlos solos. “Pensaba en ofrecer mi oficina. ¿Le gustaría tener unos minutos a solas con la paciente?”

“No,” dijo Robert caminando hacia la puerta. “No será necesario. Obtuve lo que vine a buscar. Terminé con ella.”

El aliento de Clara quedó atrapado en su pecho por la forma en que dijo eso, el miedo y la duda rompían las revelaciones que había experimentado, las seguridades.

“Pensé que había dicho que tenía un mensaje que necesitaba entregar” dijo el Dr. Ramfield, aun dudando en si aceptar la explicación que le dieron.

“Exactamente,” dijo Robert con una vulgaridad que hizo que el estómago de Clara se cerrara, y salieran lágrimas de vergüenza en sus ojos. “Confíe en mí, el mensaje fue entregado.”

Luego los tres hombres la dejaron sola en la habitación, encerrándola.

Clara colapsó en su cama. La ropa de cama se doblaba debajo de ella mientras ella se rendía a las lágrimas. Quizá era más parecida a su madre de lo que pensaba; quizá debió presionar más a la mujer por mas respuestas. Parte de ella se resistió a creer que Robert la estuviera utilizando. ¿Qué había de todas esas cartas y todo lo que él le había dicho? No pudieron haber sido un engaño. Lo que compartieron era real. El volvería por ella. Martha podría

pensar que podía casarlo con Helen, pero ella estaba segura. Además, Helen nunca seguiría esa idea.

Pero por tanto que luchara por creer en el afecto de Robert, las semillas de duda habían sido plantadas. En la fría y vacía habitación, con un incontable tiempo ante ella, esas semillas resistirían contra su esfuerzo de que germinen en su mente, pero era una especie invasiva y fuerte. No podía olvidarlo. Y tenía que hacer algo sobre eso. Así que, comenzó a pensar.

Volumen Cinco

Por algunas horas, Clara se permitió creer para sí misma que tenía algo por lo que esperar, que sus días en el asilo estaban contados, y ella estaría feliz de irse. Pero la manera en que Robert se fue la dejaba confundida y asustada. Ansiosamente contaba los días que pasaron inmediatamente luego de su visita, intentando convencerse de que volvería y se explicaría. Cuando los días se volvieron semanas, clara dejó de contar. El Dr. Dixon había cesado en su hábito de pasar las comidas con ella, y abandono las discusiones de Freud y de otros pensadores y filósofos alemanes que le había presentado. Ella quería creer que era porque él estaba avergonzado de haber sido atrapado al ayudarles a ella y a Robert, pero una tarde decidió que debía ser porque su tiempo juntos había servido su propósito. Él había sido enviado para ganar y construir su confianza para poder explotarla cuando llegara el momento.

La próxima vez que lo vio, él llegó a su puerta mientras un asistente la miraba el comer su comida del medio día. Al indicarle al ayudante para que los dejara, el Dr. Dixon entró, esperando que ella hiciera su bandeja a un lado para que le prestara atención. Ella solo había logrado comer unos pequeños bocados, pero sus habilidades de reacomodar la comida en su plato hacían parecer que había consumido mucho más.

El Dr. Dixon abrió la boca para hablar, aunque, al mirar la expresión triste de Clara, el simplemente le entregó un sobre que sacó del bolsillo de su chaqueta. Ella titubeó en tomarlo. Al final, el la colocó en su regazo, tomó la bandeja abandonada, y salió.

Él tenía que escapar de esa mirada. Sería diferente si ella lo miraba con el mismo enojo y desafío que le había mostrado a su tía cuando ella vino a verla. Pero todo eso había desaparecido de ella o los había enterrado tan profundo que bien podrían haberse ido. Y él se odiaba a si mismo por el papel que realizó que, en su mente, era para quebrarla.

Pero Clara no estaba rota, al menos, no por completo; era solo su corazón por ahora. El sobre no había sido enviado por correo; había sido enviado directo al asilo para que el Dr. Dixon se lo entregara. Había dejado una nota con instrucciones en el sobre abierto para que ella pudiera ver que era la letra tan conocida de su tía. No había ninguna carta o nota para Clara, solo un recorte de un periódico anunciando el compromiso de Helen Davis con Robert Flint. No había detalles acerca de donde tomaría lugar la boda o quien sería invitado. Ella estaba segura que esa información llegaría pronto. Martha no había mostrado piedad aún, así que Clara sabía que podía esperar en el

futuro.

Sus lágrimas cayeron silenciosamente en el delgado papel a pesar de luchar por tranquilizarse al creer que todo debía ser parte de un gran plan de Helen. Así pudiera creer o no en las promesas y las palabras de devoción que Robert le había murmurado en su oreja mientras yacían en ese colchón, Clara sabía con toda seguridad que Helen nunca estaría de acuerdo con la boda. Podrían saber que eran primas, pero fueron criadas como hermanas, y en espíritu, permanecían como hermanas.

Cuando sea que finalmente fuera liberada del asilo, ella podría contar con Helen para que la consolara si en efecto Robert la había traicionado. Sería en el hombro de Helen donde lloraría y confesaría en que no debió dejarse llevar tan fácilmente. Era ella quien le diría que a pesar de que podría no haber esperanza, Clara podía y debía ser feliz; si alguien lo merecía, era Clara.

Así que Clara se permitió llorar por un momento, para luego secar sus lágrimas por el anuncio, tomando la delgada página y dejándola para que se la llevaran junto con los restos de su cena. Vio manchas de tinta en sus dedos, y la mirada inquisidora del ayudante sugerían que también lo tendría en su rostro también, pero ella levantó en alto su cabeza, esperando hasta que la llevaran afuera para secar sus mangas y poder limpiarse sus ojos apropiadamente.

Ella pudo haber pensado que Robert llenaría el vacío que dolía en su pecho, pero ella podía verlo incluso en su ausencia, no había regresado. El dolor que sentía en su pecho era diferente, algo que supo que sanaría con el tiempo. Él no era la pieza faltante después de todo; el solo le había ayudado a encontrarla dentro de ella. Lo que sea que ocurra, sin importar que él pudo haberla lastimado, ella sonrió mientras reflexionaba en lo que él le había dado. Ella estaría más feliz con él en su vida, pero ella ahora sabía que siempre sería feliz simplemente por haberlo conocido, por haberse encontrado gracias a él. Él no la había usado; ella lo había usado. Ella pudo decir adiós si tenía que hacerlo, pero más que nada quería decir gracias.

Por supuesto, las epifanías y la alegría resultante de una tarde dieron poca consolación ante la cara de la incertidumbre de un prolongado encierro y aislamiento. Clara volvió a su hábito de observar al personal a su alrededor en sus actividades, forzando su mente y su voluntad a pensar en una manera para escapar del asilo. Podría tomar años, pero paciencia era algo que Clara tenía en exceso.

Clara se sorprendió cuando el rostro del Dr. Dixon apareció en la pequeña

ventana a su habitación una mañana, acompañada por el Dr. Thompson. No podía escuchar lo que decían, pero asentían mucho antes de que la escotilla fuera reemplazada, y Clara se preguntó que podría significar.

¿Iban a moverla de lugar? ¿Terminaría en las mismas instalaciones que Amelia? ¿Era eso algo que ella quería? Pensó en el día en que conoció a su madre. Las instalaciones eran progresivas en sus actitudes y métodos y, por todo el tiempo que había pasado en su habitación, era una opción atractiva. Clara se preguntó que significaría esa implicación. ¿Acaso Martha la cambiaba de lugar porque sentía que ella ganó, que la boda próxima la hizo sentir lo suficientemente triunfante para sentirse generosa de transferirla a un lugar más tolerable? Quizá eso mostraba que Martha era capaz de sentir algo como culpa o remordimiento, y el cambio era algún tipo de recompensa. Pero Clara no podía creer en esas posibilidades. Martha esperaba para complacerse luego de que la boda se llevara a cabo, e incluso entonces, ni la piedad ni la culpa eran emociones que Clara dudaba que Martha pudiera sentir.

Los pensamientos de Clara volvieron a la relación de su madre con Martha y lo que había pasado entre ellas. La manera en que Martha se refería a su hermana, y lo que había pasado mencionaba algo más que solo el escándalo, las reputaciones arruinadas, y el ser manchada por la sociedad. La curiosidad de Clara despertó una vez más, pero la necesidad que la impulsaba a saber más estaba centrada en una manera para pasar el tiempo. Quizás las respuestas de su escape yacían en la historia que había pasado hace tantos años. Aun así, seguramente habría varias oportunidades para escapar mientras era transferida a otras instalaciones; el progresivo instituto no parecía tener las mismas preocupaciones de mantener a sus pacientes encerrados.

Pasaron varios días sin ninguna palabra o señal del Dr. Dixon o del Dr. Thompson. Quizá este último había ido al asilo en algún negocio no relacionado, y solo lo llevaron a verla debido a su curiosidad, habiéndola conocido tan cerca de ser internada ella misma.

Pero un día, la escotilla se movió de nuevo, revelando los rostros del Dr. Dixon y del Dr. Thompson. Clara intentó mirarlos a los ojos, pero se fueron sin advertencia y sin ninguna señal de que volverían. Ella volvió a leer su libro. No era una historia especialmente entretenida, pero incluía escenas de un escape de prisión que llamaba su atención dado su predicamento. Abrió su mente a la logística de algo más que solo escapar de su encierro. Si escapaba, ¿qué haría para evitar que la capturaran? ¿a dónde iría? ¿qué haría para

comer, ganar dinero, donde quedarse?

Cuando escuchó que la lejana campana sonaba para anunciar su comida del medio día, Clara cerró su libro y se preparó para la llegada del ayudante quien le traería su comida, preguntándose qué comería hoy (quien fuera, llegaba un poco tarde).

El Dr. Dixon abrió la puerta sosteniendo su bandeja. Era el primero que se tomaba el tiempo para verla y sostenerle la mirada desde aquel día que Robert estuvo ahí, y el recordar ese día le hizo sentir un dolor en el pecho. Ella aún estaba sanando del golpe emocional; no estaba segura de sí se había recuperado por completo de la decepción, y al igual que la sospecha se alojaba en ella, una flama de esperanza persistía en arder de vez en cuando. Tomaba el paquete de cartas que Helen le había regresado, los leía con el deseo de que la flama se encendiera y quemara todas sus dudas, calentando su adormecido corazón de nuevo.

El Dr. Dixon se aclaró la garganta. “Espero no te moleste el tener compañía esta tarde,” dijo, entregándole la bandeja. Ella creyó que se refería a el mismo y se encogió de hombros, examinando mejor la comida del día. Él podría hablarle si quería, pero ella no estaba segura en si le respondería.

Cuando miró hacia arriba, se dio cuenta que el volvió a la puerta donde el Dr. Thompson dejó entrar a Amelia. Ella sostuvo su brazo con fuerza y él le dio una palmada en su mano para tranquilizarla.

Clara comenzó a objetar, pero retuvo su lengua. Trajeron una segunda silla a la habitación y el Dr. Thompson sentó a Amelia en ella. Trajeron una bandeja para ella también. Los ojos de Amelia seguían fijos en el Dr. Thompson mientras él se acercaba a la puerta, asintiéndole para alentarla.

“¿Crees que las dos estarán bien si las dejamos a solas?” le preguntó el Dr. Dixon a Clara mientras estaba de pie con su mano en el pomo de la puerta. “Estaremos justo afuera en el pasillo si necesitan algo. Todo lo que tienen que hacer es tocar.”

Clara recorrió sus ojos hacia la tímida figura de Amelia. Su postura estaba un poco encorvada mientras estaba sentada balanceando su bandeja de comida en su regazo. Comenzaba a mirar a Clara, pero su mirada vagaba hacia la pared y recorría las líneas donde el techo, las paredes y el suelo se intersectaban, siendo las fronteras que confinaban la habitación. Clara reconoció la valoración mental que Amelia estaba haciendo, y la manera en que su agarre sobre la cuchara en su bandeja era más fuerte. Era algo que Clara podía imaginarse a sí misma haciendo en cada habitación a la que

entraba por el resto de su vida; era la manera en que alguien que había sido encarcelado calculaba las posibilidades de escapar, planeando rutas en un espacio confinado, orientándose a encontrar el ángulo donde tenían la mejor vista de cualquiera que se acercara por ellos.

“Estaremos bien,” dijo con confianza, sonriendo por el bienestar de Amelia, en lugar de hacerlo por algún sentido de gratitud hacia el Dr. Dixon.

El asintió y las dejó para que comieran. Clara y Amelia comenzaron a comer en silencio.

En un esfuerzo por mostrar que no le molestaba la presencia de Amelia, Clara decidió comer y no solo empujar su comida como lo ha estado haciendo con cada vez mayor frecuencia. Era una habilidad que compartía con su madre. Amelia usaba su tenedor para picar la insípida comida frente a ella, pero mayormente miraba a Clara.

Con un golpe inesperado, Amelia levantó la bandeja de su regazo y la puso al pie de la cama de Clara. “No sé porque les permití que me convencieran de hacer esto,” murmuró mientras se levantaba de su silla para caminar y jugar con sus manos. “No me quieres aquí... no puedo culparte... ni siquiera sospechaba que estuvieras viva... debí saberlo mejor... porque le permití a Martha... debí haberle escrito a él... es muy tarde hacer la diferencia ahora... ha pasado mucho tiempo...”

Clara cuidadosamente hizo a un lado su bandeja y se levantó, acercándose a Amelia con precaución. No había pensado mucho en como ese encuentro había impactado a su madre. Ella quería saber lo que había pasado entre Martha y Amelia, y quien era su padre porque tenía curiosidad y estaba buscando respuestas sobre ella misma, pero nunca se detuvo a pensar para preguntarse lo que su reaparición le haría a Amelia.

Mientras se acercaba para tomar la mano de la mujer, Amelia se detuvo y miró el brazo estirado de Clara, sorprendiéndola, haciendo que Clara se detuviera. Amelia tentativamente tomó su mano, examinándola. “Ni siquiera pude sostenerte luego de que nacieras... nunca pude sentir como tomabas mi dedo con tu mano.” Ella miró arriba de sus manos unidas. “Ella lo tomó de mí; lo tomó de nosotros.” Había lágrimas en los ojos de Amelia mientras miraba a Clara.

“¿Porqué?” murmuró Clara.

“Por lo que yo tomé de ella.”

“¿Qué fue lo que tomaste de ella que podría justificar eso?”

“Tu padre,” dijo Amelia con un nudo en su voz. Sus ojos miraron el

cuello de Clara, buscando el relicario. Clara casi se arrepintió que no lo tenía más con ella, pero se contuvo de decirle a Amelia lo que había hecho con él. Estaba un poco avergonzada de la rabieta que había hecho esa noche.

Amelia se acercó a la silla que había abandonado hace unos minutos, y Clara le ayudó a sentarse. Ella no quería presionarla mucho, pero podía sentir que estaba al borde de finalmente conocer el resto de la historia y no permitiría que nada la alejara; ella continuaría así debía presionar, halar o saltar para llegar ahí. Pero luego de más de veinte años, Amelia guio voluntariamente a su hija a donde ella necesitaba ir.

“El nombre de tu padre es Arthur. Arthur Nicholson. El y Martha se conocieron mientras yo viajaba con una de nuestras tías. Era un viaje que tenía pensado realizar con su esposo. Pero él no sentía bien para ir. Luego que el muriera, ella nos pidió a mí y a Martha que la acompañáramos. A Martha no le importaban mucho ese tipo de cosas. No le molestaba ir a los lugares usuales de temporada, Newport, la ciudad, la casa de campo; pero era muy tímida sobre la perspectiva de viajar por el océano, y estaba dispuesta a sacrificar un viaje a Europa. Así que yo fui y ella se quedó. Y ella conoció a Arthur.”

Clara había estado de pie junto a la silla de Amelia, lejos de su propia silla. En lugar de soltar la mano de su madre para mover su silla, Clara lentamente bajó al suelo, colocando sus piernas bajo de ella, reclinándose contra el asiento y el muslo de Amelia.

“Era una relación que nuestros padres y los de él aprobaban. Para el momento en que yo había vuelto de Europa, ellos ya estaban comprometidos desde hacía algunas semanas. Pasaron varios días antes de conocerlo en una fiesta a pesar de que Martha no había hablado de otra cosa desde el momento en que llegué a casa. Estaba claro que a ella le gustaba, pero por la manera en que hablaba de él... era tan reservada y precisa en la manera en que lo describía. Todo era una reiteración de lo que él le había dicho o lo que había aprendido de él; nada realmente se trataba sobre quién era él, o como era. Se sentía como si ella simplemente siguiera la corriente, de que era algo conveniente, algo que hacer para mantenerla ocupada.”

Se giró y miró directamente a los ojos de Clara.

“No creía que a ella le importara el tan profundamente. No actuaba como si así fuera. Conocía a mi hermana, y he visto su emoción por las cosas que le importaban. A pesar de que ella siempre fue la más reservada, sabía cómo era ella cuando le importaba algo. Ella no se comportaba de esa manera cuando

se trataba de Arthur.”

Amelia tomó fuertemente la mano de Clara, con sus uñas clavadas en la piel de la palma de Clara. Necesitaba convencer a alguien que ella no pretendió lastimar a Martha.

Clara puso su mano libre sobre las manos juntas, asintiendo para mostrarle a Amelia que entendía lo que estaba queriendo decir. Ella soltó su agarre, y un poco del dolor en la palma de Clara se detuvo.

“Martha nos presentó,” continuó, con su mirada moviéndose hacia la ventana y el cielo azul-gris. La tensión que traía la cercanía de las cuatro paredes se disipaba entre más se concentraba en el mundo afuera de la ventana. “Ella le dijo que me presentara el lugar mientras ella discutía algunos detalles sobre la boda con mi madre y algunas de sus matronas. Aún estaban decidiendo una fecha, pero tenía firmes opiniones sobre los vestidos de sus damas de honor y las flores. Por supuesto, ya conocía a la mitad de las personas ahí, solo tenía mucho tiempo sin verlos, pero Arthur estaba ansioso de complacer a Martha, así que no vi el punto en hacer un alboroto por algo tan tonto.”

Cuando Amelia se giró para mirar el rostro de Clara, ella podía ver que su madre estaba disfrutando el compartir estos felices recuerdos con ella. Era un alivio el tener a alguien con quien compartirlos, y a pesar de que había dolor en esa parte de su pasado, también había una enorme cantidad de alegría.

“Hubo muchas ocasiones mientras crecíamos en donde las personas nos confundían a Martha y a mí. Era parte de la diversión de ser gemelas. Siempre parecía que yo lo disfrutaba más que ella, pero era porque Martha siempre fue la más seria de las dos. Nuestra niñera solía regañarla por tener tanta prisa por crecer. Bueno, había bastantes personas en la fiesta quienes sabían que Martha tenía una hermana, pero pocos se daban cuenta que éramos gemelas. Así que cuando Arthur me presentaba, una cantidad de invitados comenzaron a conversar conmigo como si yo fuera Martha. Al principio, Arthur se mortificaba y se cansaba de explicar el error, y luego, quien sea con quien estuviera hablando se sentía avergonzado y la conversación se arruinaba. Él estaba tan sorprendido cuando me escucho reír sobre eso. Comencé a contarle historias sobre lo que pasaba cuando cometían errores similares cuando éramos niñas, y eso lo tranquilizaba. Pronto lo habíamos convertido en un juego para ver si podíamos engañar a las personas que nos habían conocido a Martha y a mí toda nuestra vida. Nunca me había divertido tanto en una fiesta.”

Amelia levantó su mano libre para tomar la cabeza de Clara para que esta descansara firmemente en su pierna, y comenzó a acariciar su cabello, tentativamente al principio, pero cuando los hombros de Clara se relajaron, su tacto se volvió más calmado también.

“Cada vez que Arthur y su familia venían a trabajar en los detalles para la boda, Martha me entregaría a su prometido para mantenerlo ocupado; el encontraba tediosa la planeación, y ella sabía que yo también. Ninguno de los dos queríamos que pasara algo, pero siempre teníamos mucho de qué hablar... Ya estábamos en medio de todo eso antes de que nos diéramos cuenta de lo que teníamos. Le estaba mostrando los jardines la primera vez que nos besamos. No había nadie alrededor, solo las abejas, los colibríes, y las mariposas. Podrías pensar que cuando nos dimos cuenta de lo que hicimos, hubiéramos inventado excusas o disculpas o cosas por el estilo. No lo hicimos; ninguno de los dos lo lamentaba. Obviamente, ambos nos sentimos culpables por lo que le hacíamos a Martha, pero nunca hablábamos de ella o de la boda. Es increíble la cantidad de detalles que estás dispuesto a ignorar cuando son capaces de lastimarte o a las personas que te importan más. En lugar de eso, ambos permitimos ir más profundo, más lejos.”

Amelia repentinamente estaba consciente de sí misma, ruborizándose y dejando de mirar a Clara. Le tomó un momento para que el significado de su titubeo se asimilara, y entonces Clara se ruborizó también, apretando la mano de su madre para alentarla a que continuara.

“Finalmente, Arthur quería avanzar y confesarse a mí, cancelar la boda. Pero le pedí que no lo hiciera. No podía soportar el pensar en encararla. Fui una cobarde, e intenté tomar la salida del cobarde. Le dije que, si quería que estuviéramos juntos, deberíamos irnos juntos. Escapar y simplemente dejar una nota, eso sería lo más bondadoso que podríamos hacer. El quedarnos y decirle a Martha, el estar junto a ella cuando el cancelara la boda sería como restregárselo en su rostro. Teníamos planeado ir al oeste. Él se iría primero, dejando una carta que explicaba que había cometido un error, y que no la amaba, y que no podía continuar con la boda. Luego de una semana o dos, yo simplemente huiría de casa. Nos encontraríamos en Chicago, casarnos en silencio, y continuar hasta California.

“Arthur se fue de acuerdo al plan. Fue todo un escándalo. Martha estaba humillada y afligida, era comprensible. Los padres de Arthur lo desheredaron, avergonzados ante su comportamiento tan cobarde. Ellos consideraron el enviar a alguien para que lo buscara y lo trajera a casa, pero

pensaron que el negarlo financieramente sería más que suficiente para inducirlo a que volviera y enfrentara las consecuencias de lo que había hecho. Todos en casa hicieron lo que pudieron para tratar de consolar a Martha, pero solo permitía que yo la viera. Nunca pensé que podría sentirme tan culpable como lo hice cuando me senté junto a ella, consolándola mientras ella lloraba. Entonces descubrí que estaba embarazada de ti. Yo... no sabía qué hacer. Solo debía evitar que los demás se dieran cuenta hasta que pudiera irme para encontrarme con Arthur. Ya teníamos planes para casarnos, y yo sabía que él estaría emocionado cuando le contara. Pero también eso distraía mucho. El tiempo, por supuesto, no el hecho de mi condición.” Dijo Amelia rápidamente, dándose cuenta como Clara podría fácilmente malinterpretar lo que decía.

“Resulta que, Martha ya sospechaba que yo había conocido a alguien. No pudo adivinar quién, y nunca me dijo nada sobre eso. Sospechó que ella pensaba que yo no decía nada porque no quería distraer la atención que ella recibía por la boda. Por supuesto, ella nunca me mencionó nada. Nunca me confrontó sobre qué podría estar escondiéndole, y creo que era porque no quería molestarse con lo que podría estar pasando en mi vida. Siempre había deseado ser el centro de atención, pero nunca hizo algo, o se comportaba de una manera que pudiera interesarle a alguien. Ella siempre era muy severa y crítica. El comprometerse fue la primera cosa que había hecho que le había dado la clase de atención que ella creía merecer.”

Había un poco de amargura y lástima en la manera en que Amelia hablaba de Martha. Clara quería simpatizar con Amelia en lo que a Martha se refería, pero no podía ignorar que todo el resentimiento de la mujer era el resultado de lo que Martha le había hecho (aunque eso probablemente sea razón suficiente). Martha ciertamente era severa y crítica, pero ella nunca se acobardaba a las discusiones; era verdad, no le importaban las miradas y cejas levantadas que acompañaban el inicio de una pelea, así que desde hace tiempo que había desarrollado sus propios métodos para provocar a los demás que hicieran el primer movimiento. Si ella de verdad evitaba el hablar sobre la posibilidad de que Amelia tuviera un pretendiente, incluso entre ellas, debía de tener sus razones para ello. Ella probablemente tenía una idea de la verdad y eligió ignorarla en lugar de admitirla; el confrontar a Amelia lo habría hecho real en una manera para la que ella no estaba lista. La negación es probablemente la forma más fácil y débil de auto preservación.

“Arthur nunca me dio ningún recuerdo o regalo; con una carta sería más

que suficiente para que se descubriera nuestra aventura. Pero cuando hicimos nuestros planes para huir juntos, el me regaló un relicario.” Sus ojos miraron el cuello desnudo de Clara. “Era el que estabas usando cuando fuiste a verme. Lo tenía conmigo siempre, nunca me lo quitaba o lo dejaba. Hice lo posible para usarlo bajo para que estuviera escondido por las líneas del cuello de mis vestidos. Pero la tarde en que se suponía que me escaparía para encontrarme con Arthur, me enfermé. Había hecho bien en esconder mis síntomas, pero las náuseas llegaron muy repentinamente, y Martha estaba ahí cuando me apresuré hacia el lavabo. Ella se preocupó por mí y me ayudó a sostener mi cabello, y así notó el collar. El broche del collar quedó atrapado en mi cabello, y ella intentó deshacer el nudo. Estaba muy débil y fui muy lenta para detenerla de abrirlo.”

Había una pequeña sonrisa de satisfacción en el rostro de Amelia mientras continuaba. “Nunca olvidare la mirada en su rostro mientras unía las piezas, al darse cuenta que yo era la razón por la que él la dejó. Ella revisó mi habitación y encontró que había empacado mis cosas. Intenté hacer excusas, pero no pude pensar en nada en ese momento. Estaba mareada, y ella me ayudó a recostarme. Luego ella desapareció, me encerró en mi habitación, y fue a buscar a nuestros padres. Ella aún tenía el relicario en su mano.” Era imposible para Clara el determinar si la sonrisa era vieja o nueva; si era una satisfacción que venía del hecho de saber, en aquel momento, cuanto había lastimado a su hermana, o si se había formado a través de los años como consolación.

“Solo lograba cansarme más cuando intentaba salir de la habitación. Estaba muy alto para escapar por la ventana, y nadie venía cuando pedía por ayuda. Se suponía que me encontraría con Arthur en Chicago en dos días. Martha regresó con nuestros padres, y no les tomó mucho el adivinar la mayor parte de la historia, así que les conté todo, incluso del bebé. Pero no les dije donde y cuando se suponía que me encontraría con Arthur. Sus padres aún estaban buscándolo, y su padre estaba especialmente furioso. Nuestros padres y Martha estaban contentos con ser el grupo equivocado en toda esta situación, y se aseguraron que el papel que realicé permaneciera en silencio. Me enviaron el día siguiente a un centro no muy diferente a este,” dijo, mirando alrededor de la habitación de nuevo. Amelia parecía que estaba a punto de olvidar con quien estaba hablando, que se dirigía a su hija.

“Pasé varias semanas preguntándome que había hecho Arthur cuando no logré encontrarme con el Chicago. ¿Se habrá quedado unos días más? ¿Habrá

regresado, confrontado a nuestras familias, para buscarme? ¿O se encogió de hombros y continuó solo hacia California? Quizá le gustó Chicago lo suficiente para quedarse más tiempo, siempre esperando en encontrarse conmigo en las calles algún día. Pero mis únicos visitantes fueron mis padres y Martha, y los veía raras ocasiones. Ellos vendrían y me miraban, sin molestarse en hablarme, y si lo hacían, era solo para sermonearme sobre mi comportamiento. Sabía que había algo de verdad en lo que decían, que las personas me mirarían diferente una vez que supieran la verdad sobre lo que había hecho. Pero sentía consuelo en mi bebé. Me aferré a la creencia de que el sostener al hijo de Arthur y mío en mis brazos haría que valiera la pena; tu significarías más para mí que cualquiera de las buenas opiniones de los demás.

“Martha estuvo ahí cuando entre en labor de parto, y se quedó a mi lado todo el tiempo, diciéndome lo despreciable que era, lo que sentía al ser traicionada por su propia hermana. Y entonces llegaste, pero no lloraste, y los doctores te sacaron de la habitación, y Martha los siguió. Se fueron por lo que pareció un día. Entonces Martha regresó sola y me dijo que mi hijo había muerto. Luego de eso, nada importaba. Nunca pude sostenerte, nunca supe si eras un hijo o una hija, si guardabas parecido con tu padre o conmigo. Fue entonces que comencé a pensar en Arthur de nuevo, me pregunté dónde estaba, que hacía, si pensaba o no en mí, si me extrañaba, si aún me amaba. Perdí mi consuelo, y todo me golpeó al mismo tiempo. Ni siquiera intenté el pedirles que me dejaran salir del centro donde me mantenían. Estaba conforme de morir ahí.”

Clara pensó en esas primeras horas luego de que la trajeran de casa, las primeras horas luego que Robert se fuera, cuando se sintió usada y sin valor. Tuvo sus momentos de desesperación, pero siempre encontraba algo a lo que aferrarse. Por supuesto, no podría imaginar el traicionar a Helen de la forma en que Amelia traicionó a Martha. ¿Habría sido mejor el decirle la verdad a Martha desde el principio? Sí Helen se hubiera involucrado con Robert cuando lo conoció, ¿aún se habría enamorado de él? Clara sabía que lo haría; no había podido detenerse a sí misma la primera vez, ¿por qué sería diferente con distintas circunstancias? Pero ella nunca lo habría actuado, nunca se habría dejado llevar tan lejos como lo había hecho en esa tarde en que el la visitó en su habitación, en su cama. Aunque Robert se había convertido en alguien muy importante para Clara, Helen importaba más; sin importar en cuanto creyera en él, aún era capaz de dudar de él de una manera en la que

nunca dudaría de Helen.

“No sabía cuánto tiempo había pasado, pero Martha vino un día, con una mirada engréida y llena de satisfacción, con un nuevo anillo en su dedo. Tenía muchas cosas que contarme. Se había casado, y no podía estar más feliz con su nuevo esposo y su vida de casada. Nuestros padres habían muerto, y era mi culpa; la sorpresa sobre mi comportamiento había sido demasiado para el corazón de mi madre, y mi padre no duraría mucho sin ella. Por supuesto, me extrañaron en el funeral, pero cualquier historia que les dieron sobre mi desaparición, nadie estaba sorprendido por mi ausencia. Ella nunca me dijo sobre las mentiras que divulgaron; estoy segura que algunos adivinaron la verdad, pero eran muy educados para interferir. Cuando se fue, infligiendo un último corte con su cuchillo: un recorte de un periódico sobre Arthur y un negocio en el que estaba involucrado. El artículo mencionaba un matrimonio reciente, y como él y su esposa vivían en Chicago. Me gusta pensar que Martha no podía hablar mucho sobre eso porque le dolía tanto como a mí. Ella había sido reemplazada dos veces. Una semana luego de su visita, fui transferida al cuidado del Dr. Thompson, y me llevaron a su centro. Supongo que Martha pensaba que ya había sido rebajada lo suficiente, que ya había sufrido emocionalmente lo suficiente, no necesitaba ser forzada a sufrir físicamente también.”

Hubo una pausa. Clara no estaba segura si Amelia había terminado, pero no sabía en si debía alentarla a continuar. Aún seguía procesando las respuestas que recibió. Muchos de los comentarios de Martha a través de los años, y especialmente desde que Robert llegó a sus vidas, de repente tuvieron sentido. Pero necesitaba hablar con Martha para que Clara pudiera saber porque ella decidió criarla. Mentirle a Amelia, decirle que su bebé murió, eso tenía sentido; lo había hecho para lastimar a su hermana. Pero, ¿por qué no enviar a Clara a un orfanato? ¿Por qué criarla como suya solo para mantenerla aislada de todo y de todos?

¿Tendrá algo que ver con Arthur, con los sentimientos que permanecían hacía el padre de Clara? Martha se quedó con el relicario por más de veinte años, y se había enfurecido al descubrir que Helen se lo regaló a Clara.

“No sé si alguna vez fui tan sorprendida en mi vida como el día en que caminé hacía la habitación de visitas y te vi de pie ahí,” resumió Amelia, interrumpiendo los pensamientos de Clara. Las manos de su madre tomaron sus mejillas y gentilmente giró el rostro de Clara para tener toda su atención. “Creo que la única cosa que me hubiera sorprendido más es si tu padre

hubiera estado ahí. Si hubiera sabido, o pensado por solo un momento, que estabas viva, juro que hubiera hecho lo que sea para escapar, encontrarte, recuperarte. No imagino como fue para ti, crecer con mi hermana, pero estoy segura que merecías algo mejor, y hubiera dado todo para poder dártelo.”

Amelia hablaba en serio, Clara podía verlo. Aun así, no estaba segura en si era verdad, si hubiera sido mejor ser criada por Amelia. Ella habría sido amada, completa y definitivamente; no le hubieran mentido, y ciertamente no hubiera tenido que ser encerrada toda su vida. Pero no hubiera tenido a Helen o a Trudy; no tendría la misma educación, o conocido a Robert. Ella no estaría en un asilo como en el que estaba, pero no hubiera conocido la emoción de un beso de Robert, o la alegría de reír con Helen. No los habría extrañado porque nunca los habría tenido; probablemente hubiera sido igualmente feliz creciendo con Amelia como lo había sido con Martha.

“¿Por qué estás aquí, hoy?” preguntó Clara, su rostro aún en las manos de su madre. “¿Por qué me estas contando todo esto?” Eso se escuchó como una acusación, algo que Clara no pretendía. Solo tenía curiosidad. Amelia bajó sus manos y sus ojos, usando su mano para estirar su falda contra su pierna.

“El Dr. Thompson estuvo alentándome a pasar tiempo fuera de las instalaciones, en salir más con la comunidad, y he estado intentándolo, aunque no me gusta salir por el sólo hecho de ir a algún lugar. Me gusta tener un propósito, una razón; un destino y algo por cumplir cuando llegue ahí. Entonces, poco después de tu visita, recibí una carta de mi sobrina, Helen. Me quería hacer saber lo que Martha te había hecho por venir a verme. Pensé que ella continuaba lo que su madre había dejado, burlarse de mí, asegurarse que yo supiera que todo lo que me importaba estaba en su poder para llevarse. Pero escribió de nuevo, y de nuevo, contándome sobre ti, ya que no estabas en posición de hacerlo por ti misma, contándome las cosas que nunca pensarías en decir. Ella quería que te conociera para compensar el que se me hubiera negado la oportunidad de hacerlo por mí misma. Luego me visitó en persona una tarde. Fue breve; no podía desviarse mucho de la historia que le dijo a Martha sobre lo que estaba haciendo. Pero ella habló con el Dr. Thompson para organizar que te trajeran aquí para una evaluación, o planear alguna otra excusa para que movieran a alguna de las dos temporalmente, para pasar un tiempo juntas. El Dr. Thompson le dijo que haría peticiones, pero no me importaba mucho la idea; estaba aterrada de venir a un lugar como este. No puedo entrar aquí sin sentir una sensación de terror de que nunca podré salir. Lo entiendes, por supuesto,” dijo, apelando a Clara.

Clara asintió. Si lograba escapar de los confines del asilo, no podía imaginarse algo que podría inducirle a querer entrar de nuevo en ellos por voluntad propia.

“Tomó un tiempo, pero me convencieron. Mayormente, tenía curiosidad sobre ti. Ahora que sé que estás viva, quiero conocerte, quiero que me cuentes sobre ti.” A pesar de sus palabras, Clara no sentía sinceridad en ellas. Amelia probablemente era honesta sobre sentir curiosidad, pero Clara sentía que lo que buscaba era absolución. Ella quería escuchar que Clara no la culpaba por no haber estado ahí, que todas las cosas desafortunadas que le ocurrieron a ambas fue por culpa de Martha; era algo con lo que quería hacer un vínculo, pero Clara deseaba crear un vínculo con Amelia tanto como lo hizo con Martha. Es lo hacía extrañar aún más a Helen.

“No hay mucho que decir,” dijo falsamente. “Me dijeron que yo era su hija, y no se me permitía salir de la casa o sus terrenos. Me dijo que era debido a mi salud; que estaba muy enferma, y que estar mucho tiempo con otras personas me enfermaría aún más. Ella no era particularmente amable conmigo; claramente favorecía a Helen. Pero nunca fue cruel o mala conmigo. No lo fue hasta que conocí a Robert. Cuando él supo de mi existencia, ella debió sentirse amenazada, y comenzó a liberar sus frustraciones en mí. Yo no tenía idea de que me mentía sobre él porque estaba aislada, o porque ocultaba mi existencia del mundo de esa manera. Helen y Robert me alentaron a resistirme a ella; me dieron razones para hacerlo, empujándome a cuestionar las cosas que siempre había aceptado. Una vez que la verdad sobre mi nacimiento se reveló, hice lo posible para encontrar respuestas, saber sobre ti.”

Se detuvo abruptamente, mirando a su madre. La mirada de Amelia estaba fija en ella, pero era imposible decir cuánto de la historia de Clara estaba reteniendo. Si hubiera sido honesta consigo misma, Clara hubiera querido decir en voz alta: *Pensé que el encontrarte me ayudaría; que el tener respuestas me haría sentir mejor. Pero todo esto me ha hecho sentir más miserable. He tenido suficiente con ser definida por ti y por lo que hiciste; de ser castigada por algo en lo que no formé parte, o no sabía sino hasta hace poco. Si hubiera sido por mí, no tendría nada más que ver contigo.*

Pero no quería lastimar a la frágil mujer junto a ella. Quizá no sentía una conexión, pero la mujer era su madre. Y francamente, todos habían sufrido suficiente. Se rehusó a ser responsable de perpetuarlo.

“Ella se dio cuenta que había ido a verte, así que me esperó cuando volví

a casa. El día siguiente, fui traída aquí. No estoy segura si me permitirán salir.”

Había lágrimas en los ojos de Amelia, pero logró contenerlas. Ella sorprendió a Clara cuando se acercó, colocando su mano sobre el hombro de su hija. “Saldrás,” dijo con confianza. “Eres más fuerte de lo que yo era, de lo que soy. No dejarás que esto te detenga, y no deberías. Lamento no haber podido verte crecer, pero estoy feliz de haberte visto ahora, y poder contarte sobre tu padre. No te recomendaría que intentaras buscarlo; creo que ya ha pasado mucho tiempo. Será mejor que pongas todo esto tras de ti.”

Amelia se levantó, levantando a Clara del suelo junto con ella. Sostuvo a su hija a un brazo de distancia por un momento, mirando su apariencia y quitando un mechón de su oscuro cabello de sus ojos. Parecía detenerse para considerar, antes de abrazar fuertemente a Clara. Le tomó un momento a Clara para superar la sorpresa, pero luego levantó sus brazos para abrazarla, y descansar su barbilla sobre el hombro de Amelia.

No duró mucho, pero era algo que ambas necesitaban, solo una vez, antes de separarse. Amelia avanzó hacia la puerta y tocó, y el Dr. Thompson y el Dr. Dixon llegaron casi inmediatamente. Con una sonrisa, Amelia se fue, y Clara supo que había visto a su madre por última vez.

Clara se preguntó si Amelia tuvo la oportunidad de contarle su historia a alguien; pudo haber contado pedazos de ella a sus doctores a través de los años, pero para la historia completa y sin interrupciones, que solo pudo contarse a sí misma. Al igual que Martha había sin dudas retocado y alterado algunos de los hechos. Incluso teniendo las versiones individuales de todos los involucrados sobre lo que había pasado no resultaría en una única verdad. Pero el estar ahí para escuchar a Amelia pareció ayudar a la mujer de alguna manera. Nunca podrían recuperar el tiempo perdido, o la relación que pudieron haber tenido, pero algo había sanado en ellas.

Ella se movió hacia las bandejas de comida abandonadas, y por primera vez en mucho tiempo se sintió de verdad hambrienta. Tomó una bandeja, comió todo de ella e hizo lo mismo con la otra. Clara no era la única que creía en que podía y debía salir del asilo, y cuando lo hiciera, ella necesitaría su fuerza.

En unas pocas semanas, un sólido plan comenzó a formarse en la mente de Clara. Deseaba poder enviarle un mensaje a Helen, o a alguien de afuera que estuviera dispuesto a ayudarla, pero no había nadie en quien confiara lo

suficiente para pedir ayuda. El Dr. Dixon reanudó su hábito de comer juntos, y discutir sobre asuntos académicos. Parecía que él pensaba que la visita de su madre había sido suficiente para ganarse su perdón; él no la conocía lo suficiente para saber que eso debía ganarse, y lo que de verdad estaba luchando por recuperar era su confianza.

Había pasado un tiempo desde que los ayudantes eran requeridos para vigilarla mientras ella comía. Las comidas que no pasaba en compañía del Dr. Dixon, los ayudantes llevaban su comida a su habitación y volvían a sus actividades, deteniéndose para recoger los platos vacíos después de media hora. Una mañana, el ayudante que enviaron para recoger su bandeja le dijo que debería vestirse con uno de los atuendos de su baúl y empacar sus cosas; el Dr. Dixon estaría ahí en un momento para explicar lo que parecía ser que la transferirían.

Las noticias hicieron que Clara sintiera pánico. Estaba tan cerca de comenzar su propio plan; tendría que ser ajustado drásticamente si era enviada a otro lugar. A menos... podría tomar ventaja de la transacción. Dependiendo del lugar a donde se dirigía, y como planeaba transportarla, una oportunidad de escabullirse podría presentarse, mientras estuviera lista para darse cuenta de ella y tomarla.

Se apresuró a quitarse el vestido, recordándose el no aferrarse demasiado a la idea de que sería la última vez que lo usaría. No le tomó mucho tiempo el tomar todas sus pertenencias y guardarlo en el pequeño baúl que la acompañaba. Miró los libros prestados apilado en la silla junto a la ventana. Alguien tendría que devolverlos a la biblioteca por ella.

El Dr. Dixon tocó mientras abría la puerta y la encontró lista para irse. “Ah...”

“Me dijeron que sería transferida,” dijo cuándo el permaneció en silencio, aparentemente evaluaba la situación.

“Bueno, no exactamente. Serás liberada temporalmente bajo la custodia de tu tía,” explicó. “Hay un evento familiar llevándose a cabo, y ella desea tu presencia.”

Clara se heló, y sabía que se había palidecido por la expresión preocupada del rostro del Dr. Dixon.

“Tu tía preparó todo para que pudieras estar bajo el cuidado de tu familia por tres días, luego planea regresarte a nuestras instalaciones. Pero estoy confiado en que esta será la oportunidad perfecta para que puedas demostrarle que no eres una amenaza para ti y para los demás, lo que la había

guiado a dejarte bajo nuestro cuidado en primer lugar.”

“Usted y yo sabemos que esa no es la razón por la que ella me envió aquí, así que deje de pretender otra cosa,” dijo Clara fríamente, moviéndose a su baúl y abriéndolo para reexaminar sus contenidos. “Ella no tiene intención de dejarme salir excepto en ocasiones que ella sabe que me causarán gran dolor.” Ella no podía llevarse el baúl, pero decidió que había terminado con el asilo; ella iba a escapar.

El Dr. Dixon se ruborizó por la acusación. “Si hubiera algo que pudiera hacer para corregir esta situación, debes creer que lo haría. Pero esa mujer ha atado mis manos de forma brillante cuando se trata de este asunto. Tiene abogados que le ayudaron a cortar todas las vías legales en las cuales puedes ser emancipada de nuestro cuidado.”

La única cosa que de verdad quería de baúl era el paquete de cartas de Robert. Las tomó y las guardó en su bolsillo. Se había cansado de esconderlas como si estuviera avergonzada de ellas. Ella dudó que alguien intentara quitárselas ahora.

“Si habla en serio sobre ayudarme, encontrará la manera,” le replicó, poniéndose en pie frente a él. “Estoy lista. Puede llevarme con ella.”

El Dr. Dixon sostuvo la puerta y la esperó a que saliera. “Tu tía no vino a recogerte,” dijo mientras se acercaban a su oficina. “Hay un joven esperándola, un señor...”

“Taylor,” dijo Clara con una sonrisa mientras el chofer se levantaba para saludarla.

Tenía su sombrero en sus manos y la miraba con ojos tristes y compasivos. “Hola, señorita Clara. La Sra. Davis me ha enviado para llevarla a casa por... por unos días.”

“Nos hemos ocupado del papeleo necesario,” dijo el Dr. Dixon. “Pueden irse. Dígale a sus empleados que envíen un mensaje si desean que nosotros vayamos por ella o si prefieren traerla aquí ustedes mismos.”

“Yo les haré saber,” dijo Taylor, colocándose de vuelta su sombrero y guiando a Clara fuera de la oficina.

Clara se estremeció al bajar las escaleras y mirar el auto esperando por ellos. Era un alivio, y era sorpresivamente extraño estar del otro lado de las paredes del asilo. Había pasado tanto tiempo mirando por su ventana que había olvidado como se veía el edificio desde afuera. Taylor se apresuró para abrir la puerta para ella, sosteniéndola mientras ella entraba.

El guardaba silencio mientras conducía por el camino principal y el asilo

desaparecía detrás de ellos. Clara no podía dejar de mirar hasta que fuera imposible el distinguirlo más. Quería asegurarse que realmente estaba fuera de vista.

“No supongo que me dirás el porque me pidieron el volver a casa,” dijo tanteando al incomodo conductor. Ella ya sabía cuál evento era el que Martha requería que ella estuviera presente para poder restregárselo a su desafortunada sobrina, pero no podía procesarlo emocionalmente hasta que alguien más confirmara sus sospechas.

“La señorita Helen insistió en que se le permitiera asistir a su boda,” le informó Taylor luego de un momento de considerarlo.

Exactamente lo que esperaba. Sintió un nudo en su estómago y un peso en su pecho por el pensamiento de ver a Robert de nuevo. Había logrado ignorar el recuerdo de cómo habían dejado las cosas, y permaneció solo en los sentimientos de sus cartas, la manera en que sintió tan acogida cuando él la sostuvo en sus brazos, las palabras de amor que le murmuró en su oído mientras yacían entrelazados uno al otro en ese incomodo colchón. Era más fácil pretender que él no se había marchado con tan duras miradas, dejándola con la sensación de haber sido usada y abandonada. Él había sido una parte tan brillante en su protegida vida que no quería que los recuerdos de él fueran manchados, así que ella misma los editó.

“¿Cuándo será? La boda, quiero decir,” preguntó, incapaz de hacer que su voz no temblara.

El titubeó de nuevo antes de contestar, “Esta tarde. La recepción será en el jardín. El Sr. Davis y Joe – el Sr. Jeffries, el jardinero– no estoy seguro de quien de los dos estamos emocionado de tener sus flores en exhibición. Han estado tan involucrados en la planeación como la Sra. Davis y la Sra. Robinson. La señorita Helen incluso pidió que ellos proveyeran las flores para la ceremonia en la iglesia.”

Ella se aclaró la garganta, esperando que eso le ayudara a impedir que su voz se quebrara. “¿Es ahí a donde me llevarás? ¿Directo a la iglesia?”

“No, señorita Clara. La señorita Helen quería que usted fuera su dama de honor, pero la Sra. Davis... bueno, ella lo impidió. El lío que tuvieron le dio de que hablar a las sirvientas por gran parte de la semana. La Sra. Davis finalmente accedió a dejarla viajar con la señorita Helen, la Sra. Robinson, la madre del Sr. Flint, y la Sra. Davis, por supuesto.”

“Me sorprende que Helen no tenga más damas de honor.” Ella no pudo forzar el desinterés que intentó poner en su voz, pero Taylor era muy educado

y lo ignoró.

“Ese era otro problema, me temo. La señorita Helen dijo que no tendría a nadie si no podía tenerla a usted. La Sra. Davis la convenció en tener a la Sra. Robinson, pero no pudo convencerla tener a más. Hubo momentos en que parecía que intentaban planear una guerra en lugar de planear una boda,” dijo con una risa.

Pensar en Helen y Martha peleando sobre cada pequeño detalle de la boda levantó un poco del peso guardado en el pecho de Clara. Más allá de la satisfacción de saber cuán frustrada y miserable estaría Martha por planear la boda con todo su esfuerzo, no había duda en la mente de Clara que la boda era una parte del gran plan de Helen. No estaba segura de que tenía Helen en mente, pero se podía relajar y ver como todo se revelaba en relativa comodidad. Lo que fuera, Helen no estaba enamorada de Robert. Y nunca iba a permitir que nadie, mucho menos su madre, la forzara a hacer algo que ella no quisiera hacer.

Helen se apresuró a salir de la casa antes de que el auto aparcara. Clara estaba en sus brazos antes de que pudiera salir del auto. “Confía en mí,” le murmuró Helen antes de que se les unieran Martha y Nora. “Te extrañé mucho,” dijo Helen en voz alta para el beneficio de los demás.

Nora la abrazó ligeramente luego que Helen finalmente la soltara. “Es bueno verte de nuevo,” dijo Nora educadamente. “Puedes ver el bien que el sanatorio ha hecho por tu salud. Tu complexión es mucho más rosada.” Clara pudo ver por el giro de ojos de Helen y los dientes apretados de Martha que ambas sabían que Nora solo jugaba al creer la historia que su tía y tío habían contado sobre su prolongada ausencia. “Que suerte que tu barco fue capaz de atracar a tiempo para la boda.”

“Ven conmigo,” dijo Helen, tomando el brazo de Clara y poniendo su cuerpo entre Clara y Martha. “Tengo el vestido perfecto que fue elegido para ti. No tenemos mucho tiempo antes de que nos tengamos que dirigir a la iglesia.”

Si Helen había esperado que tendrían al menos unos minutos para hablar en privado con Clara mientras se vestían, estaba equivocada. Martha estaba muy cerca de Clara como para permitirle a Helen el comunicarle sobre cualquier plan que estuviera tomando lugar, o el rol que se esperaba que Clara realizara.

“Helen, querida, podrías dejar de hablar del vestido de Clara y ve a ponerte el tuyo. Ella ni siquiera forma parte de la fiesta de la boda; tu eres la

novia y aun no estas vestida, y tu cabello no está arreglado. No querrás hacer esperar a todos en la iglesia. Me asegurare de que se encarguen apropiadamente de Clara,” le aseguró Martha, empujándola por el pasillo hacia su habitación donde su vestido la esperaba con varias sirvientas para ayudarla a ponérselo.

Clara fue llevada a su vieja habitación. A primera vista, estaba tan vacío como lo estuvo la mañana en la que fue enviada al asilo. Un vestido de bígaro azul estaba extendido sobre la cama. “Puedes vestirme tú misma,” le dijo Martha mientras salía de la habitación, cerrando la puerta tras ella.

Fue la primera vez en meses en que Clara pudo verse apropiadamente en un espejo decente. Su cabello era un desastre, nunca tuvo los medios apropiados para cuidarlo en el asilo. Y a pesar de las restricciones de espacio y el limitado acceso a todo lo que podría considerarse sucio, había algo sucio sobre su apariencia. Al mirar su alrededor, pudo ver su viejo cuenco lleno de agua, y su confiable juego de cepillos sobre su peinador. Localizo un jabón con aroma floral y toallas, y comenzó a trabajar en restaurar el reflejo que reconocía como ella misma. Luego de una hora, Nora tocó su puerta para ver cómo iba su progreso.

Clara se había puesto el vestido que Helen dejó para ella. Había más chifón del que Clara hubiera querido, pero la ligereza de la tela combinaba con lo rosado que había logrado colocar en sus pálidas mejillas le daba un aura etérea. Se sentó frente al espejo, con cepillo en mano, para trabajar en restaurar su oscuro cabello para tener alguna semblanza a su estado anterior. Había crecido mucho durante su tiempo en el asilo, y tuvo problemas para decidir en cómo arreglarlo.

Nora caminó para estar detrás de ella, tomo el cepillo y comenzó a recorrerlo metódicamente por sus oscuros mechones. “Espero que no haya sido tan terrible,” dijo Nora en voz baja luego de un momento. “Helen y Robert... ninguno de los dos quería hablar mucho sobre eso, como fue para ti. No podían hacerlo. Ambos estuvieron absolutamente miserables sin ti, y han trabajado sin cansancio en ese plan suyo. No me han contado los detalles, solo me dieron instrucciones, y me pidieron que las siguiera fielmente. Pero sin importar que pase, debes saber que significas mucho para ellos. Harían lo que fuera por ti.”

Mientras hablaba, ella había tirado y sujetado suavemente el cabello de Clara, removiendo el oscuro desastre fuera de su cuello, sujetándolo en su nuca, dejando unos pocos mechones decorativos enmarcando su rostro.

Tomando una peineta decorativa de un bolsillo escondido, lo deslizó entre el espacio arriba de la oreja derecha de Clara. “Esto es un regalo, y no se me permite decirte de quien, pero estoy segura de que puedes adivinarlo.” Tomó ligeramente a Clara por sus hombros, y la giró lo suficiente para que ella pudiera ver como la peineta se asomaba desde su cabello. Era de un azul profundo revestido de plata. Complementaba hermosamente al vestido.

“Te ves hermosa,” le dijo Nora mientras ambas estudiaban su reflejo. “Les hará bien a ambos el verte tan bien hoy.”

“Gracias,” logró decir finalmente Clara.

“Les diré a los demás que ya estas casi lista. Toma unos momentos para ti. Será un largo día, lleno de emoción, estoy segura,” le instruyó Nora. Entonces salió de la habitación y se dirigió a revisar a la novia.

Clara se puso de pie frente al espejo, revisando la faja del vestido y las sujeciones de los zapatos. El vestido no tenía bolsillos así que se vio forzada, una vez más, a recurrir a guardar las cartas de Robert en las hendiduras del vestido, atando y abotonando todo tan fuerte como pudiera aguantar, y esperando a que nadie notara el extraño abultamiento que los papeles creaban.

Clara intentó dar sentido de lo poco que Nora entendía sobre el plan: uno, que había un plan y dos, que Helen y Robert estaban trabajando juntos en él. Hasta ahora habían tenido éxito en sacarla del asilo por un día, quizá dos o tres. Con los muchos escenarios que habían preparado de acuerdo al plan y sacarla del asilo, el único que parecía plausible era que Helen había accedido al matrimonio bajo la condición de que Clara fuera liberada permanentemente, o bajo su cuidado mutuo. A pesar de saber que Helen no quería casarse con Robert, Clara podía verla acceder al matrimonio si eso garantizaba la libertad de Clara. Ella fácilmente podría creer lo mismo de Robert previo a su última visita.

El pensar en tal arreglo dejaba a Clara entre la gratitud y el enojo. No quería que ellos sacrificaran su felicidad de tal manera por ella, especialmente ya que eso aseguraría que pasaría sus días libres sintiéndose miserable. Más allá de la culpa por saber que ella era la causa de la alegre pero aun así indeseable matrimonio, tendría que poner a un lado sus esperanzas y sueños sobre un futuro con Robert. A pesar de cómo él se sentía por ella, ella sabía que aún lo amaba, y el poder ver que habría un futuro donde él estaba ahí, pero con Helen la hacía sentir un vacío en el estómago.

Cuando una de las sirvientas tocó su puerta para hacerle saber que el auto

estaba listo para recogerlas a ellas y a la novia, Clara esperó y rezó que estaba equivocada sobre lo que se trataba el plan de Helen.

La iglesia ya estaba muy llena para el momento en que llegaron, pero era de esperarse ya que la novia estaba con ellas. Fueron llevadas a una habitación al lado de la entrada mientras todas las personas que estuvieron esperando a que la ceremonia comenzara iban a tomar asiento. Oliver le ofreció un breve saludo a Clara con su cabeza antes de ir con Helen y Nora para esperar su señal. Martha fue con Clara para guiarla por el pasillo para tomar asiento al frente de la iglesia. La entrada ya estaba vacía, y ella no estaba lista para ver a Robert de pie frente a todos con el pastor y Clifton, esperando a que su novia hiciera su entrada.

“Mi madre vino a verme,” le dijo en voz baja a su tía. “El Dr. Dixon ayudó a organizar que ella pudiera visitarme. Me contó lo que realmente pasó, quien era mi padre, que él fue tu prometido primero.”

El rostro de Martha se oscureció con varias sombras y apretó con fuerza sus dientes. Era imposible para Clara saber si el recuerdo de la traición de Amelia era la fuente de su enojo o si estaba dirigido hacia el Dr. Dixon por permitirle a Amelia la oportunidad de contar su lado de la historia. Pero Clara no estaba interesada en lo que Martha tenía que decir sobre Amelia. Había una pregunta que resonaba en su mente.

“Solo quería saber por qué decidiste criarme,” preguntó Clara. “Pudiste haberme enviado con alguien más para que me cuidara; aun así, eso me habría mantenido lejos de Amelia. Así que, ¿por qué cuidarme?”

El rubor no se desvaneció por completo, pero un poco de suavidad regresó a sus ojos y sus había menos tensión en su boca. “¿Porqué... eso importa?” preguntó Martha confundida y nerviosa.

“Por más de veintitrés años, yo creí que eras mi madre,” comenzó Clara. “Y, en varias maneras, así es como siempre te recordaré. Algunas veces se sentía como si de verdad te importara, y pudiste haberme amado, pero recientemente... puedo entender porque fue de esa manera, y no puedo culparte del todo por odiar a mis padres por el dolor que te causaron. Pero, ¿por qué desquitar tanto en mí? ¿simplemente porque podías?” El dolor de intentar y fallar de complacer a la mujer que ella creía que era su madre por más de veintitrés años causó que Clara se ahogara y que su voz se quebrara. “Si iba a ser tan difícil para ti el hacer todo eso a un lado y amarme, ¿por qué te molestaste en intentar?”

Martha miró alrededor de ella, asegurándose que estaban de verdad solas. Los invitados en la iglesia estaban casi todos sentados y el organista había comenzado el preludio al movimiento seleccionado para la entrada de Helen. “Lo hice porque no sabía que sería tan difícil,” admitió Martha. Miró a Clara a los ojos, formándose lágrimas en los suyos. “Creí que podría pretender; Amelia era mi gemela después de todo. Creí que el criarte sería como el criar a la hija de Arthur y mía, cuando te mirara, pudiera verlo a él y pretender que eso sería suficiente. Pero no lo era. Cuando comenzaste a hablar y a caminar, todo lo que podía ver y oír era a Amelia. Siempre tuviste los mismos manierismos que mi hermana tenía. Eras más callada y tímida que ella, pero sostenías tu cabeza en las mismas posiciones cuando leías, y te gustaba endulzar tu avena del desayuno de la misma manera. No reías tan fuerte o tan seguido, pero era la risa de la hermana que me traicionó.” Sus lágrimas salieron, resbalando por sus mejillas.

Sacó un pañuelo finamente bordado y comenzó a secarse sus lágrimas. Nadie cuestionaría porque la madre de la novia lloraría en una boda. “También veía aspectos de Arthur en ti, y resultaba que también me rompía el corazón cuando los descubría. Eras la hija que debí tener, pero no eras mía. Supe que cuando Helen nació y la sostuve por primera vez cuan estúpida había sido por creer que podría engañarme a mí misma de esa manera. Para ese momento ya era demasiado tarde; había tomado una decisión, y a diferencia de tu padre, mantuve mi palabra; eras mi penitencia por mi equivocada suposición. Arthur pudo haberse enamorado de los trucos de Amelia, pero ya me había dado su palabra; él me amó primero.”

Se dio cuenta que su voz era más fuerte y estaba en peligro de que la escucharan. Tuvo cuidado de bajarla de nuevo y continuó.

“No importa ahora. Ya es muy tarde. Ahora, estamos peligrosamente cerca de manchar la gran entrada de Helen. Debemos sentarnos.”

Luego de pasar una última vez su pañuelo por sus ojos, le dio a Clara un pequeño toque en la espalda para hacerla avanzar hacia sus lugares al frente de la iglesia.

Había flores exhibidas en grandes arreglos sobre pedestales colocados cada cierta fila en tanto el pasillo central como los pasillos de alrededor de la iglesia. Cuando Clara se dio cuenta de cuales flores eran las que estaban en exposición, se detuvo y Martha tuvo que empujarla, dándole sonrisas comprensivas a los invitados que las miraban impacientes. Lirios. Todas las flores eran lirios. Cada arreglo estaba compuesto por distintos colores que

iban de sombras de rosa y blanco, y de morado a azul profundo, combinando con la peineta de su cabello.

Sintió como había ojos que la seguían mientras avanzaba. Muchos invitados murmuraban y especulaban sobre quien podría ser tan importante como para sentarse con la madre de la novia durante la ceremonia; así que muchos ignoraron su existencia y su conexión con la familia.

Pero hubo un par de ojos que llamaron su atención: Robert. El la miraba con el rabillo del ojo mientras ella caminaba unos pasos delante de Martha y se sentó a poca distancia de donde él estaba de pie. A ella se le dificultó respirar mientras lo miraba sonriendo, y ella sonrió en respuesta. No era tan doloroso como esperaba que fuera, pero ella supo que una gran parte de ello era por la manera en que el la miraba; era como si se hubieran despedido con un beso y una promesa.

Ella supo que el espectáculo que hizo en su habitación ese día no había sido por ella sino para el Dr. Dixon y el ayudante; cada momento que ambos compartieron había sido real. Él la amaba; estaba escrito en su rostro para que ella lo viera. Y, aun así, él estaba ahí de pie, esperando a su novia mientras ella miraba.

El organista llegó a un punto en la pieza donde Helen hizo su entrada. El pastor levantó sus brazos para que los invitados se levantaran. Todos se levantaron y voltearon hacia el frente de la iglesia donde Nora estaba guiando el camino seguida por Helen tomando el brazo de su padre. Aunque su cuerpo miraba hacia la entrada de la iglesia, el cuello de Clara se estiró para mirar a Robert por sobre su hombro. El aún la miraba, y ella dejó caer una lagrima silenciosa y su rostro comenzó a ruborizarse.

Cuando Nora pasó junto a ella, le dio a Clara una sonrisa de comprensión, preparándola para mirar a Helen. Ella se veía deslumbrante en su vestido. Clara pudo notar por el estilo que Helen le permitió a Martha que ella eligiera la mayoría de los detalles del vestido; no era algo que ella hubiera escogido para ella.

Tan hermosa como parecía, algunas de las frentes de ciertos invitados se frunció en confusión, lanzándose miradas de duda el uno al otro. Algo no estaba bien. Helen no estaba llorando; no estaba sonriendo; ni siquiera tenía la mirada de silenciosa resignación que uno podría esperar de un matrimonio arreglado. Ella parecía desafiante.

Clara sintió que Martha se tensó junto a ella al mirar el rostro de su hija. La joven sonriente y feliz que habían traído a la iglesia hace unos minutos se

había desvanecido. La mujer caminó junto a ellas con el rostro de alguien que miraba como sus planes cuidadosamente trazados daban finalmente resultados, sabiendo que no habría forma en que su oponente pudiera interferir.

El inconsciente pastor pidió a quien presentaba a la joven para casarse, y Oliver puso la mano de Helen en la de Robert. Ella besó a su padre en la mejilla y dio dos pasos finales hacia el lado de Robert. Oliver se sentó junto a Martha quien tomó su brazo con tal fuerza, que Clara pudo verlo hacer una mueca de dolor.

El pastor comenzó el servicio matrimonial. La sonrisa en el rostro de Helen imitaba la de Robert. Dejaron que el pastor continuara unas pocas líneas antes de que ambos asintieran y Helen soltó las manos de Robert, tomando un paso dramático hacia atrás. El pastor estaba perplejo, dejando su lugar por un momento. Mientras se retiraba para comenzar su pensamiento una segunda vez, Helen dijo con una voz clara, “No puedo hacer esto.”

Robert dio un paso atrás, forzando su rostro dentro de una máscara de confusión. El pastor titubeó de nuevo. “¿Perdón?”

“Dije que no puedo hacer esto,” repitió Helen, levantando su voz para el beneficio de los invitados. Suspiros y fuertes murmullos comenzaron a circular. Algunos se levantaron de sus asientos, bloqueando la vista de los demás, añadiendo ruido y confusión mientras los demás estiraban sus cuellos para mirar mejor el momentáneo desastre social que se desplegaba ante ellos.

Martha estaba furiosa, sin saber a quién mirar con su furiosa mirada, a Helen o a Clara. Pero Clara estaba claramente tan sorprendida como ellas, en cualquier caso, ella no podría estar involucrada en lo que fuera que estuviera pasando; estuvo resguardada seguramente en el asilo por semanas. Martha se levantó, haciendo lo posible por tranquilizar a los invitados mientras se abría paso por los escalones del altar para una charla rápida con su hija.

“¿Qué quieres decir con que no puedes hacerlo?” siseó. “Tu aceptaste este matrimonio. Tu planeaste esta boda.”

“Me refiero a que legalmente no puedo. Ya estoy casada,” declaró Helen.

Robert se alejó lentamente para evitar atraer la atención hacia él. Oliver se levantó y se reunió con su esposa en el altar. Nora y Clifton se unieron a su pequeña reunión.

“Robert,” una mujer llamó desde la fila frontal desde el pasillo opuesto de Clara. “¿Qué está pasando? ¿A qué se refiere?”

Él tomó la oportunidad para ir con la mujer que Clara imaginó que sería

su madre, para explicarle lo que pasaba. Clara vio como ambas miradas se lanzaban sobre ella. Martha y Oliver estaban muy preocupados con su hija como para darse cuenta.

“No puedes estar casada,” le insistió Martha a Helen. “¿Con quién pudiste haberte casa y cuándo? Es imposible. No pudiste haberlo hecho sin que nosotros nos diéramos cuenta.”

“No deberían subestimarme cuando me propongo algo. Después de todo, soy tu hija.”

Un joven que estuvo sentado en la parte de atrás de la iglesia cuando la ceremonia comenzó se abrió paso hacia el frente. Helen lo vio sobre el hombro de su madre y su rostro se iluminó, causando que Martha se girara.

“Sr. Brandon. Debí saber que usted no sabría cuando dejar ir las cosas,” murmuró Martha. El pastor se rindió de intentar aclarar lo que pasaba, aceptando que sus servicios ya no serían necesarios. Dio un paso atrás y observó. En sus esfuerzos por entender lo que estaba pasando, los invitados habían comenzado a acercarse, lentamente para no interrumpir la escena antes de que terminara.

Helen hizo a su madre a un lado para ir al lado de su esposo. En la abultada multitud, Clara perdió de vista a Robert. Dudó en dejar su asiento para acercarse a la discusión, temiendo que su presencia podría arruinar la situación. Se alegró de no hacerlo. Una mano tomo su brazo. Se giró ante el tacto inesperado, vio a Trudy llamándola para que la siguiera mientras se deslizaba hacia el extremo de la banca, lejos de la conmoción.

Cuando llegaron al pasillo, Trudy tomó de la mano a Clara y la guio hacia una de las puertas laterales de la iglesia hacia la sacristía. Levantó su mano para pedir silencio, anticipando la ola de preguntas que Clara le estaba haciendo.

Había una entrada trasera en la sacristía que guiaba una salida secundaria de la iglesia. Guiándola por la parte posterior del edificio, un auto estaba esperándola con la puerta del pasajero abierta. Trudy empujó a Clara al asiento de enfrente antes de abrir la puerta trasera para ella. Robert estaba tras el volante.

“¿Qué?... –” Clara comenzó a preguntar, pero Robert la detuvo con un beso.

“Sr. Flint,” Trudy interrumpió desde el asiento trasero. “¿No cree, quizá, que eso pueda esperar un poco más? Al menos hasta que llegemos a nuestro tren. No lo detendrán por usted, y sería muy desagradable para nosotros el

toparnos con la Sra. Davis antes de que todo este arreglado apropiadamente para ustedes dos. Ella quizá podría intentar encerrar a Clara de vuelta en el asilo.”

“Por supuesto, señorita Lange,” dijo Robert con una sonrisa. “Pero sabe, debo primero preguntarle a Clara si ella –”

“Si,” espetó Clara. “Sé lo que vas a preguntarme y la respuesta es sí.” Ella lo tomó para darle un beso rápido, para darle un empujón alegre para que volviera al volante, instándolo a apresurarse para salir de ahí.

Trudy explicó lo que pudo sobre como Helen y Robert elaboraron y ejecutaron su plan, con Clara adivinando detalles y haciendo frecuentes interrupciones elogiando a su amada Helen. Que ella no pudiera estar ahí con ellos para disfrutar su felicidad era lo único que lamentaba.

“Es muy feliz donde está, señorita Clara,” insistió Trudy. “Estuvo esperando un largo tiempo para ser capaz de tomar al Sr. Brandon como su esposo. Lo hizo por ella tanto como lo hizo por usted.”

“¿Cuánto tiempo le tomo el encontrarte y convencerte para ayudar?” se preguntó.

“Más en encontrarme que en convencerme. El Sr. Brandon fue el que hizo más en cuanto a la búsqueda y la organización. El Sr. Flint y yo actuamos como sus testigos cuando los dos se casaron, y fue una hermosa ceremonia. Ella te quería ahí, pero sabía que la perdonarías al final.”

“No pasara mucho tiempo antes de que veamos de nuevo a Helen,” le aseguró Robert cuando llegaban a la estación de trenes. “Todos nosotros nos hicimos buenos amigos con todo esto, Helen, Tom, y yo. Nora puede sentirse un poco triste por haber estado de lado en lo que respecta al matrimonio de Helen y Tom, pero estará bien muy rápido ya que todo resultó como esperábamos. Habrá muchas tardes para contar historias en el futuro con Helen guiando el camino.”

“Pero, ¿qué hay de tu madre?” preguntó Clara. “¿Seguramente no harías que tu madre pase por tan terrible experiencia?”

Robert la miró un poco avergonzado mientras ayudaba a Clara a salir del auto para entrar a la estación. Trudy les dio instrucciones a los porteros con respecto a los baúles. “Le dije lo que pasaba luego que Helen hiciera su anuncio. Me prometió que hablaría conmigo tan pronto todo esto se terminara. Le hice saber dónde encontrarnos, y estarán Clifton y Nora acompañándola. Los veremos en un día o dos.”

El tren estaba listo y esperando, aún había muchas preguntas en la mente

de Clara, pero no pudo decidirse por una. Las hizo todas a un lado. Tenía toda una vida delante de ella para hacer todas esas preguntas. Robert la guio hacia el vagón para ir a sus asientos. Ella lo miraba mientras el tren avanzaba y la ciudad comenzaba a alejarse de ellos. No había prestado atención sobre a donde se dirigían. Inclínándose por otro profundo beso, Clara dejó que todo se fuera.

Todo lo que importaba era que Robert estaba con ella, junto a ella, y que siempre lo estaría.

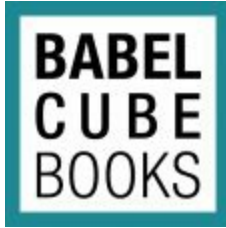
Fin

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor **deja un comentario**, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?



Tus Libros, Tu Idioma

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

www.babelcubebooks.com

Table of Contents

[Página de Título](#)

[Página de Copyright](#)

[Página de Copyright](#)

[Un pasado secreto](#)

[Volumen Uno](#)

[Volumen Dos](#)

[Volumen Tres](#)

[Volumen Cuatro](#)

[Volumen Cinco](#)

[Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales](#)

[¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas? | Tus Libros, Tu Idioma](#)